

MIGUEL S. OLIVER

OJAS DEL SÁBADO

II

Revisiones y Centenarios





HOJAS DEL SÁBADO

II

REVISIONES
Y
CENTENARIOS

HOJAS DEL SÁBADO

I. De Mallorca

El alma de Mallorca.—La sensación de Palma.—El valle del azahar.—Paisaje y leyenda.—Chopin en Valldemosa.—La carta de Valseca.—Un concierto en las cuevas de Artá.—La última noche del siglo XIX en la Catedral.—Figuras contemporáneas: Peña, Maura, Palou y Coll, Miguel Costa, Juan Alcover, Noguera, Uetam, etc., etc.

II. Revisiones y Centenarios

Primera serie: Jovellanos.—Larra.—Balmes.—Maragall.—Ozanam.—Castelar.—Menéndez y Pelayo.—Rubén Darío.—Poe.—Zorrilla.—Espronceda.—Alarcón.—Echegaray, etc., etc.

III. La herencia de Rousseau

Voces del siglo XVIII: Casanova.—El sobrino de Rameau.—«Manon Lescaut».—El abate Galiani.—Cadalso.—Meléndez.—Rousseau y la sensibilidad moderna.—Lo irreparable.—Lo ilusorio y lo posible.—Polémica sobre la Revolución.—La paz del alma, etc., etc.

IV. Comentarios de política y patriotismo

De 1913 a 1918: Cartas perdidas.—Las dos políticas. 1815-1915.—Los dos patriotismos.—El marquesado de Silvela.—Macías Picavea.—Réplica a D. Melquíades Alvarez.—La expiación, etc., etc.

V. Historias de los días terribles

La caída de Godoy.—Orfila, pensionado en París.—La duquesa de Orleans en Barcelona.—Las andanzas de Moratín.

VI. Algunos ensayos

Psicología del pueblo español.—La Santa de Avila.—El hecho y la idea de la Civilización.—Escritores catalanes en castellano.

MIGUEL S. OLIVER

HOJAS DEL SÁBADO

II

REVISIONES Y CENTENARIOS

JOVELLANOS - LARRA - BALMES - MARAGALL
OZANAM - RUBÉN DARÍO - MENÉNDEZ Y
PELAYO - EDGARDO POE - ESPRONCEDA - ZORRILLA - CASTELAR - ECHEGARAY - ALARCÓN



BARCELONA
GUSTAVO GILI - EDITOR
Calle Universidad, 45
MCMXVIII



Imprenta Elzeviriana - Rambla de Cataluña, 12 y 14 - Barcelona

Jovellanos

I

Un siglo va a cumplirse muy pronto, el 27 de noviembre, desde que dejó de existir Jovellanos. Asturias se dispone a conmemorar esa fecha, según merece el recuerdo del varón insigne que tanto la honrara y que tantos beneficios le dispensó en vida y para después de su muerte. Mallorca, que aunque tierra de proscripción para él, vino a serle patria efectiva y por hijo ilustre lo tiene adoptado, apréstase a realzar también esa glorificación del incansable erudito que puso en claro la historia de los grandes monumentos insulares, de la Catedral, la Lonja, San Francisco y el castillo de Bellver, iniciando la rehabilitación del arte gótico en España treinta años antes de que sonase la hora más allá de los Pirineos. Pero

no son estos títulos que obligan la gratitud local, los que me han inducido ahora a un breve comentario. Jovellanos es el hombre representativo de la crisis política de España tal como se presentó en las postrimerías del reinado de Carlos IV. En su persona, en sus ideas, en sus escritos, se consuma el enlace del antiguo con el nuevo régimen. Una zona de su mentalidad, por ventura toda la zona estrictamente *literaria,* poética, de erudición y enciclopedismo, pertenece sin reservas al siglo XVIII. Al siglo XIX corresponde por su concepción política, a partir del informe de la Ley Agraria y aun con anterioridad a él, como es fácil de demostrar recurriendo a sus escritos anteriores.

Además: si el pensamiento de Jovellanos no alcanzó a triunfar en las Cortes de Cádiz, esto es, en la primera tentativa constitucional, informó después la tendencia conservadora o moderada la cual, doctrinalmente hablando, desciende en España de sus principios de gobierno y del sentido con que pretendió encauzar y dirigir la revolución desde los mismos instantes de la guerra napoleónica. Jovellanos acaudilló en la Central el partido de los que sostenían la reunión de Cortes, apartándose con ello del parecer del viejo Florida-

blanca, que la rechazó constantemente, fiel a su fórmula del despotismo ilustrado y de que todo debía hacerse aquí «para el pueblo, pero sin el pueblo». Mas, si su empeño fué decidido en este punto, no era menos clara ni precisa la visión de la realidad a que quiso siempre atemperarse. Jovellanos no quería sacrificar esa realidad a las ideas y a los apriorismos, por entender ante todo que era inútil pretenderlo así, que era contraproducente, que a veces era insensato y criminal.

¿Por qué razón? ¿Por odio al progreso? No ciertamente, aunque esta es la manera común de juzgar a los hombres templados. Existen dos familias de espíritus: los que no conocen más que las ideas puras, inflexibles y abstractas; y los que saben, por dolorosa experiencia o por potente intuición, cuánto cuesta de realizar una idea y arraigarla en el mundo de las cosas vivas. Jovellanos es el ejemplo culminante de esa falsa clasificación que relega a las filas reaccionarias y pone entre los enemigos de las luces y del pueblo, a espíritus distinguidísimos y anhelantes del bien, pero que tienen de su patria, del estado actual de sus conciudadanos y de su capacidad para recibir ciertas mejoras un concepto decisivo

el cual no les permite afrontar el remordimiento inherente a los consejos homicidas. ¿Cuántos no se hallan hoy en este caso? ¿Cuántos, a quienes la superficialidad moteja de estacionarios o regresivos, hállanse ante el problema concreto de nuestro país como Jovellanos se encontró hace más de un siglo: con un ideal en la mente y con una cuestión de táctica y dificultad grandísimas sobre el campo de acción, sobre la sociedad española, con su incoherencia irreductible de matices, doctrinas y temperamentos? Pero unos miran al ideal y no miran nunca a la táctica, a la posibilidad, al buen éxito asequible. ¿Serán estos los únicos generosos, los únicos *idealistas* propiamente dichos? El temor de despeñar a su país, so pretexto de empujarlo a la gloria, de redimirlo en un día y revolucionariamente, ¿no es también generosidad ideal, no merece el respeto de las gentes?

Repasando ahora los opúsculos y escritos menores de Jovellanos encuéntrome con una carta apenas conocida y casi nunca citada que me parece oportuno reproducir, en sus párrafos principales, por los puntos de vista que contiene análogos a los que continúan preocupándonos en la

actualidad. Esta carta, escrita a persona ignorada y contestando a consultas y opiniones previamente expuestas, parece datar de mediados de 1794, habida cuenta de las alusiones en ella contenidas. El anónimo corresponsal de Jovellanos, respetuoso y todo para con su autoridad, debió de ser uno de tantos espíritus inquietos que confunden la exaltación continua con el movimiento y el simple movimiento con el positivo adelanto. Se trata tal vez de uno de esos ideólogos radicales que no se contentan con menos que una mutación total cada día y cada noche, retrayéndose no obstante de toda labor mientras no llegue el milenio suspirado. Corrobora esto mismo el ver que discute con Jovellanos el valor de las utopías de Godwins. He aquí el tono de noble firmeza en que expuso sus opiniones el publicista gijonés, y casi toda su doctrina del progreso político según debió defenderla más tarde en las agitadas sesiones de la Junta Central:

«Dirá usted que los remedios son lentos. Así es: »pero no hay otros; y si hay alguno, no estaré yo »por él. Lo he dicho ya; *jamás concurrire a sacri»ficar la generación presente para mejorar las fu»turas.* Usted aprueba el espíritu de rebelión; yo

»no: lo desapruebo abiertamente, y estoy muy »lejos de considerar que lleve consigo el sello del »mérito. Entendámonos. Alabo a los que tienen »valor para decir la verdad, a los que se sacrifican »por ella; *pero no a los que sacrifican a otros »seres inocentes a sus opiniones*, que por lo común »no son más que sus deseos personales, buenos o »malos. Creo que una nación que se ilustra puede »hacer grandes reformas sin sangre, y creo que »para ilustrarse tampoco sea necesaria la rebelión. »Prescindo de la opinión del abate Mably que »autoriza la guerra civil, sea la que fuere; yo la »detesto y los franceses la harán detestar a todo »hombre sensible. Tal es su estado. El Vendée, »Lyon, Tolón, Marsella, etc., lo prueban, cuando »París no fuera un teatro de ella dos años ha. »Comparo sus proscripciones desde el septiembre »del 92 al 5 de abril último (probablemente alude »a la persecución contra los dantonistas, que »coincide con la segunda fecha), las comparo con »las de Roma, y las hallo más feroces, más pro»longadas y duraderas, y más innobles...»

Y después, entrando de lleno en su concepción del progreso, cuya base es la *continuidad* sin saltos bruscos, dice: «Si el espíritu humano es

»progresivo, como yo creo (aunque esta sola »verdad merece una discusión separada), es inne»gable que no podrá pasar de la primera a la »última idea. El progreso supone una cadena »graduada, y el paso está señalado por el orden »de sus eslabones. Lo demás no se llamará pro»greso, sino otra cosa. No sería mejorar sino »andar alrededor; no caminar por una línea sino »moverse dentro de un círculo. La Francia actual »nos lo prueba: libertad, igualdad, república, fe»deralismo, anarquía, y qué sé yo lo que seguirá... »El estado moral de las naciones no es uno, sino »tan diverso como sus gobiernos. Luego no todas »se pueden proponer un mismo término en sus »mejoras. Siguiendo el progreso natural de las »ideas, cada una debe buscar la que esté más »cerca de su estado, para pasar de ella a otra »mejor. Inglaterra, por ejemplo, tiene menos que »hacer que nosotros... ¿Parécele a usted que sería »poca dicha nuestra pasar al estado de Inglaterra, »conocer la representación, la libertad política y »civil y, supuesta la división de la propiedad, una »legislación más protectora de ella?»

He aquí iniciado ya el primer germen de su criterio constitucional y sentadas las bases de

su ética política: porque un gravísimo problema de ética, que merece detenido examen y muy honda meditación, encierran esas rotundas afirmaciones que dejé subrayadas: *Jamás concurriré a sacrificar la generación presente para mejorar las futuras; jamás sacrificaré seres inocentes a mis opiniones personales.*

II

Jovellanos fué, ante todo, un gran modelador de espíritus y pertenece a aquella categoría de hombres que dan forma a las aspiraciones de una época, que revelan y hacen explícita una conciencia nacional, que ejercen sobre las almas mejor que sobre las cosas una innegable influencia, un invisible y dulce magisterio. Así fué en las letras, en la economía, en el derecho, en la reforma pedagógica, en la revolución constitucional. Alentaba a los tímidos, sostenía a los discretos y refrenaba a los impetuosos. Ejerció al mismo tiempo de impulsor y de regulador en la reforma que se preparaba y dominó sobre las

inteligencias por superioridad de talento y preparación, como dominó sobre los corazones por el secreto hechizo de su carácter, por aquella atracción personal indefinible que le permitió ser, al mismo tiempo, el oráculo de las figuras y temperamentos más contradictorios entre sí: de Forner y de Cabarrús, de Moratín y del exaltado Marchena.

Además, las vicisitudes de su tiempo vinieron a ennoblecerle con un inesperado prestigio: el de la persecución. Su destierro o cautividad en Mallorca, por siete años cabales, hasta 1808, consiguió engrandecerle a los ojos de España entera, no sólo por el origen de la persecución sino por la dignidad y entereza con que la sobrellevara. Desde entonces no sólo fué una víctima del despotismo, sino que se convirtió en símbolo viviente de la patria ultrajada por el encumbramiento de Godoy. Allá, en las soledades del castillo de Bellver, languidecía un hombre puro y honrado; pero iban con él todas las esperanzas de su pueblo. Aquel hombre había fustigado con juvenalicia indignación, en sus sátiras a Arnesto, las corrupciones de la corte, el servilismo de los palaciegos, la impudencia de Mesalina, la degene-

ración de la nobleza. Enrojecidos al fuego de un corazón de patriota, sus endecasílabos candentes brillan a través de la historia y marcan el estigma envilecedor sobre la espalda de la matrona disoluta y del prócer abyecto, bien sea al estilo español, achalanado y torerista de un Villahermosa —«aquel *majo* en siete varas de pardomonte envuelto» — bien al estilo francés, libertino y filosófico de un marqués de Mora, precozmente agostado por las auras de Ferney y las caricias de Mlle. Lespinasse.

En la múltiple producción de Jovellanos se compendia el cuadro más intenso y veraz de la decadencia a que asistió. Sus sátiras, sus discursos académicos, sus informes abarcan el panorama de la vida española de aquel tiempo, en lo económico, en lo político, en lo social; y su ardiente patriotismo trascendió no pocas veces a la producción ajena suscitando una legión de discípulos y admiradores, no siempre fieles al comedimiento y alta puntería del inspirador. *Pan y toros*, fué la fórmula de ese jovellanismo indirecto, el nombre puesto a esa miseria moral en que todo parecía haber caído entonces. Mas, por encima del rebajamiento de los caracteres y del

cinismo con que se complacían algunos en ostentar y proclamar la propia vileza o el deshonor de su patria, el ilustre gijonés representó siempre la protesta noble, la afirmación de la dignidad nacional y la conciencia imperativa y vigilante que exige la reparación, que demuestra no estar todo podrido ni dañado.

Llególe, por fin, la hora de las reparaciones. Ocurrió el motín de Aranjuez, cayó Godoy para siempre, vino el momento de la libertad. Como siete años había pasado en Mallorca preso, vejado, sujeto a estúpidas alternativas de rigor e indulgencia. Lejos de enfurecerse, de morder con ira los hierros de su prisión, de entregarse en espectáculo a la posteridad como Silvio Pellico, se entretuvo en escribir amorosamente la historia de su propia cárcel, en estudiar y catalogar la flora que la circunda, la flora *bellvérica*, como él decía. Desempolvó documentos, registros y libros de obra y dejó a Mallorca un estudio acabado de sus principales edificios religiosos y civiles. Su presencia, después de tan largo cautiverio, fué acogida en Palma con estruendosas aclamaciones y muestras de afecto. Recorrió en triunfo media isla y regresando cierta tarde de una de estas

expediciones victoriosas, tuvo que cruzarse su coche con un tropel de gentes amotinadas que arrastraban encendida la carroza de no sé cuál de los parientes de don Miguel Cayetano Soler, ministro mallorquín que había desempeñado la Secretaría de Hacienda durante los diez años últimos y cuya familia y clientela acaparaban en Mallorca todos los cargos oficiales, desde la Regencia a la Contaduría y el más ínfimo negociado.

Pues bien: entonces, a la vista del motín dirigido principalmente contra sus perseguidores, contra los secuaces del ministro que había firmado tantas órdenes inicuas contra un inocente, que había contribuído con su aquiescencia y su voto a mantener aquella persecución y a negar al acusado la menor garantía de juicio y defensa, entonces, repito, Jovellanos demostró el verdadero temple de su alma y toda la elevación de sus sentimientos. No sólo se sustrajo a las demostraciones y aplausos de la chusma, sino que execró en términos duros e inequívocos aquel desmán y la saña contra el caído, azuzada ahora por no pocos que la víspera no sabían cómo adularle y enaltecerle. Así también, los rigores que acababa de probar y los recuerdos que hubo de

dejarle la tiranía, no bastaron a trastornar el equilibrio de su mente ni a lanzarlo por ira personal en brazos del furor demagógico, sin duda porque le temió tanto como a la primera o porque lo consideró como una forma distinta del mismo daño.

Muy pronto se echó de ver, en las accidentadas tareas de la Central. No fué improvisada ni dató de aquellos días la concepción de Jovellanos respecto a la reforma política que reclamaba el país. Su criterio se alejó siempre de los apriorismos y del sistema galomano. Creía que España estaba dotada de una constitución propia, intrínseca, — lo que se ha llamado después constitución «interna» — y que no faltaba sino desembarazarla de estorbos y ponerla en vigor. Sin caer en el extremo opuesto de la anglomanía, mostrábase más inclinado al ejemplo inglés, por su similitud con muchos rasgos de las diversas organizaciones históricas de España, por atemperarse a los hechos y a las posibilidades más que a las abstracciones y a la falsa y sólo aparente regularidad de los «geómetras» políticos.

La posición que adoptó desde los primeros días del alzamiento trae a la memoria el nombre de

Lally-Tollendal y su influencia en los comienzos de la Constituyente de Francia. Vino la reunión de las Cortes de Cádiz; y el pensamiento de Jovellanos no pudo prosperar. Es cierto. Acaso por una «habilidad», por ventura casualmente, pero de todas maneras con sorpresa unánime, la convocatoria del clero y de la nobleza no fué remitida a su destino; únicamente lo fué la de los diputados de las provincias o dígase estado llano. Los apremios de la guerra, la situación crítica de España, la misma revuelta contra la Central y sus miembros, dispusieron lo restante. El llamamiento de los cuerpos privilegiados no se convalidó; y lo que no pudo obtenerse en Versalles más que por la obstinación y resistencia de los comunes, por el juramento del Juego de Pelota, por la toma de la Bastilla, esto es, la reunión de la nobleza y el clero al estado llano y la formación de una Cámara única, esto se consiguió en España de un modo mucho más sencillo: dejando de enviar al correo unas cuantas circulares y despachos.

La impopularidad que acompañó a los «centrales» o miembros de la disuelta Junta no dió gran pábulo a la discusión ni a que se tomara la defensa ostensible de uno de sus acuerdos. El

ejemplo de la Revolución francesa en su fase parlamentaria, sirvió de pauta a los novadores, más inexpertos que Jovellanos. Así como los diputados franceses se habían nutrido de Plutarco y de Tácito, e imitaban a los repúblicos de Atenas, Esparta y Roma, los españoles tuvieron más a mano el modelo francés. Y un poco sin saberlo y otro poco por vanidad preconcebida e inevitable repetición *mimética*, un Argüelles pensó en el papel de Mirabeau; y un presbítero, Muñoz Torrero, en el del abate Sièyes, entrambos habilísimos buscadores de fórmulas legales y forjadores de proyectos; y un gallardo y juvenil Martínez de la Rosa, en la figura interesante y conmovida de Barnave. Y así se fué a la Cámara única; y se volvió a ella en 1820, hasta que Francia y todos los países del mundo y todas las naciones libres y parlamentarias de la tierra, tuvieron que dar la razón a Lally-Tollendal, a los *feuillants* o constitucionales y a Jovellanos, que aquí se opuso resueltamente al rodeo inútil, peligroso y desorganizador.

III

He dicho que de Jovellanos procede en España la escuela conservadora, mejor todavía que el partido conservador. Y esta descendencia se ha distinguido y se distingue profundamente del moderantismo doctrinario a la francesa, que prevaleció algún tiempo y no fué más que obra de imitación pasajera tanto como pudo serlo el liberalismo doceañista. Ahora bien: ¿dónde y en qué radica el fundamento de tal escuela, según vino a crearla e informarla el ilustre asturiano? En primer lugar, fué una tendencia de reforma, no simplemente estática o defensiva, ni mucho menos reaccionaria. Hay que decirlo y proclamarlo categóricamente: el partido conservador no nació en España como una reacción contrapuesta a otros impulsos progresivos, ni para detenerlos o conseguir que abortasen. Nació, simultánea y consubstancialmente, con la reforma política de nuestro país, cuya necesidad afirmó Jovellanos antes de que nadie lo hiciera y con más valentía

y conocimiento de causa que otro alguno. ¿No se da el caso ahora mismo, como se dió durante muchísimos años, de que a sus obras y a sus textos tengan que acudir cuantos autores de la izquierda más extremada quieren dar idea de aquel tiempo y de la urgencia de una transformación?

Históricamente hablando, los conservadores fueron en España los primeros reformistas. Y puede decirse que el proceso de la división de partidos siguió aquí un camino inverso del que suelen indicar los teóricos de esta materia, es decir, que por reacción contra los evolutivos nacieron de un lado los radicales y del otro los tradicionalistas intransigentes, y no al revés. Así Jovellanos, inició, condensó y personificó en su época la aspiración ideal e ilustrada de sus contemporáneos en sentido de la mejora y hasta el límite señalado por la posibilidad. Y aquí viene la confusión lastimosa de donde parten tantos juicios erróneos, tantas acusaciones injustas, tantas declamaciones descabelladas. Un brillante publicista de nuestros días propugna la tesis de considerar a los liberales como la encarnación del elemento *ideal* de las sociedades, mientras los conservadores no representan otra cosa que el elemento *material* y

más abyecto de las mismas. Esta contraposición entre el espíritu, con todas sus sublimidades, y el cuerpo, con todas sus vilezas; entre Don Quijote, con su alta nobleza delirante, y Sancho Panza, con su bellaca villanía, podrá ser muy seductora, en su aparente sencillez, y muy apta para deslumbrar a los entendimientos simplistas y geométricos; pero es monstruosamente inexacta y aun pudiera decirse que calumniosa.

Saquemos esta tesis de la esfera de la abstracción y traslademósla al campo de los hechos y de la historia. He ahí el caso del estadista gijonés. ¿Qué mentalidad superior, en el orden complejo de la política, nos ofrece la España de entonces? ¿Qué espiritualidad más elevada? No creo que pueda oponérsele ninguna. Ni de cerca ni de lejos se encontrará una inteligencia que alcance a la suya ni un carácter que le sobrepase en nobleza, en generosa intención, en alteza de miras. No representó Jovellanos en su siglo el papel del estómago voraz contra el cerebro o el corazón ardientes. No fué por cierto su papel el de Sancho Panza, arreando mansamente su rucio y atento sólo a las alforjas. Quien dice Jovellanos dice cultura, espíritu, reforma de los abusos, extirpa-

ción de las corruptelas, odio al privilegio y a la rutina, a la ignorancia y el despotismo. Todo eso evoca su nombre. Pero evoca, además, otra idea postergada hoy día a ciertos aspectos falaces de la lucha por el progreso: sentido de la responsabilidad, patriotismo identificado con el deber de conciencia.

Nadie como él llevaba en la mente un tipo o dechado de perfección que tomar por objetivo y norte; pero nadie fué tan escrupuloso en la adopción de los medios para encaminarse a él. Parece ahora que cierta mentida aspiración al bien todo lo cohonesta; que diciéndose uno progresivo, «avanzado», amante del pueblo, propulsor de todas las emancipaciones, se redime de cuantas culpas, temeridades y crímenes invierta en la realización del pretendido ideal. De aquí el agitador sin conciencia, el demagogo de profesión, el corruptor de multitudes. Si el radicalismo admite una definición es ella sin duda la de considerarlo todo posible y todo en un minuto; la de creerlo *todo aplicable a todos*, en cualquier tiempo, lugar y estado de cultura. Y, no obstante, la historia nos dice los ríos de sangre y los rodeos espantosos que esas impaciencias descabelladas o

esas execrables impulsiones han costado a la humanidad, no menores que los que se debieron a la tiranía o a la temeraria prolongación de los estados de hecho abusivos y petrificados.

Sin perder de vista su estrella polar no dejó nunca Jovellanos de considerar las irregularidades y precipicios del camino. No le abandonó jamás aquel sano sentido realista que nos informa de los obstáculos y de la línea verdaderamente más corta, aunque no lo parezca a ojos vulgares. Nadie como él conocía en España la literatura política de su tiempo ni podía dar mejor razón de las concepciones, de las utopías y de los delirios teóricos de aquel siglo. ¿Qué más natural que convertir esa erudición de gabinete en proselitismo de la calle, dejándose arrastrar por una corriente doctrinaria que en casi todas las naciones de Europa se presentó en forma apenas resistible? Su conciencia patriótica no lo permitió. No se hubiera perdonado nunca esa claudicación; entendió que una cosa era andar y otra despeñarse en lo desconocido. La observación de su pueblo, la meditación de la historia de ese pueblo, el estudio de la realidad actual, decíanle claramente: «esto es asequible y estotro no; esto supone me-

jora positiva y estotro fuera progreso aparente, origen de una regresión cierta a estados peores que los actuales». Y una vez elaborada esta convicción, formado este juicio, establecida esta evidencia, no pasaba del límite propuesto. Lo contrario hubiera sido para él un verdadero delito de infidelidad a la patria y a sus semejantes.

No. Su resistencia a determinadas reformas y novedades no nació de odio al progreso, sino de todo lo contrario. Su desvío para cuanto significara revolución demagógica no era ciertamente egoísta, ni procedía de prejuicios antipopulares, ni se originaba siquiera en su personal timidez; y esto mismo les acontece ahora a no pocos espíritus, que sienten como Jovellanos, ante el problema del radicalismo revolucionario de nuestros días. «Nos llamáis retrógrados, — pudieran decir, — porque no peroramos en los mitines, porque no escribimos con tinta roja, porque no adulamos a las muchedumbres indisciplinándolas, envileciéndolas y convirtiéndolas en chusmas. Nos llamáis analfabetos, oscurantistas, defensores de la ignorancia, del atraso y del encanallamiento de nuestro país... ¡Con cuánta sinrazón! No. Nos-

otros nos oponemos a vuestras miras revolucionarias, porque lo que viniera con ellas sería cien veces más espantoso, miserable y abyecto que todo lo presente y lo pasado, si no implicaba ya la disolución definitiva.»

Esta es la convicción honrada y patriótica que, desde los días de Jovellanos, constituyó la derecha española, como tendencia a la vez impulsora y reguladora del progreso político de la nación. Los reformadores de Cádiz fueron los futuros moderados; vinieron a parar a donde Jovellanos les guiaba, sin necesidad de los ensayos sangrientos ni de las experiencias costosísimas que recogieron más tarde. Toreno, Martínez de la Rosa necesitaron las lecciones de la anarquía del trienio y la anarquía de 1835, de la demagogia en las ciudades y de la guerra teocrática en las montañas y en el campo, para comprender donde residía el único equilibrio posible para una aglomeración tan brusca y fuertemente diferenciada como la española y donde buscar la línea central o resultante de esa diversidad de temperamentos y energías. ¿Cómo hacerla gravitar, inconsideradamente, de un lado o del otro sin que ese equilibrio se rompa con fragorosa escisión de lucha

civil, jamás extinguida, siempre dispuesta a empezar de nuevo?

Otra convicción incorporó Jovellanos al sentido conservador, moderno e ilustradísimo, que de él desciende y que nadie puede confundir con la ramplona defensa del *statu quo,* ni con la fórmula despreciable de una mera conservación de los «intereses creados», ni con ninguna de esas excrecencias abusivas que quitan espiritualidad a una doctrina y prestigio a una causa. Me refiero a sus opiniones antifuturistas o milenarias, que cité más arriba: *Jamás concurriré a sacrificar la generación presente para mejorar las futuras.* Porque acaso tuvo la visión anticipada de esa extraña locura que hace ahora a los hombres víctimas de la humanidad abstracta y al siglo presente víctima del siglo futuro, el cual lo será, a su vez, del que deba seguirle, y así hasta el infinito. Jovellanos no creía en ninguna mejora que no fuese adaptable al estado actual, conveniente para los hombres de ahora. Poniendo la finalidad del movimiento político fuera de nuestro tiempo, queda condenado el mundo a un continuo trastorno y la revolución se hace permanente.

La tiranía de los que han de nacer, de lo que

no tiene realidad, no es más soportable que la de los que fueron; y ese tradicionalismo invertido resultará a la postre más abrumador que el otro. La verdadera norma del progreso está en que lo bueno para hoy prepare lo bueno para mañana, ya que los hombres tienen el deber de vivir para su generación sin inmolarla en holocausto al Dios terrible de los milenios y de las esperanzas mesianistas... Y valgan estas incoherentes reflexiones como modesta contribución al homenaje que se prepara en honor del político insigne, que de tal manera supo hermanar el espíritu reformador con el respeto al orden verdadero y a la continuidad moral de su país a través de la historia.

Julio de 1911.

Larra

I

Tiempo hace que proyectaba reunir algunas ideas y observaciones, anotadas de antiguo, respecto al escritor, insólito y completamente aparte entre los de su época, cuyo nombre encabeza estas líneas. El encontrarnos ahora en un período de conmemoraciones y centenarios, como los de la guerra de la Independencia y del nacimiento de Espronceda y Hartzembusch, ha venido a recordarme el viejo propósito; y no, ciertamente, para ofrecer a la memoria del gran satírico aquel definitivo homenaje de estudio y comprensión cabal que aguarda todavía de la historia literaria, sino en concepto de ofrenda interina y de contribución aislada a ese trabajo, del cual le están en deuda su posteridad y su pueblo. Porque no puede

citarse, acaso, otro ejemplo de mayor fama, en sentido de fama viva y palpitante, que se apoye en menos testimonios literarios ni en más delezables ilustraciones y documentos. Las noticias que de Larra circulan en prólogos y biografías de enciclopedia, tienen todas un común origen y son repetición de la que publicó un señor Cortés en el tomo IV de la edición de 1843-Madrid. Únase a esto las breves referencias y alusiones de Mesonero Romanos, Alcalá Galiano, Córdoba y Zorrilla, en sus memorias o misceláneas, y se tendrán casi agotadas y conocidas las fuentes biográficas de ese personaje tan lleno de interés y tan frecuentemente aludido como escasamente estudiado.

También le fué adversa la suerte, no ha mucho, cuando frustró los designios del señor Lomba. Este infatigable investigador había consagrado largos años y tenaces pesquisas al estudio de la vida y de la obra de *Fígaro*, reuniendo noticias, documentos, correspondencia, apuntes, obras inéditas o no coleccionadas, recuerdos de familia y de amistad y, en fin, cuantos pormenores y rasgos sobrevivían a la tragedia del infortunado escritor. Estaba a punto de dar la última mano a ese

tesoro y entregarlo a la imprenta, cuando, en un cambio de domicilio, con tanto empeño recomendó al mozo de cordel que cuidara y vigilara la maleta en que iban los originales y tanto pesaba el papel embuchado en ella que, creyendo el ganapán tener en sus manos un saco lleno de alhajas y onzas de oro, desapareció y no se ha vuelto a saber de él ni de la irreemplazable maleta, la cual seguramente destruiría después para suprimir el rastro de su bárbara y estéril infidelidad. Los rebuscadores que hayan puesto el alma en el empeño de una investigación obstinada y laboriosa, los que hayan consumido noches y días trasladando al papel los sueños de su mente desgarrada por el esfuerzo de la producción, ésos comprenderán sin duda el caso patético del señor Lomba, que es bastante a acibarar para siempre una existencia y sumirla en irremediable misantropía.

Perdido quedó, pues, el gran esfuerzo del biógrafo e inaprovechada para la cultura aquella labor tenaz de muchos años que, al desaparecer, llevóse consigo infinidad de revelaciones y testimonios únicos, con nada substituibles. Ella hubiera constituído, a buen seguro, la base completa de la revisión a que cada época literaria somete

los juicios y los autores de la época precedente. Es posible que ya nos diera la revisión en sí misma, explicándonos el secreto de la excelencia que más resplandece en toda página de *Fígaro*: su perenne y vivísima actualidad. Porque ocurre a menudo que, en medio de las vicisitudes y calamidades de nuestro presente, no encontramos una voz bastante adecuada, una expresión bastante eficaz y definitiva que las formule y haga visibles a nuestro espíritu; y, entonces, sin querer, por inclinación misteriosa del instinto, volvemos los ojos al gran periodista de 1833 y hallamos en una de sus frases, en uno de sus añejos artículos o comentarios, aquella profundidad de mirada y aquel poder absoluto de expresión que no sabemos encontrar ahora, entre nosotros mismos y para las cosas de nuestro propio momento.

En este sentido de la actualidad, puede decirse, sin asomos de paradoja, que Larra es más contemporáneo nuestro que de los suyos propios; más contemporáneo nuestro que muchos que vivieron después, que todavía viven y producen. Si cerramos los ojos, en un esfuerzo de comprensión sintética, para abarcar el cuadro intelectual de España en el siglo XIX, el recuerdo de Larra do-

mina y triunfa sobre todos. Sobre los de más vasta producción; sobre los de mayor sabiduría; sobre los más campanudos y solemnes o de mayores ínfulas como poetas y artistas puros; sobre quienes cultivaron géneros más elevados en sí mismos y creyeron desafiar el tiempo más altivamente... Sobre todo ese conjunto se levanta el recuerdo de Larra, con una persistencia cada día mayor, hasta el extremo de parecer imposible que tamaña sugestión haya sido impuesta con un puñado de cuartillas por un mozo que se dedicó al oficio de escritor público durante un período de cinco años escasos y que murió antes de cumplir los veintiocho. Algo de extraordinario debió de haber en su inteligencia o en su temperamento que de tal suerte venciera las desfavorables condiciones del género en que se movía y la inferioridad formal que acompaña a los autores festivos, ligeros o mordaces. Según las clasificaciones rutinarias de la preceptiva le correspondiera ocupar un puesto muy subalterno; según la clasificación viviente de nuestras preferencias ocupa un lugar único. Todos sus coetáneos y no pocos de sus sucesores nos parecen más lejanos, más distantes de nosotros, que ese *Fígaro* siempre actual, presente

a todas horas en nuestro espíritu. Compárese la posición de su talento con la de tantos insignes retrasados y anacrónicos como han venido después y dígase qué otra espiritualidad más vibrante ha podido expresarse en castellano durante toda la pasada centuria, incluso el duque de Rivas y el frustrado Cabanyes.

Más todavía que un talento, con ser el suyo tan ágil y poderoso, fué un espíritu, un alma intensísima la que se dió y derramó en sus opúsculos; un alma de misteriosa y extraña irradiación que obraba en todos sentidos, de burlas y de veras, a través de la prosa, a través de la parodia y del sarcasmo, para resolverse en una impresión final de poesía. Ríe uno y se divierte con las ocurrencias de *Fígaro*. Pero cierra el volumen; olvida los pormenores, los rasgos caricaturales, todo lo contingente, superficial y de un día; purifica y lava su memoria de lo prosaico y grotesco que la sátira no puede menos de manosear, y, entonces, aquel espíritu queda cantando como un rumor, desprendido ya de las palabras y de toda esclavitud lógica, con la resonancia de unas cuerdas tirantes, de un dolor herido, de un alma insomne, febril, agitada por un viento que viene de muy lejos, de

allí, de Elsenor, del castillo de Hamlet: el mismo viento que acaba de encrespar en Missolonghi la irritada cabellera de Byron... Porque en Larra se combinaron el mal del siglo y el mal de la patria: fué al propio tiempo el Werther y el Mickiewicz español. Escribiendo inmediatamente después del decenio terrible, cuando al despotismo beocio de Calomarde sucedió el despotismo «ilustrado» de Cea, no participó más que por fórmula de aquellas esperanzas y entusiasmos que levantaron los decretos de María Cristina. De esta época datan, precisamente, sus *Cartas de las Batuecas,* reflejo inmediato del período anterior, con todo lo que tuvo de oprobiosa y cínica incultura, de grosería de espíritu, de embrutecimiento general. Con las odas encomiásticas de los ingenios acogidos a la amnistía y con la esperanza de un nuevo «renacer de las luces» que todas ellas respiran, contrasta aquella honda y mal velada pesadumbre, aquella melancolía patriótica, como de polaco de una futura Polonia, que se desprende de las profundas y donosas epístolas a Andrés Niporesas.

¿Costumbrista? Fuélo, ciertamente, y de los más agudos y perspicaces. Mas esta modalidad literaria era un producto general de aquella época

de transición. Se asistía entonces a una crisis del mundo. El derecho nuevo y la nueva maquinaria determinaron una nueva forma de la sociedad y empujaban al cosmopolitismo. Lo pintoresco y local sentíase instintivamente amenazado por esa ola igualitaria; las ciudades se transformaban y ensanchaban; todo perdía su viejo carácter estático; las apariencias y formas exteriores de la vida cambiaron más en cincuenta años que antes en quinientos. Y los costumbristas no fueron, en el fondo, más que elegíacos o plañideros divertidos de las cosas que se iban o estaban amenazadas de extinción. En este sentido Larra fué un costumbrista más, aunque muy señalado, al cual se le puede buscar parentesco y referencias en Mesonero Romanos, en *El Solitario*, en *El Estudiante*... Pero es empequeñecer y materializar su figura el querer incluirle en una casilla de la clasificación literaria corriente: el declararle crítico, el declararle autor de sátiras literarias y sociales, el declararle periodista político. Fué todo esto *per accidens* y como procedimiento habitual; pero fué algo más, mucho más, dentro de esto y por encima de esto.

Claro está, que, como satírico de las costumbres,

podemos buscarle precedentes formales en Jovellanos, cuyos Arnestos y Alcindas no distan mucho de los mayorazgos, pisaverdes y señoras de rompe y rasga bosquejados por *Fígaro*. Claro que de sus sátiras literarias hallaríamos el antecedente inmediato en Moratín y un poco más arriba en *Jorge Pitillas*. Claro que hasta a sus donaires y malicias de carácter político y a la especial caída de su primer estilo sería posible señalarle la influencia de Gallardo, mucho más célebre después como bibliófilo y gran conocedor de la vieja literatura castellana, pero que en los días del alzamiento y luego en Cádiz, durante las primeras Cortes, se había dado a conocer y provocó ruidosas tempestades de pasión por medio de *pamphlets* tan llenos de sales y desvergüenzas como la *Apología de los palos* (contra el intendente Calvo de Rozas y publicado bajo el pseudónimo del Licenciado Palomeque) y como el blasfemo *Diccionario crítico-burlesco*, que tanta polvareda levantó y tanto contribuyó a enconar los ánimos de una y otra bandería en el Congreso. Mas, de todo ello no hizo Larra sino tomar el molde, la envoltura, la cubierta. Lo llenó todo de un espíritu desconocido, cuyo secreto poseía sólo él, y

nos ofreció uno de aquellos tipos de escritor solitario y errante, que más indóciles se presentan a toda clasificación y más estrepitosamente echan por tierra el rígido sistema de los «medios», desenvuelto por Taine como principio capital de la historia literaria.

II

En efecto: Larra aparece mucho más como una excepción que como ese engendro o producto de cuanto le rodea. Sus contemporáneos le tendrán por largo tiempo como un espíritu agriado, como un eterno displicente, no susceptible de contentarse con nada ni con nadie. Atribuirán a razones subjetivas y personales esas pinturas sombrías de la realidad exterior que van brotando de su pluma. Dirán de él, como se ha dicho de todos los satíricos, que deprime y calumnia el ambiente nacional o que lo ve todo a través de unos ojos inyectados de bilis, en la extravasación de su perpetua ictericia. Nadie, entre cuantos constituyeron aquella generación, acertará a colocarse en su punto de vista y a poner en claro los motivos

de su total y continua discrepancia; y ello porque nadie se elevó a mayor altura en el concepto del patriotismo ni supo ver, por encima de las convulsiones de la revolución, lo que había y sigue habiendo de fundamental en el problema de España. Se necesitará que pasen sesenta o setenta años y que ocurran catástrofes inauditas para que algunos espíritus atormentados y dolorosos vuelvan a sentir el «mal de la patria» como lo sentía y expresaba *Fígaro,* solitariamente, mal comprendido, y aun pareciendo a no pocos contradictorio. Situado en la confluencia de dos épocas, entre el antiguo régimen y el moderno constitucionalismo, parece advertir por anticipado que la revolución se extravía y hace «falsa ruta»; que la esperanza es desmesurada para el escaso empeño que pone en ella el país mismo; que hay una gran parte del problema que corresponde a la política, es cierto, pero que acaso la parte principal no puede conseguirse por el esfuerzo simplemente mecánico de la legislación, y esa parte es la que concierne a la aptitud de la raza en sí misma para la vida moderna, con independencia de los sistemas políticos.

Diríase que echa de menos el fondo o contenido

de una verdadera restauración, el jugo y la sustancia con que vivificar y hacer fructíferas a las leyes y, sobre todo, aquel incendio de los espíritus sin el cual toda transformación de un pueblo se frustra y malogra quedando en estéril formalismo, en vacuidad, en simulacro. De aquí resulta que la posición espiritual de Larra en 1834, viene a ser la misma en que se hallarán, a la vuelta de tantos años, los «regeneradores» de 1898. Hasta entonces casi nadie compartió, ni entendió apenas, aquel descontento. El escritor fué celebrado por razones en cierto modo secundarias: por su agudeza, por su chispa, por su dicción. La parte más honda de su obra quedó sin incorporarse a la psicología nacional, basada en un franco y apacible optimismo. Durante largo tiempo se creyó que España y los españoles habían sido agraciados por la Providencia con cuantos dones y obsequios puedan ser apetecibles en el mundo: valor, ingenio, riquezas sin fin, «todo menos un buen gobierno». Este aforismo enervante ha regido el sentimiento general y ha servido de almohada donde dormir tranquilos y libres de pesadillas, esperando la hora de ese buen gobierno y declinando toda responsabilidad en las desventuras

de la patria. Costa y Picavea tuvieron que hacer implacable justicia a un sistema tan cómodo y a un patriotismo tan fácil de contentar; sus predicaciones y libros de los días del desastre son como una paráfrasis o traslación a la política práctica de lo que contenían en potencia las cartas del *Pobrecito hablador*. Y entonces hubieron de reconocerse las luminosas anticipaciones de Larra y todo cuanto había tenido y expresado de «supernacional», entre el optimismo de los liberales, de los serviles y de los del justo medio.

No poco había dicho en aquel su primer periódico (del cual sólo aparecieron trece números en diez meses) para prevenir a los españoles contra ese espíritu de credulidad y jactancia patriótica, contra «esta pereza del país que nos tiene a todos poco menos que dormidos», contra la falta de un sentido exigente y de un impulso de mejora en todos los aspectos de la vida, que así le llevaba a proferir sus sarcasmos ante la carencia de una alta cultura como ante los sucios manteles de los fonduchos de moda, o a propósito de las destartaladas diligencias, o con motivo de tener que mandar a París el cronómetro que componer y el libro que encuadernar primorosamente. De todo

ello se podía pasar aquella sociedad bonachona y acomodaticia, contenta con los dones que del cielo recibiera su país y esperando para la ocasión más oportuna el único regalo que le faltaba: un buen gobierno. Todo lo que tenía valor actual en Europa, estaba no ya sin crédito, sino casi desconocido en España, regida, antes que por la ley del mérito, por una suerte de ley de gracia según la cual no podía ser hombre de provecho, al decir de Larra, quien no fuese por lo menos tonto y mayorazgo.

El escozor que causaron en la vanidad superficial de las gentes, esas ideas expresadas «a fuerza de lagunas y paliativos», puso a su autor en el trance de sincerarse y dejar por un momento sus burlas habituales, elevándose al ardor de la elocuencia. Fué en la conclusión o despedida que puso al *Pobrecito hablador*. «Habrán creído mu»chos, — decía, — que tal vez un orgullo mal en»tendido o una pasión inoportuna y dislocada de »extranjería han hecho nacer en nosotros una »propensión a maldecir de nuestras cosas. Lejos »de nosotros intención tan poco patriótica; esta »duda sólo puede tener cabida en aquellos paisa»nos nuestros que, haciéndose peligrosa ilusión,

»tratan de persuadirse a sí mismos que marcha-
»mos al frente, o al nivel a lo menos, de la civili-
»zación del mundo. Para los que tal crean no es-
»cribimos, porque tanto valiera hablar a sordos.
»Para los españoles empero juiciosos, para quie-
»nes hemos escrito mal o bien nuestras páginas;
»para aquellos que, como nosotros, creen que los
»españoles son capaces de hacer lo que hacen
»los demás hombres; para los que crean que el
»hombre es sólo lo que de él hacen la educación
»y el gobierno; para los que pueden probarse a sí
»mismos esta eterna verdad con sólo considerar
»que las naciones que antiguamente eran hordas
»de bárbaros son en el día las que capitanean los
»progresos del mundo; para los que no olvidan
»que las ciencias, las artes y hasta las virtudes
»han pasado del Oriente al Occidente, del Medio-
»día al Norte en una continua alternativa, lo
»cual prueba que el cielo no ha monopolizado en
»favor de ningún pueblo la pretendida felicidad y
»preponderancia tras que todos corremos; para
»éstos, pues, que estén seguros de que nuestro
»bienestar y nuestra representación política no
»han de depender de ningún talismán celeste, sino
»que ha de nacer, si nace algún día, de tejas

»abajo y de nosotros mismos; para éstos haremos »una reflexión... que dará la clave de nuestras »habladurías.»

He aquí cómo explica su patriotismo. Para Larra los aduladores de los pueblos han sido siempre, como los aduladores de los príncipes, sus peores enemigos; ellos les han puesto una venda sobre los ojos y para usufructuar su flaqueza les han dicho: «lo sois todo». De esta torpe adulación ha nacido el orgullo infundado y sin base, según el cual no podemos adelantar un paso, porque todo lo tenemos conseguido, ni mantener una noble emulación, porque en todo somos nosotros los envidiables. Esta es la doctrina deprimente y el estado de convicción que paraliza la voluntad. No reconociendo superioridad alguna, mal se puede aspirar a ella; y es cegar la fuente de toda energía el infiltrar de continuo en el espíritu de un pueblo la idea de su absoluta perfección. No hay grande obra que no proceda de una decepción o descontento. Comparando lo que es con lo que debe ser y puede ser, nace el apetito de la mejora; no de otra manera. Y luego, en otro lado insiste sobre esta cuestión, sobre el problema económico y el problema pedagógico, sobre la

escuela y la despensa. «Los batuecos que quieren »bien a su patria han de empezar por apartar el »pensamiento de los empleos y quemar todos los »memoriales hechos y por hacer. Si el gobierno »necesita hombres, hombres buscará pues ya sabe »donde están y bien conocidos son; al que no »le busquen que no se haga buscar él, sino que »hinque el codo y que se aplique. Si hay un país »en que pueda un hombre hacerse un bienestar »por cualquier ramo de artes o ciencias es éste, »donde hay de ellas tanta escasez. Pero si esperan »a llamar buen gobierno a aquel que a cada ve- »cino le dé veinticuatro mil reales de renta por »su manifiesta adhesión, nunca le habrá para las »Batuecas...»

De aquí la manifiesta desconfianza que le inspiraban el sesgo exclusivamente *político,* externo, adjetivo, de forma, que tomaba la revolución, y la ausencia de otra revolución de cultura, *pedagógica,* que transformara las entrañas de nuestra sociedad y le hiciera aceptar la ley del mundo moderno, no con resignación y una mal encubierta nostalgia de las antiguas aventuras, sino con pleno entusiasmo de convencido que ansía regenerarse por el trabajo y por la insuperable

alegría de debérselo todo a sí propio. A cada momento le asalta la idea de la vacuidad, de la pura apariencia en que se mueve la reforma política, no apoyada en una transformación sustancial de la sociedad española. He aquí el cuadro, tal como se ofrecía a sus ojos: «El año 8, según decía el »gobierno, no podía ser España feliz sino bajo la »ilustrada dominación del dispensador supremo »de la dicha de los pueblos (Napoleón). Poco des»pués, toda su bienandanza debía consistir en »manejarse por sí sola, rechazando la sobredicha »ilustrada dominación. El año 14 era indudable »que sólo su legítimo rey y su legítima libertad »le podían conducir a la dicha estable y duradera. »A mitades del mismo año pendía su salvación »de su legitimo rey, pero ya sin auxilio de la tal »libertad. Hasta el 19 inclusive, el orden, la paz, »la gloria y la ventura sólo podían apoyarse en »la Santa Inquisición. El año 20 ya se averiguó »que aquella dicha no era la verdadera: la verda»dera era la que iba a tener fundada en la igualdad »y la libertad; entonces se supo a ciencia cierta »que iba a ser venturosa. El año 23, sin embargo, »se vió restituída a la felicidad verdadera; enton»ces sólo podía esperarla de aquellos mismos fran-

»ceses, los únicos que el año 8 podían hacerla »feliz y el año 9 sólo podían hacerla desgraciada... »Y por fin, el año 34 abre los ojos por quinta vez »y se convence de una manera irrecusable, como »siempre, de que su felicidad sólo puede depender »de la representación nacional....»

III

En 1843 hizo un viaje a nuestro país el historiador Edgardo Quinet, de tan singular relieve en el grupo del 48. De dicho viaje salió un libro, *Mes vacances en Espagne*, y en ese libro pasa revista a toda la realidad española: política, costumbres, literatura. Asistió Quinet a las sesiones del Congreso cuando la acusación contra Olózaga; frecuentó los teatros; repasó las publicaciones recientes; leyó los poetas en boga. Y, así en la lírica como en el drama y la novela, hubo de sorprenderle la discrepancia entre la Revolución que nos había conmovido y la absoluta normalidad de aquella literatura, tradicional, cristiana, ortodoxa, lo mismo que si hubiera vivido ajena del

trastorno y al margen de la realidad. Aun los mismos comentaristas de la vida pública, y el más significado de todos ellos, le parecieron una cosa aparte, una cosa incomprensible, entre los demás de Europa.

Ni los *pronunciamientos* ni la guerra civil, — dice poco más o menos, — han espantado a los poetas españoles; lejos de esto se asegura que el gran estilo de los siglos XVI y XVII ha reaparecido, de pie entre horca y horca, en medio de la vociferación de las facciones. Imaginad lo que podía ser entre 1833 y 1837 la musa española, enardecida por el fragor de los fusilamientos; concebidla como queráis; os doy ciento de ventaja. Seguramente os la figuraréis fusil en mano, una cicatriz en la frente, señalando con fiero ademán la tumba de un faccioso recién cubierta. ¡Qué error! Esta representación imaginaria es todo lo contrario de la verdad. Porque el espíritu que desde Vizcaya hasta Andalucía se hace oír en estos años siniestros es un espíritu jocoso, un nieto de Rabelais o de Cervantes. España, tinta en sangre, escucha y ríe a mandíbula batiente. Ha reconocido en las malicias de *Fígaro* algo de la mansedumbre y buen sentido de Sancho Panza...

Y luego añade lo que traduzco textualmente: «Una revolución que se consuma burlándose de »sí misma: ésta es la originalidad de Mariano José »de Larra. Se ignora en Europa que los españoles »han sido los primeros en reírse de su disfraz cons- »titucional, de la impotencia de las cartas o »textos escritos, del énfasis de las juntas, de las »fanfarronadas de los vencedores, de las homé- »ricas lentitudes de la guerra civil, de la inutilidad »de los patíbulos. Juzgando por el tono de algunas »proclamas se les creía engolfados en la admira- »ción de sí mismos; y he aquí que el escritor que »surge de esa época y que recoge la prosa española »a punto de perecer ahogada en un charco de »sangre, ese escritor es, precisamente, un maes- »tro en picardías graciosas. En el momento en »que una sociedad vieja cambia de vestido y de »fisonomía, mil ridiculeces salen al exterior, que »Larra percibe y anota con imperturbable aplomo. »Sigue, paso a paso, a esa Revolución enfática »como Sancho Panza al caballero de la Triste »Figura; comenta a su modo cada pretendida »victoria de ese magnánimo defensor de los dé- »biles y oprimidos. ¡Qué de páginas de una fuerza »cómica implacable sobre el espíritu devastador

»de la muchedumbre, que permanece el mismo, »no obstante la carta constitucional; sobre la »Junta que ordena, bajo pena de muerte, un »entusiasmo de tres días consecutivos desde las »seis de la mañana hasta las diez de la noche; »sobre la planta que produce los *facciosos!*... »Tanta sangre fría dentro de lo irónico, en medio »de pasiones de tal manera desbordadas, eso es »lo que no se ha visto hasta ahora en otra parte. »¿Quién esperaría encontrar la amarga frialdad »de Pablo Luis Courier, a la primera mañana de »la Constituyente?»

El sentimiento de la esterilidad de la revolución española: he aquí la posición de espíritu que Larra mantuvo constantemente entre sus contemporáneos. Ni con ella ni sin ella tenían remedio los males del país; el problema no era de simple política, no era de régimen sino de raza. Con libertad y sin libertad: bajo las instituciones modernas como bajo las antiguas; aquí en forma de imperio, allá en forma de monarquía absoluta, más lejos en forma de monarquía constitucional, con república en otro lado, con centralización, con federalismo, con todos los sistemas había mostrado poder convivir la civilización europea. Y España se obsti-

naba, — se obstina aún, — en pedir al sistema una gran parte de lo que no puede dar, de lo que no dará nunca si la raza no empieza por desearlo y hacerlo posible, que, en este caso, ello se consigue dentro de todo sistema y a pesar de él.

IV

Mejor, pues, que un representante del espíritu liberal debe verse en la personalidad de Larra un representante del espíritu *europeísta.* Se adelantó a todos en eso de comprender que el problema de España era político sólo en parte y, en otra parte mucho mayor, 'problema de cultura, problema de incorporación a la normalidad de los pueblos adelantados y fuertes, problema de cambio de ideales colectivos, problema de afición a la vida contemporánea. Ni aun así se desvanecía por completo su pesadumbre pensando que la historia ofrece muy contados ejemplos de resurrección o palingenesia de las naciones y no suele concederles en todo el transcurso de su vida más que una edad viril y un siglo de oro. Todo estaba

en saber si esa virilidad y ese esplendor se habían dado ya en Castilla y si las hazañas del siglo XVI y XVII eran florecimiento definitivo de una raza o fases de una evolución que pudiera reservar todavía más grandes y gloriosas sorpresas. Su perpetua inquietud no le dejaba vivir a *Fígaro* en una atmósfera enrarecida para sus pulmones, encontrándose, como solía decir, con «una pared en cada lado»: paredes de la ley, de la costumbre, de la pereza, de la ignorancia, del menosprecio, de la rutina, alzándose por doquiera entre el país y el espíritu universal. Y no sólo por lo que afecta a las reformas políticas propiamente dichas, sino también en todo lo demás, en todo lo que concierne a la organización, necesidades y embellecimiento de la vida en las sociedades nuevas; en todo lo que hace referencia a la aptitud de los pueblos para la lucha intelectual y económica con independencia de sus formas de gobierno, ya que ese nivel de civilización y ese grado de aptitud y pujanza que apetecía se dan, al mismo tiempo, en muy distintas naciones sujetas a regímenes opuestos y aun antagónicos.

Esta dolorosa preocupación ha hecho que el genial publicista quedara incomprendido de la

generación que le siguió, en aquella parte que consideramos ahora como la más profunda y veraz, como la más inconfundible y *sui generis* de todos sus escritos. El ditirambo patriótico desatado por Quintana desde Trafalgar y Bailén, constituyó la tradición, el tema central o matriz de la poesía castellana en el pasado siglo, pasando por Arriaza, por Gallego, por Espronceda, por Tassara, por López García, hasta Núñez de Arce; de suerte que el alzamiento y la guerra de la Independencia dieron casi toda la substancia artística de que se nutriera el patriotismo de varias generaciones. Repercusión de ese lirismo en la tribuna fué la elocuencia de Castelar, combinada con sus fantasmagorías ideológicas y la pompa de un estilo asiático y frondoso. La poesía, la oratoria, el teatro, la cátedra, el libro de texto, flotaron por muchos años sobre vapores de optimismo que preparaban e incubaban una tremenda decepción. Todo era insistir en el axioma favorito, tan propio para alhagar la pereza de la multitud: «España lo será todo el día que tenga un buen gobierno,» sin que nadie se atreviera a romper ese círculo vicioso preguntando cómo era que no se lo había dado ya. ¡Castelar, *Fígaro!* He aquí

los dos términos, los dos polos, los dos sistemas de ideas, las dos corrientes de patriotismo que, bajo distintas formas y en multitud de episodios y procesos, han de repelerse sin cesar. He aquí, también, la razón de que, casi hasta nuestros días, Larra no fuera celebrado más que como un escritor «festivo», un tesoro de gracias, una mina de pasatiempos o un crítico literario mordaz e implacable para con los traductores de Scribe y los actores malos y vanidosos.

Porque, para iluminar de por dentro la obra del satírico y hacer transparentes los conceptos, las alusiones, las reticencias dolorosas, la displicente inquietud de aquellas páginas era preciso o tener un talento sagaz y un sentido de lo real como Larra los poseyera, o que viniese un gran acontecimiento, exterior y ruidoso, a declarar y poner de manifiesto la realidad misma, dando la clave de todo aquello que en la obra del escritor permanecía olvidado o incomprendido. En otra parte hube de observar que las *Cartas de las Batuecas* contenían en germen y reducido a formas alegóricas o satíricas, cuanto se desarrolla doctrinalmente en *El problema nacional,* de Picavea, cosa de sesenta años más tarde. Durante

ese período nadie, que recordemos, compartió aquella concepción del problema ni se ofreció otro caso tan peregrino y agudo del mal de la patria. Nadie pudo continuar tampoco ese alto magisterio desde la prensa española, que tantas veces y con tanta inconciencia ha proclamado a Larra como su primer maestro y casi su fundador. Ha habido después infinidad de escritores y periodistas satíricos, festivos, chistosos, ocurrentes o mordaces: todos se parecen entre sí y *Fígaro* no se parece a ninguno. Porque de escritor satírico no tenía más que las formas y el procedimiento; en todo lo demás obedecía a una fuerte espiritualidad, a una alta inspiración, a una intensidad de alma increíble, a un criterio, a una unidad de conciencia siempre sostenida, siempre vigilante, insistiendo siempre en su soliloquio, como un nieto de Hamlet condenado a sufrir y expiar a la vez las culpas de su época romántica y la depresión de su pueblo abatido, cuya enmienda no vislumbraba, entre la confusión y la humareda de la guerra civil.

¿A qué se redujo la descendencia literaria de *Fígaro* en el periodismo y la sátira política? A un oficio, a una maquinal invectiva contra el que

manda, a una producción de chistes forzados, siempre iguales a los anteriores, con la monotonía de las cosas de fábrica o estampilla y sin que se revelara en ellos una personalidad superior ni aquel contraste o visión de las imperfecciones por referencia a la ciudad ideal que vive en las inteligencias escogidas, única justificación y timbre de nobleza de la sátira digna de este hombre. Cuando no habla en nombre de esa superior idealidad hollada por el prosaísmo o la vileza de los caracteres, la sátira pierde todos sus títulos, toda su alta preeminencia, condenándose a la condición servil de la bufonada. Mas, cuando el tipo o dechado de perfección que llevamos en nuestra mente no se aviene ni poco ni mucho con la realidad que contemplamos a nuestro alrededor, y la indignación o la ironía acuden a los puntos de la pluma, entonces la sátira es el supremo vengador de lo ideal que arremete contra las impurezas y escorias de la vida, contra lo innoble y lo grotesco, contra la hipocresía y la petulancia, contra todos los sofismas y paralogismos en que se envuelven los errores para perpetuarse y los vicios para ser respetados y medrar. Así que cuantos han pasado en algún momento como herederos

del ingenio satírico de Larra, a lo sumo pudieron llamarse tales por razones de pura imitación formal, de pura técnica, dándose el caso de que los más señalados mantenían una posición de espíritu absolutamente conformista con la realidad contemporánea, con el patriotismo al uso y con la marcha de las cosas, lo cual les divorcia *in totum* de aquel gran descontento, de aquel supernacional y de aquel anticipado.

Si se exceptúa a Leopoldo Alas en el aspecto literario o crítico, nadie ha vuelto a reverdecer la sátira castellana según el modo del precoz escritor matritense. *Clarín* obedecía a un entrañable amor de las letras, a una pasión estética profunda que le exasperaba contra toda vulgaridad o desafinación. Fué acaso más injusto, seguramente más injusto en sus preferencias y elogios incondicionales de los dos o tres poetas e ingenios por él consagrados y admitidos que en sus tan asenderadas diatribas contra los anodinos, insubstanciales y ripiosos. Era más personal que Larra en los ataques; más directamente agresivo, con apariencias de rencor o iracundia que *Fígaro* o no tenía o disimulaba, elevándose a aspectos ridículos «universales», de que padecía ciertamente

el autor fustigado, mucho más por lo burlón que por lo sañudo e implacable del estilo. Así y todo no cabe desconocer que Alas se asignó una función reflexiva y se propuso servir una idea de dignificación y espurgo de la literatura española, invadida por la vanidad, la inepcia y la falta de justicia distributiva en la sección bibliográfica de los diarios. Quiso metodizar y encauzar la crítica, haciéndola sistemática, constante, proporcional, reducida a normas fijas y aun al *poetámetro* de que hablaba Valera. Para ahuyentar a los gansos y a los falsos «genios» escogió el método que, deliberadamente, le pareció más eficaz: la intervención traumática, el ridículo. Tomó el oficio demasiado en serio, con demasiado rigor, sin ondulación, sin la necesaria flexibilidad y sentido del matiz. Los escritores se dividían para él en dos categorías absolutas: malos y buenos. Los malos eran absolutamente malos y los buenos absolutamente buenos... Lo que no cabe dudar es que presidió a su campaña un gran celo, un ideal de perfección; no una simple baratería negativa y deplorable, como la de los que erigieron en industria la caza del ripio y la vivisección del poeta. ¡Como si al poeta no le bastara ya el infortunio de serlo

y no le valiera más «ser mozo de café», en opinión del personaje moratiniano!

V

Pero, exceptuado *Clarín*, ¿qué otro escritor español ha conseguido, antes o después del crítico asturiano, recordar la fuerte personalidad de Larra? Se dirá que la sátira florece en horas de profunda decadencia y a la sombra del despotismo, cuando el talento, para manifestarse y revelarse, necesita apelar a formas oblicuas, sesgadas y alegóricas; y que la confianza optimista en que vivió España durante la segunda mitad del siglo XIX, renovada sucesivamente con la campaña de Marruecos en 1859, con el ardor revolucionario de 1868 y con la restauración alfonsina y la paz, no era propicia a la aparición de uno de esos grandes flageladores e indignados que se empeñan en devolver a los pueblos la conciencia de su propia infelicidad. Pero es el caso que si no se reveló ninguna vocación satírica en el recto sentido de la palabra, desatóse la sátira negocio, el libelo,

el semanario, destinados a hacer reír, caiga el que caiga, sin atemperarse a ningún sistema ideal, a ninguna preocupación patriótica, a ninguna finalidad consciente como no fuera la de lucrar a costa del honor ajeno.

Cuánto se distinga esta mordacidad hebdomadaria y a día fijo de aquella otra labor literaria y sincera no hay para qué recalcarlo. Yo comparto con Unamuno la repulsión contra el retruécano y el juego de palabras en que ha venido a parar casi todo el antiguo donaire castellano: el chiste «verbal», la única herencia de Quevedo que continúa incorporada a la corriente de la literatura festiva, ha llegado a hacerse intolerable por su vaciedad, por su rutina, por su bajeza. Juegos de palabras hacía Larra y alguna vez los prolongaba hasta el abuso (véase el artículo *Cuasi);* mas, por lo regular, siempre conseguía que brillara en la oposición de vocablos una oposición de conceptos, bien restituyendo a aquellos su valor etimológico y oponiéndolo, por contraste, a su degeneración y sentido usual, bien sacando de una contigüidad de palabras una extraordinaria disparidad de ideas, con lo que estos recursos se hacían trascendentes iluminando perspectivas

que se escapan a la opacidad del literalismo pedestre, del «casticismo», de la gracia puramente gramatical y de dómine, limitada a decir en veinte renglones, de veinte maneras distintas, a los señores Académicos de la Lengua que debieran comer alfalfa e ir albardados por las calles. Esto ha sido, durante bastantes años, la alta crítica, el alto ingenio satírico de los pseudo-herederos del *Pobrecito hablador*, quien, aun entregándose al conceptismo o al juego de palabras, hacíalo en forma insólita, por caminos de sorpresa y con rodeos y caídas inesperados siempre del lector.

A Larra no se le ocurrirá decir de los académicos, sino que se pasan la vida «hablando de cómo se ha de hablar». Si llega a Badajoz y le disgusta por lo destartalada y sucia una fonda que luce la pomposa muestra de *Las Cuatro Naciones*, Larra anotará lo siguiente: «menos *naciones* y mejor servicio». Cuando el mozo de café anuncia que va a traerle un vaso grande de horchata «porque hace cara de tener mucha sed», el iracundo escritor le contestará: «Y tú haces cara de morir de un silletazo». Si habla del quietismo de España y la compara a aquellas jamonas a las cuales suele decirse: «por usted no pasan años», *Fígaro* no

vacilará en añadir: «¡Qué han de pasar! Ella es la que pasa por todo». Pintando toda una época de favoritismo y acepción de personas, escribirá: «A Juanito le hicieron joven de lenguas; con este motivo ha tomado maestro de francés, y aun asegura que lo tomará de inglés, porque... dice que no parece bien en un joven de lenguas no saber ninguna, en lo cual tiene razón y manifiesta ser muy despejado». Recomendará a su sobrino, según se van poniendo las cosas para el escritor público, «que aprenda el arte de tener siempre razón, o sea la esgrima». Y, en fin, de esta oposición de palabras: «¿No se lee porque no se escribe o no se escribe porque no se lee?», sacará uno de los cuadros más sombríos y dolorosos, una de las pinturas más indelebles que se hayan hecho para perpetuar un período de desolación espiritual, de silencio y de decadencia.

¡Las palabras! Harto sabía *Fígaro* a qué atenerse sobre el valor de las palabras. Cuando ellas se desbordaban con mayor ímpetu y enardecían a los pueblos en el tránsito desde el absolutismo al régimen parlamentario y de libertad de imprenta, la fiesta se le aguaba, en su interior, sintiendo por anticipado así la vacuidad universal de tantos

apotegmas y principios deslumbradores, como también la propensión nacional y específica de su pueblo a nutrirse de un mero verbalismo, a dejarse seducir por una logomaquia sonora, a reincidir no ya en sus andanzas idealistas de antaño, ciertamente no merecedoras de menosprecio, sino más bien, en un *nominalismo* estéril y aparente, que se contentase con pegar sobre los viejos frascos una nueva rotulación. ¿Quién no recuerda a este propósito aquellas dos páginas admirables que tituló, precisamente, *Las palabras*? Comenta las esperanzas revolucionarias, los manifiestos, los programas de regeneración en que tan pródiga se mostró aquella época; pero desde lo actual y contingente se eleva muy pronto hasta los «universales» de la abstracción filosófica y cobran valor de eternidad, tanto que parecen un girón arrancado de la gran tragedia de Shakespeare y podrían empalmar y zurcirse con cualquiera de los terribles monólogos del príncipe dinamarqués, sin dejar rastro de la soldadura. Todo lo que después ha constituído la obra del criticismo moderno; toda la revisión de las *mentiras convencionales* y todas las «inversiones de valores» que se han realizado a nuestra vista contiénenlas en germen

aquellos párrafos, en los cuales parece decirse, de paso, a los españoles: tendréis la primera tribuna y el peor gobierno de la tierra, y váyase lo uno por lo otro.

En la seducción del lenguaje residen al propio tiempo el poder y la debilidad del hombre. «Pre-»sente usted a un león devorado del hambre, — »dice — preséntele usted un carnero, y verá »usted precipitarse a la fiera sobre la presa ino-»cente con aquella oportunidad, aquella fuerza, »aquella seguridad que requiere una necesidad »positiva que está por satisfacer. Preséntele us-»ted al lado un artículo de un periódico, el más »lindamente escrito y redactado; háblele usted de »felicidad, de orden, de bienestar, y apártese »usted algún tanto, no sea que si lo entiende, le »pruebe su garra que su única felicidad consiste »en comérselo a usted... En conclusión: los ani-»males como no tienen el uso de la razón ni de »la palabra, no necesitan que les diga un orador »cómo han de ser felices; no pueden engañar ni »ser engañados; no creen ni son creídos. El hom-»bre por el contrario; el hombre habla y escucha; »el hombre cree, y no así como quiera, sino que »cree todo. ¡Qué índole! El hombre cree en la

»mujer, cree en la opinión, cree en la felicidad... »Dígale usted que tiene talento. *¡Cierto!* exclama »en su interior. Dígale usted que es el primer ser »del universo. *Seguro,* contesta. Dígale usted que »le quiere. *Gracias,* responde de buena fe. ¿Quiere »usted llevarle a la muerte? Trueque usted la »palabra, y dígale: *te llevo a la gloria*: irá. ¿Quiere »usted mandarle? Dígale usted sencillamente: yo »debo mandarte. *Es indudable,* contestará.»

Hasta este punto vino a invadirle las entrañas aquella onda de pesimismo glacial, gemelo del de Leopardi, que se sobreponía a sus entusiasmos pasajeros por todas las utopías generosas o insanas, por todos los ideales y extravíos de su época. En un momento de efusión traduce *El dogma de los hombres libres,* de Lamennais, llegándole con él una llamarada de aquel incendio del París de 1830, humanitarista, redentor y sansimoniano. Pero más que esas ideas pueden su sentido implacable de la realidad y su escéptico desconsuelo. «¿Qué manada de lobos se contenta con »un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras», — continúa. «El hambre, ¡oh lobos!, decidles, se ha »acabado; ahogado el monstruo para siempre»... — «Mentira, gritarán los lobos; ¡al redil!, ¡al redil!

»El hambre se quita con cordero»... —«La hidra »de la discordia, ¡oh ciudadanos!, dice por el con»trario un periódico a los hombres, yace derribada »con mano fuerte; el orden de hoy más será la »base del edificio social; ya asoma la aurora de »la justicia por no sé qué horizonte; el iris de paz »luce después de la tormenta...; de hoy más la »legalidad será el fundamento del procomún»... —«¿Ha dicho usted *hidra de la discordia, justicia, »procomún, horizonte, iris* y *legalidad?* Ved en se»guida a los pueblos palmotear, hacer versos, le»vantar arcos, poner inscripciones. ¡Maravilloso »don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Después de »un breve diccionario de palabras de época, tó»mese usted el tiempo que quiera; con sólo »decir: *mañana,* de cuando en cuando y echarles »palabras todos los días, como echaba Eneas »la torta al Cancerbero, duerma usted tran»quilo sobre sus laureles. Tal es la historia de »todos los pueblos, tal la historia del hombre... »Palabras todo, ruido, confusión; positivo, nada. »¡Bienaventurados los que no hablan porque ellos »se entienden!»

Larra ha sido el menos «formulista» entre los grandes escritores castellanos y el que primero arre-

metió contra el vicio secular de la palabrería hueca. Se propuso ir al fondo de las cosas rompiendo cruelmente la convencional envoltura de los nombres; y esta manera de ser intelectual trascendía a sus procedimientos artísticos de suerte que, por primera vez, aparece en *Fígaro* el moderno concepto del idioma, entendido como instrumento de expresión y como medio adecuado a un fin, antes que como finalidad en sí misma, según llegaron a practicar, ya que no a sostener, los más recalcitrantes «castizos» o puristas, que convirtieron el lenguaje casi en único objetivo literario y en fuente primordial de belleza, por encima del asunto, de la idea, de la emoción, de la imagen y de cuantos elementos integran la obra literaria. En este sentido Larra promovió una reacción espiritualista paralela, aunque no confundida, con la de los poetas románticos que, en nombre de la «libertad del genio», llegaron hasta los excesos del vandalismo gramatical.

VI

Concebía, pues, al idioma como algo viviente, sujeto a crecimiento y a continua evolución. Representábaselo como resumen de un proceso ideal, ensanchándose a medida del pensamiento de cada país o encogiéndose a medida de su esterilidad. En frente de esta concepción tenía la de los que consideraban — y todavía consideran — al lenguaje como una herencia inconmovible, fijada en un momento de la historia para no modificarse ni ceder jamás: como una petrificación inalterable de palabras y maneras de decir, a las cuales hay que adaptar y esclavizar el trabajo nunca interrumpido de la inteligencia. «La literatura, escribe, es la expresión del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada o escrita, no es más que la representación de las ideas, es decir, de ese mismo progreso. Ahora bien: marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política; aumentar ideas nuevas a las viejas, combinaciones de hoy a las de ayer, analogías modernas a las

antiguas, y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser expresión de esos mismos progresos, perdónennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza. Quisiéramos, sin ir más lejos en la cuestión, ver al mismo Cervantes en el día, forzado a dar al público un artículo de periódico acerca de la «elección directa», de la «responsabilidad ministerial», del «crédito» o del «juego de bolsa», y en él quisiéramos leer la lengua de Cervantes... Lo más que pueden los puristas exigir es que, al adoptar voces y giros y frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible el tipo, la índole, las fuentes, las analogías de la lengua.»

Desde el primer instante Larra se orienta en medio de la atonía intelectual de la España de su tiempo y logra situarse en el centro del problema de su cultura. De todos los asuntos nacionales que abordó, éste fué el más hondamente sentido por él, el más lúcidamente expresado y desenvuelto. Desde la cuestión filológica acierta a remontarse a la plena cuestión espiritual y con gran tino marca las diferencias que le separan de sus predecesores del siglo XVIII y de sus propios contemporáneos, de la imitación francesa y del tumulto atropellado y

caótico de las nuevas corrientes. «He aquí — continúa — verdades que no comprendieron los padres de nuestra regeneración literaria. Quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas, y vestirlas con la lengua propia; pero esta lengua, desemejante de la túnica del Señor, no había crecido con los años y con el progreso que había de representar; esta lengua, tan rica antiguamente, había venido a ser pobre para las necesidades nuevas; en una palabra, este vestido venía estrecho a quien le había de poner... Si nuestras razones no tuvieran peso suficiente, habría de tenerlo el ejemplo de esas mismas naciones a quienes nos vemos forzados a imitar y que mientras hemos permanecido estacionarios en nuestro idioma han enriquecido los suyos con voces de todas partes. Porque nunca preguntaron a las palabras que quisieron aceptar: ¿de dónde vienes?, sino: ¿para qué sirves? Y medítese aquí que el estar parado cuando los demás andan, no es sólo estar parado: es quedarse atrás, es perder terreno.» Se da clarísima cuenta de que el genio castellano ha perdido su facultad de creación, su originalidad y autonomía. Todo lo que, para restaurar las letras, hicieron Luzán, Huerta, Moratín el padre, Meléndez y Cienfuegos, se

redujo a una introducción del gusto francés. Apenas quedó otro vínculo de unión, otro hilillo de la antigua vena que el género desdeñado y humilde de don Ramón de la Cruz, en cuyos sainetes daba sus últimas boqueadas el «picarismo» de otros tiempos.

Y Larra no se contentaba con esto; aspiraba a una nueva *nacionalización* de la literatura, a una reconquista de su originalidad. «Muchos años hemos pasado de entonces acá sin podernos dar cuenta de nuestro estado, sin saber si tendríamos una literatura por fin nuestra, o si seguiríamos siendo una postdata rezagada de la clásica literatura francesa del siglo pasado. En este estado estamos todavía: en verso, en prosa, dispuestos a recibirlo todo, porque nada tenemos...» No se trata, para él, de una mera depuración del gusto, de un simple problema retórico que puedan resolver los preceptistas con inyecciones de epístola de Horacio ni, mucho menos, de arte poética de Boileau. No se reduce la cuestión a una decadencia de forma o a una corrupción o extravío de las que se curan con sátiras de *Jorge Pitillas* o con *Gerundios de Campazas*. Trátase de ser o no ser: de ostentar una nacionalidad literaria indepen-

diente, no sólo por el idioma, sino también y mucho más por la psicología, por las raíces de su inspiración, por el abolengo, por tener dentro de sí misma el secreto de su propia fuerza, por no necesitar de intervenciones extranjeras, no menos deplorables en el fondo que las intervenciones armadas. «Quisiéramos sólo abrir un campo más vasto a la joven España; quisiéramos sólo que pudiese llegar un día a ocupar un rango *suyo, conquistado, nacional,* en la literatura europea... Ni se crea que asignamos al que quiera seguirnos una tarea más fácil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre. No le bastará como al clásico abrir a Horacio y a Boileau, y despreciar a Lope o a Shakespeare; no le será suficiente, como al romántico, colocarse bajo las banderas de Víctor Hugo y encerrar las reglas con Molière y con Moratín... Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias que lo concede todo a la expresión y nada a la idea...»

En ese programa de retorno a la nacionalidad y de integración de las escuelas en un arte humano

pone Larra amplitudes y puntos de vista nada frecuentes, que anuncian los que con vastísima labor y documentación segura y copiosa empezaba a desarrollar Sainte-Beuve. Muchos años pasarán antes de que vuelva a oírse en España un grito en favor de la espiritualidad y del valor sustantivo de las ideas y de las emociones en literatura, por encima del elemento formal del idioma, constituído aquí, por obra de los puristas, en árbitro y dueño de las primeras, hasta el punto de haberse hecho de la corrección el mejor de los títulos estéticos y haber venido a parar gran parte de la antigua vena en un verbalismo más o menos sonoro, pero vacío. Larra perseguía una mutación de valores literarios: el valor mental presidiendo al valor gramatical y lingüístico, conduciéndolo y dominándolo, sin dejar ligada la suerte del pensamiento español, su estancamiento o su fecundidad, a la fijeza inmutable de un tipo del castellano, cuajado en los moldes del siglo XVII, para expresar con él los anhelos, pasiones y delirios del siglo XIX... De la soledad de alma en que se agitaba *Fígaro* dan frecuente testimonio no pocos párrafos suyos que se dirían subjetivos y confidenciales. No ve producción directa en ningún lado;

no ve más que traducción. Traducción cuando se traduce bien, cuando se traduce mal y hasta cuando no se cree traducir, sino escribir originalmente.

Por esto nos dice en el prólogo que puso a *Horas de invierno,* una traducción, precisamente: «Escribir y crear en el centro de la civilización y de la publicidad... es escribir. Porque la palabra necesita retumbar, y como la piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar, repetida de onda en onda hasta el confín de la superficie... Escribir como Chateaubriand y Lamartine en la capital del mundo moderno, es escribir para la humanidad: digno y noble fin de la palabra del hombre, que es dicha para ser oída. Escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntación, es escribir un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste, para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno siquiera para los suyos. ¡Quiénes son los suyos! ¿Quién oye aquí?...» No es necesario subrayar la amargura de estos renglones, que iluminan el triste páramo de 1833 y el páramo, más triste todavía, de la juventud de Larra. La desolación romántica se confundía

con una gran desolación nacional; el drama personal e íntimo con la tragedia de su patria, a la cual no lloraba hecha girones, como la Polonia de Chopin, ni impotente para reconstituirse y afirmarse como la Italia de Leopardi, sino desatinada y medio muerta, sin necesidades ni apetitos de resurgimiento, entregada a fatalista resignación. «Y después de estas reflexiones — añade, — ¿queremos violentar las leyes de la naturaleza y pedir escritores a España? Hay una armonía en las cosas del mundo que no consiente el desnivel; cuando en política tenga Taylleranes o Perieres, cuando en armas tenga Soults, cuando en su cámara tenga Thiers, cuando en ciencias tenga Aragós, entonces tendrá en literatura Chateaubriands y Balzacs. Lloremos, pues, y traduzcamos...»

Tal fué la idea matriz de su intervención periodística, desde los primeros números del *Pobrecito hablador* hasta los últimos artículos de *El Mundo*, la *Revista* y *El Español.* Hacer que España se acercase a la normalidad de los primeros países de Europa y recobrase, en todos los órdenes de la vida, su antigua aunque fugaz preeminencia: eso constituyó su más constante pre-

ocupación y, en esa preocupación, puede decirse que se sintió solo. La lucha política no envolvía la parte mayor de ese problema. En la revolución constitucional no se involucró la revolución de cultura, antes bien se creyó que la primera, por sí sola, alcanzaría a resolver toda la cuestión. Acaso el haber hecho frente, de un modo intrépido, a las legiones de Napoleón, nos valió menos que la derrota a Alemania, de la cual ésta sacó estímulos para el asombroso desquite y la formidable expansión nacional a que asistimos ahora. Acaso la índole inflamable e inquieta de la raza hace que ponga aquí sus esperanzas en todos los procedimientos rápidos o *per saltum*: grande hombre, cambio de régimen, nueva nomenclatura «legal», ardor bélico, submarino, «toxpiro Daza»... En todo menos en el único camino seguro e infalible: el camino cien veces heroico de la constancia silenciosa y abnegada, del trabajo, del estudio.

VII

Y, sin embargo: este escritor excepcional, que fué la más alta conciencia que España haya tenido de sí misma en el siglo pasado; que sintió y reveló como nadie y antes que nadie la enfermedad de la nación y la pesadumbre de su decadencia por contraste con los esplendores de la cultura universal destellando al otro lado de los Pirineos; que mantuvo una posición de espíritu solitaria y casi por nadie compartida; que infinitamente más que un producto del medio fué una reacción contra el medio y que al optimismo, a la ilusión y a la renuncia intentó oponer la dolorosa causticidad de su implacable descontento; este escritor, repito, tenía momentos y zonas de su actividad literaria enteramente subordinados al nivel común. Contrasta de un modo radical la avidez con que leemos sus páginas de observador, de polemista, de mundólogo o de patriota lacerado y sin esperanza, con la inapetencia que reservamos para su producción teatral y nove-

lesca. *El doncel de Don Enrique el Doliente* no nos interesa más ni menos que cualquiera de las imitaciones de Walter Scott o Dumas el padre que pudieran salir de la pluma de un Aiguals de Izco, de un Pastor Díaz, de un López Soler. Sus dramas románticos, como *Macías*, están dentro de la cuadratura general de Hartzembusch o García Gutiérrez, pero sin la fuga ni el arranque patético de *Los amantes de Teruel* o *El Trovador*. Sus mismas comedias no sobrepasan las de Gorostiza ni llegan al gracejo y facundia de versificador portentoso con que pudo defenderse Bretón de lo limitado de sus horizontes y de su sentido casero de la vida. Hasta nos fuera difícil, si no vinieran tradicionalmente publicadas bajo su nombre, distinguir sus piececillas y arreglos de las que aprontaban de un día para otro, con infatigable péñola, Coll y Tirado.

En esas producciones no es *Fígaro* quien habla, sino su época y la moda de su época. Parece imposible que hayan salido de la misma mano páginas tan irremediablemente soporíferas, tan definitivamente muertas como esas a que me refiero ahora, y aquellas otras que viven todavía una vida lozana y conservan un poder estimu-

lante como muy contados escritores de última hora consiguen ofrecernos. Tampoco se diría que aquel escritor que hizo reír a España durante cinco o seis años memorables; aquel «chistoso *Fígaro*», como decían sus contemporáneos, viniese a ser tenido, tiempo después, como el más señalado representante y la más preclara víctima española del «mal del siglo»: de aquel choque entre dos edades, entre dos mundos, entre dos formas de la sociedad, que se llamó romanticismo.

En ningún pecho como en el de Larra rugió con tanto ímpetu la tempestad. Pasó por otros espíritus con mayor apariencia, con mayor formalismo de trovadores profesos y melenudos, con más afectación de *enfants du siècle* desesperados y ojerosos. Mesonero Romanos no pudo incluirle ciertamente en la graciosa galería de mancebos, tétricos y funerarios como cipreses, que cultivaban la poesía «de tumba y hachero». El mismo Larra los había satirizado con sarcasmos crueles y aun había hecho sentir la trascendencia social de esa enfermedad literaria que conducía a la tristeza absoluta, a la desesperación, al «sentimiento del vacío». *Casarse pronto y mal*, entre los artículos, y *¡Tu amor, o la muerte!* entre las

comedias, contienen rasgos sobrado expresivos, de diatriba o de parodia, contra la nueva sentimentalidad nutrida por una literatura enfermiza y muy a menudo delirante, divorciada de la vida normal y sensata. Y, no obstante: nadie como Larra rindió secreto tributo a las tentaciones de lo extraordinario, de lo irregular o de lo imposible; y no en formas de devaneo sin raíces, sino con todos los tormentos, ansiedades y angustias de una indomeñable pasión, que, al interrumpirse y cesar, puso en su diestra crispada la pistola de *Werther*.

No sin escalofríos puede leerse el pasatiempo cómico *¡Tu amor, o la muerte!*, a que acabo de referirme: un galán, para enamorar a cierta dama y obtener de ella inocentes complacencias que su honor y el respeto de inquebrantables vínculos no le permiten conceder, emplea como recurso la amenaza del suicidio y hasta llega a simular su desaparición del balneario en que se hallan, divulgando la voz de haberse despeñado en un precipicio. Tiempo después una amiga de la dama llega al establecimiento; y el antiguo galán, a quien se creía difunto y que se ha interesado en una nueva aventura, repite el recurso, no sin que

le oiga a hurtadillas la primera beldad que había sido objeto de él, ni sin que lo haya comunicado a un hermano de la recienvenida que se enamora, a su vez, de aquélla y le repite también la misma estratagema, que empieza a serle familiar. La farsa se descubre y el recurso romántico que estuvo a punto de comprometer, por dos veces, el buen nombre de la compasiva dama, se hunde en el mayor descrédito, en la más completa ridiculez. Ahora bien: esta farsa, —ajena, por lo demás, a todo valor literario, —no puede leerse sin escalofríos, porque en ella la pluma del satírico hizo la caricatura de un asunto al cual dió sesgo muy diferente en su propia vida de hombre y a costa de ella. Poco presumirían los espectadores del juguete que aquella tesis debiera de acabar, para el autor, de una manera tan trágica y siniestra como su suicidio, después de una ruptura amorosa que con todas las fuerzas trató de diferir y cuyo presentimiento daba no sé qué tinte lívido, no sé qué expresión sardónica y byroniana a los escritos de sus últimos meses.

Entonces es cuando descubre la absoluta aridez, el páramo inmenso de su alma, desnuda de toda ilusión, de toda esperanza, de todo rayo de luz,

de todo afecto. Entonces, como un espectáculo ejemplar, nos enseña el espantoso panorama de la existencia, agostada por las más satánicas ambiciones que no dejaron tras de sí otra cosa que decepción y vacío. Todo lo pretendieron e intentaron los semidioses, los ángeles caídos, los Prometeos del furor romántico. Su vivir no fué una llama suave, sino una combustión violenta: un incendio. Ellos mismos encargáronse después, en sus confidencias, de poner la moraleja a la lección, de puntualizar los estragos de tantas devastaciones psicológicas y de señalarnos el horror de la vida aprisionada entre témpanos de escepticismo como un astro muerto entre glaciares. Así Musset en la introducción de *Rolla*; así Larra en ese terrible *Delirio filosófico* de la noche buena de 1836, donde cada párrafo es una reconvención de la conciencia y un sarcasmo de más insoportable amargura que el jugo de las euforbias. «Escucha: tú vienes triste como de costumbre... ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas e interrumpidas de que sorprendo todos los días fragmentos errantes sobre tus

labios? ¿Por qué te vuelves y te envuelves en tu mullido lecho, como un criminal acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima?... No pareces criminal; la justicia no te prende al menos; pero... qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó e hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante y esa media de seda y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.»

El criado ebrio, el espectro acusador, la voz íntima, continúa implacable, despedazando sus ilusiones una por una, deshojando sus flores marchitas pétalo por pétalo, cruzándole el rostro con sus laureles de escritor henchido de vanidad. «Yo, en fin, no tengo necesidades; tú, a pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana a un usurero para un capricho innecesario... Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama que, sin gozar ella,

quema. Cuando yo necesito de mujeres las encuentro fieles por más de un cuarto de hora; tú echas tu corazón, y vas, y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a ti mismo... Inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¿Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor? Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato, ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas a ti mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia!»

En medio de este desquiciamiento moral, tras de una noche de insomnio de aquellas que constituyen la crisis de una vida, amanece el autor y tiene todavía los ojos clavados en una caja ama-

rilla donde se lee: *mañana*... «¿Llegará ese mañana fatídico?—insinúa al final.—¿Qué encerraba aquella caja?» — Dos meses después el público de Madrid pudo enterarse de ello y descifrar el sentido de la enigmática expresión; Larra había puesto fin a sus días, cortando una existencia digna de mayor ventura y apagando un talento sorprendente, cuya vibración dolorosísima no se ha desvanecido aún ni se desvanecerá en mucho tiempo.

Enero-febrero de 1908

Balmes

I

¿Hasta qué punto interesa el recuerdo de Balmes a la actual generación? ¿Podrá entretener a un público tan heterogéneo como el que forman los lectores de este diario y de todos los diarios de su misma índole? No lo sé... Balmes nació en 1810 y falleció en 1848. Su vida pública fué breve; no duró más allá de siete años. Entre su labor de publicista y nuestro tiempo, median ya cosa de sesenta y cinco años. El mapa espiritual de España ha sufrido desde entonces una modificación importantísima, que fuera insensato desconocer. El estado de hecho en que Balmes conoció a la sociedad española y que le sirvió de punto de partida, se ha alterado profundamente desde entonces. Algunos de los principios de su

constitución interna, que él encontraba vivos y apenas arañados en la superficie, como el de la unidad religiosa, han sufrido después rudos ataques y el menoscabo consiguiente en los grandes centros de población, donde ya se hallaba planteada la lucha. Esta lucha, en fin, ha empezado a invadir las ciudades secundarias y los campos.

Cierto que el combate continúa a estas horas y que nos encontramos en uno de sus momentos culminantes. Pero esto mismo, que presta actualidad al recuerdo del ilustre pensador, no permite acaso que se pueda dar al reconocimiento de sus altos méritos, a la comprensión de su vida y de su obra, aquella amplitud y unanimidad de pareceres a que tienen derecho indiscutible. Vivimos en un momento de pasión política, de encono doctrinal muy agudo. Los combatientes de uno y otro lado, por irremediable inclinación, juzgarán a Balmes desde su política y su escuela respectivas, como enemigo o como aliado, afectando no reconocer las demás excelencias en que se funda su título a la gratitud de los españoles, como tales españoles y por encima de todo partido, de toda tendencia filosófica y aun estoy por decir que de toda filiación confesional. Porque el rasgo supremo de

su intervención fué el punto de vista constantemente *nacional*, esencialmente *patriótico*, que adoptó y mantuvo, con heroica persistencia, desde el principio al fin de su campaña y de sus días.

Sobre este aspecto versan, principalmente, mis consideraciones de hoy y de los dos o tres artículos que seguirán. Y no porque pretenda desfigurar su carácter ni presentar a Balmes como un publicista laico, que escribiera vuelto de espaldas a su ministerio, de cara a la popularidad o al viento de la secularización. Nada de esto. Balmes fué un doctor de la Iglesia católica y escribió constantemente dentro de ella, aunque no limitándose a ella. Hablaba desde el templo, pero su voz alcanzaba hasta más allá del templo. Puso singular empeño en que no quedase ahogada y como muerta dentro de la comunión de los fieles, por extensa y general que se presentara entonces. Comprendió la gravedad del conflicto que se abría para el principio cristiano; y vió que no fuera más que mantenerse pasivamente a la defensiva el limitar su acción al círculo de la creencia sin intentar una generosa incursión en el campo de la incredulidad y del escepticismo. No se encerró, en suma, ni en el claustro, ni en la

sacristía, ni en la congregación devota, sino que levantó su voz por encima de ellas y para que resonara mucho más lejos: en toda la nación, en la sociedad libre, en el mundo civilizado.

Una crónica de diario no permite, por desgracia, entrar en los pormenores indispensables para reconstituir el momento social y político de la aparición de Balmes. Aun así, la reincidencia en los doctrinarismos de la anterior centuria, que caracteriza el instante de ahora, haría bastante difícil esa apreciación y sincera estima que debe merecernos la memoria del insigne vicense. Dentro de esta atmósfera, ¿será posible comprender a Balmes, sin que muchos insinúen un rutinario gesto de desdén, exclamando: «bah! un escritor *neo*»; sin que otros no vean más que un «campeón de la buena causa» en sentido no menos rutinario que el anterior, y sin que un tercer grupo de gentes desconfiadas no se lo represente como a un suspecto precursor del «modernismo» eclesiástico, que anduvo bordeando los linderos de la apostasía?

Balmes fué un apologista de la religión y un defensor del principio monárquico; lo fué constantemente, sinceramente. Pero lo fué en una forma y con una amplitud desconocidas antes en

España y casi me atrevo a decir que después. Antes de Balmes, la revolución había suscitado ya en la península una multitud de defensores de las creencias e instituciones tradicionales. Cuando, a los dos años del alzamiento de 1808, la libertad de imprenta. admitida de hecho, y la convocatoria de Cortes, desataron la primera polémica, aparecen montones de folletos y libros, surgen vindicaciones y alegatos, salen a la palestra campeones tales como el P. Alvarado, el P. Vélez, el P. Strauch. Mas estos defensores de lo antiguo se mantenían en los límites de la defensa de un estado posesorio y de una disputa con la Enciclopedia, que acababa de hacer franca irrupción en nuestro país. Vivían ya dentro del siglo XIX, pero hablaban todavía el lenguaje del régimen antiguo. En algunos momentos y a juzgar por no pocas manifestaciones de esta apologética, se diría que no habían pasado por el horizonte español Isla ni Feijóo. La argumentación, el estilo, el desarrollo son silogísticos, cuando no ergóticos y gerundianos. Es la escolástica que discute todavía con el filosofismo francés, el siglo XVIII dialogando todavía con el siglo XVIII.

Pero mientras en España el espíritu religioso

sufre el primer ataque formal, Europa está de vuelta. Mientras aquí ensayamos la revolución, el mundo entero siente el hastío de la revolución y hasta una especie de repugnancia física por sus últimos horrores y por el encharcamiento de sangre de que quedan húmedas las ciudades y los campos de batalla. Mientras aquí se intenta el primer asalto contra la Iglesia, Napoleón se consagra aparatosamente como Carlomagno, restablece el culto en Nuestra Señora de París, arregla el concordato con Roma. Mientras aquí se escriben y se leen las *Cartas del filósofo rancio*, la *Apología del Altar y el Trono*, las *Memorias* del abate Barruel, producto de una táctica defensiva y de un sistema de ideas que se ve cercado por todas partes, hace ya muchos años que corre por el mundo el *Genio del Cristianismo*, producto de una táctica nueva y de un impulso agresivo o de reconquista. Hace tiempo que Europa experimenta un temblor desconocido, una corriente sentimental de intensidad nunca de antes experimentada en la historia de los pueblos modernos: el romanticismo.

No; la restauración religiosa y espiritualista, que constituye una de las principales fases del

romanticismo y que se caracteriza en Alemania por una especial acentuación católica, aun en los escritores que no desertaron prácticamente del protestantismo, y en Francia por la aparición de grandes apologistas seglares; esa restauración no fué un movimiento simplemente defensivo, organizado tan sólo por un poder o por una jerarquía teocrática. Fué también, por manera muy clara y perceptible, movimiento hondamente popular, espontáneo, de abajo arriba. No consistió tanto en el esfuerzo de la Iglesia para conservar y recobrar el dominio de las conciencias y de las sociedades, como en un retorno de las sociedades y de las conciencias, extraviadas y espantadas, en busca de la Iglesia. La sociedad misma dió alientos a Chateaubriand, a De Maistre, a Bonald. De las entrañas de esa sociedad laica surgió la inspiración angélica de Lamartine, en la cual se presentaron ornadas de virginal juventud la poesía cristiana y las más puras elevaciones del neoplatonismo. En esa corriente se alimentó la primera musa de Víctor Hugo; y hasta cuando suscitaba un incrédulo incurable, un pobre «hijo del siglo», como Musset, hacíalo en forma que el espectáculo de su propia desolación fuese tan ejemplar y per-

suasivo como el de la piedad más profunda. Era el pelícano de las leyendas zoológicas, abriéndose el pecho, mostrando sus entrañas dilaceradas y sangrientas, señalando a las gentes la total ruina psicológica de los *Rolla,* el libro maligno, el corrosivo volteriano, y el suicidio individual o el ansia de destrucción de la especie como última fase del proceso... En esa escuela y en ese ambiente se forjaron las figuras culminantes del futuro sacerdocio. Así surgieron, antes Lamennais y, poco después, el espíritu balsámico y la palabra de fuego de Lacordaire. Y unos y otros explican y preparan también, en España, la aparición de Jaime Balmes.

II

El publicista de Vich se lanza a la palestra en un momento solemne. Ha acabado la guerra civil, con el convenio de Vergara. El viaje de las reinas ha motivado los sucesos de Barcelona, la expatriación de María Cristina, la Regencia de Espartero. Estamos en agosto de 1840. Entonces publica

Balmes su opúsculo titulado *Consideraciones políticas sobre la situación de España* que produce, como ahora diríamos, una formidable sensación. En 1839 había dado a luz un estudio sobre el celibato eclesiástico, que obtuvo el premio ofrecido por un periódico de Madrid, y casi inmediatamente las *Observaciones* sobre los bienes del clero que, por la novedad de los puntos de vista allí tratados, había merecido el elogio o el respeto de la prensa de todos los matices. Ello no obstante, puede decirse que la vida pública de Balmes se inaugura con las *Consideraciones políticas* y que este folleto trae en germen toda su labor futura, así en cuanto al pensamiento matriz, como a sus derivaciones concretas, como al tono general de elevación, en la forma y en los conceptos, que fué su constante distintivo.

Dueño de sí, seguro de sus cualidades, pudo escribir en el frontispicio de su primera producción y al dar el primer paso de su carrera, estas palabras memorables: «Quien se complazca en denues»tos contra las personas y en calificaciones odiosas »de las opiniones, no lo busque aquí: yo respeto »demasiado a los hombres para que me atreva a »insultarlos, y sé contemplar con serena calma el

»vasto círculo en que giran las opiniones, porque »no tengo la necia presunción de que puedan ser »verdaderas solamente las mías... Extraño a todos »los partidos y exento de odios y rencores, no pro- »nunciaré una sola palabra que pueda excitar la »discordia ni provocar la venganza; y sea cual »fuere el resultado de tantos vaivenes como agitan »a esta nación desventurada, siempre podré de- »cir con la satisfacción de una conciencia tran- »quila: «no has pisado el linde prescrito por la ley, »no has exasperado los ánimos, no has atizado el »incendio, no has contribuído a que se vertiera »una gota de sangre ni a que se derramara una »sola lágrima.» No es difícil escribir estas palabras. Lo difícil es sostenerlas durante el período más sangriento de nuestra historia contemporánea; lo inaudito es no quebrantarlas, poder reproducirlas en la colección completa de los escritos del autor y que la posteridad las exhume sesenta años después sin que se vuelvan en oprobio de quien las dictara.

«No has exasperado los ánimos, no has atizado el incendio, no has contribuído a que se vertiera una gota de sangre ni a que se derramara una sola lágrima»... He aquí el mejor epitafio para la tumba

de Balmes, su gloria inmarcesible, su corona cívica. A poquísimos mortales fué dado exhibir estas palabras de oro, antes como programa y después como balance y finiquito de toda una existencia consagrada a influir en la opinión. Por reacción contra el principio de herencia o de casta en que habían llegado a petrificarse las sociedades del antiguo régimen, entronizó el siglo pasado la idolatría de la inteligencia. La santidad, el valor, la energía y todos los demás atributos de la vida noble y elevada de nuestra especie, pasaron a segundo término, ante esa fascinación ejercida por el talento puro. Pero el talento en sí mismo y divorciado de las demás potencias y resortes del alma, rompiendo la armonía de la vida, considerándose unas veces substraído a ella y otras por encima de ella, vino a parar en «intelectualismo», esto es, en concupiscencia o gula de la mente, en estéril voluptuosidad del cerebro, nutriéndose, como un pólipo, a costa de las restantes facultades y determinando la parálisis de la voluntad. De aquí una nueva reacción contra esa parálisis o abulia y una nueva idolatría de la voluntad por la voluntad y como fuerza independiente. De aquí la apología del luchador, del hombre fuerte, del super-hombre,

como valores absolutos y hecha abstracción de toda finalidad y enlace con el orden general de la existencia, que informa una gran parte de las modernas doctrinas.

El flujo y reflujo del pensamiento suele ofrecer estas oposiciones extremas y en ellos naufraga momentáneamente el sentido humano de la vida, el sentido perenne y eterno de las cosas. Así, la ciega adoración de la voluntad no es menos desatinada ni perniciosa a menudo que la ciega adoración del talento, por aquella sustituída. Restablezcamos, pues, ese sentido humano, ese sentido perenne, proclamando que la admiración y la gratitud de los hombres se deben en primer término, no al talento ni a la voluntad en abstracto y como si fueran agentes de una naturaleza irresponsable y fatal, sino al talento generoso y a la *buena voluntad*, de donde quiera que salgan y donde quiera que aparezcan. Sí; hay algo en la formación de los grandes hombres, superior al espectáculo de una voluntad indomable y sin intermitencias, superior a la pompa del talento y a la gracia y lucidez del discurso, chispeando por todas sus facetas diamantinas. Existe un factor de índole más elevada y excelsa que la inteligencia pura y la voluntad

pura y el arte deslumbrador y la sabiduría prodigiosa; algo que procede del centro del alma en su esencia, de allí donde se confunden y templan y unifican las potencias todas del espíritu para producir el fenómeno, irreductible y jamás idéntico a otro alguno, de la individuación, de la pro pia personalidad. Este algo es la nobleza o elevación de carácter.

Túvola Balmes en grado eminente y superior a su misma firmeza, a su capacidad vastísima: vastísima al propio tiempo como *fábrica* y como *almacén*, para seguir una ingeniosa distinción suya. La elevación de alma es el secreto encanto de su figura y la secreta explicación de su ascendiente sobre todo linaje de espíritus. Ella irradia y actúa a través de sus ideas y razonamientos, como un flúido imponderable a través de un hilo conductor. Ella es superior a sus mismas concepciones; y entiéndase que me refiero a su intervención de publicista en la gran contienda española, antes que a su personalidad de filósofo puro. Ella acaba por apoderarse de nuestra atención y por interesarnos directamente y en sí misma más aún que por operación intelectual e indirecta. Ella se impone con una superioridad que no nace exclusi-

vamente del vigor mental, ni de la abundancia de recursos dialécticos, ni de la lucidez continua, sino que parece regirlos y coordinarlos en una especie de triunfo de lo pragmático sobre lo puramente ideológico, como ahora se diría. Ella hace, en fin, que espíritus en apariencia muy distantes según el cuadro vulgar de las opiniones, puedan saludarse y verse realmente muy próximos según la pauta más compleja e inmaterial de las «afinidades electivas».

Elevación, generosidad, nobleza de espíritu, puntos de vista desinteresados y grandes, subordinación de todos nuestros actos e ideas a un objetivo digno de este nombre: esto es lo que da valor a una existencia, a una pluma, a un publicista. En tal sentido ninguno merece la consideración que Balmes, júzguesele desde el partido o posición filosófica que se quiera. Ese es el timbre de oro que distingue a la pureza de la bastardía o de la escoria. Hay genios, verdaderos genios por su potencia mental, que son hondamente repulsivos y aun ordinarios y rastreros por la baja ley de su carácter, por la falta de calor humano que en ellos advertimos y que produce una sensación análoga al contacto de un *hemacrima* o

bicho de sangre fría. Hay medianías intelectuales a quienes la elevación de espíritu redime de su mediocridad y, por la delicadeza de los afectos y la rectitud de las intenciones, ascienden a la región de lo superior y selecto. Así hubiera pasado con Balmes aunque su inteligencia no hubiese sido de primer orden y así se duplica su eficacia por medio de la conjunción insólita de un gran corazón y un preclaro entendimiento.

¡Un gran corazón! He aquí la peor antigualla del publicista de Vich. Acudió a la lucha por un impulso del corazón y, ¿quién escucha hoy día esos impulsos? Había acabado la guerra carlista con el abrazo de Espartero y Maroto; se habían depuesto las armas; después de siete años empezaba a renacer la paz en las ciudades y en los campos, aunque no en los espíritus. Y Balmes deseaba la paz en los espíritus: una paz real y efectiva, no simplemente material y de apariencia. Amaba el orden, pero no un falso orden opuesto a la falsa libertad. Amaba la civilización, pero la sustancia de la civilización y no el barullo ni la garrulería. Sentía repugnancia por toda violencia y crueldad; y para evitarla, desde la derecha con una nueva guerra civil y desde la izquierda con las convul-

siones de la anarquía o de una revolución eternamente infecunda y estéril, se interpuso entre los dos bandos para traerlos a términos de conciliación, dispuesto a recibir las balas perdidas o desleales de los dos fanatismos y los dos campamentos. Quería, en suma, el progreso: un progreso de contenido y no de palabra, que consistiera en «la mayor inteligencia, la mayor moralidad y el mayor bienestar posible para el mayor número posible». *Ex abundantia cordis os loquitur.* Por esto y para esto escribió Balmes, y esta plenitud del ánimo determinó la vocación del publicista y la ejemplaridad de su sacrificio. Mas si ahora volvemos la vista enrededor y nos preguntamos y preguntamos a los demás: ¿por qué escribís? ¿por qué escribimos?, la contestación no podrá ser franca ni categórica las más de las veces, aun concediendo a la «profesión» actual la amplitud de móviles de que carecía la «vocación» antigua. Si toda nuestra generación de escritores y publicistas fuese citada ahora a juicio de residencia e interrogada al tenor de las palabras de Balmes; si se nos dijera: ¿estáis seguros de no haber exasperado los ánimos, de no haber atizado el incendio, de no haber contribuído a que se derramara una

lágrima ni una gota de sangre: qué podríamos contestar en nuestro descargo?

No ya el impulsivo y el inconsciente, no ya el hidrófobo y el terrorista intelectual — atacados de esta ferocidad que toman algunos como distintivo de fortaleza de cerebro — serían capaces de dar una explicación completamente reflexiva de su obra. Éstos últimos escriben, al fin y al cabo, según la misma inconsciencia fisiológica con que el perro rabioso entiende aliviar el prurito de sus encías clavando los dientes en el primer cuerpo duro o blando que se le pone por delante, según la misma inconsciencia fisiológica que excita en el alacrán la secreción de su veneno. Pero los otros, los normales, no están menos expuestos a la desorientación ni menos tocados de ella, porque por regla general es la rutina y no el ideal, es la parcialidad y no la elevación de miras, es la ambición o la vanidad y no la fiebre de un alto pensamiento, lo que actualmente recluta y conduce el ejército de la pluma. En una palabra: porque no adoptamos un punto de vista elevado y constante y porque prescindimos del sentimiento de la responsabilidad, que es remordimiento anticipado de nuestros yerros futuros.

III

Cuando Balmes empieza a escribir es cuando se plantea la lucha política en España bajo los términos en que actualmente se halla planteada todavía: un impulso de avance y un impulso de moderación dentro de la legalidad dinástica y dos tendencias radicales y violentas fuera de ella, aunque entonces muy desiguales entre sí por el número y la calidad, como que el partido carlista representaba una gran fuerza y la minoría francamente revolucionaria era un núcleo incipiente y amorfo que no podemos comparar con el actual republicanismo. La escisión de los partidos ha roto la solidaridad nacional. Cada español no ve a España, cuando la ve, sino a través de su partido. Muchos no reconocen otra realidad política que la de su mismo partido: el árbol, como siempre, les oculta el bosque. Pero el alto pensamiento de Balmes abarca y cobija de una sola mirada el contenido completo del Estado español con sus afinidades y sus diferencias en sentido

doctrinal, en sentido geográfico, en sentido económico, en todos sus aspectos.

Trató, pues, de promover una gran *solidaridad española* señalando el principio de unidad sobre el cual todos pudiesen encontrarse y como previendo el espectáculo desconsolador que ofreceríamos al mundo, que le ofrecemos ahora más que nunca, que llevamos trazas de ofrecerle por toda la eternidad: un pueblo que necesita reconstituirse con mayor urgencia que otro alguno, por hallarse más decaído y rezagado que otro alguno, y que desde hace setenta años pierde el tiempo en la desdicha, por no decir en el sacrilegio imperdonable, de las cuestiones previas y las excepciones dilatorias. Mientras tanto los demás países andan, y andan deprisa, circunstancias en las cuales estar parados o andar menos deprisa — solía decir Balmes — es retroceder. No importa. Aquí se ha optado por retroceder constantemente. Dos grandes masas de ciudadanos no sólo han dejado de participar de las responsabilidades del gobierno sino que se han dedicado activamente, heroicamente, a hacerlo imposible bajo cualquier forma que se presentara. No sólo se han abstenido de colaborar en la obra de la regeneración, sino que

han puesto todo su empeño en estorbarla. Tal es el círculo vicioso dentro del cual gira la salvación de España: «tú no gobiernas ni restauras — le dicen al poder constituído — porque no te dejamos gobernar ni restaurar; y nosotros te encerramos entre el doble fuego de la revolución y la guerra civil por lo mismo que no gobiernas». Tal sería la herencia que hallara por recoger y liquidar, a su vez, indefinidamente, el nuevo régimen o la nueva dinastía que obtuviese el triunfo.

Balmes creyó encontrar dos factores poco menos que intactos en la conciencia de la sociedad española de su tiempo: la religiosidad y el monarquismo. España era un país sustancialmente católico todavía e íntegramente monárquico. La revolución española había sido una revolución *sui generis*, según el filósofo catalán; no había hecho más que tocar momentáneamente y en la epidermis el sentimiento religioso, sin alterar la unidad de conciencia de nuestro pueblo; había sido impopular en sus comienzos; no revistió carácter nacional propiamente dicho. Dos trabajos descuellan sobre este punto en la producción política de Balmes que no son de los más citados y yo considero de los más profundos y vivos

ahora. Refiérome al estudio sobre la religiosidad de España y a otro titulado: *La esterilidad de la revolución española*. Este último, sobre todo, es una página admirable de visión histórica retrospectiva y de visión histórica futura, esto es, por anticipado y en profecía. Vamos a recordarlos sucintamente.

Para el autor de *El Criterio*, la revolución española, hasta el punto en que la alcanzó, había sido perturbadora mas no fecunda. No le había visto producir ningún beneficio sustancial: ni un pensamiento de gobierno, ni una renovación administrativa, ni una mejora social, ni una subida de nivel en las ciencias y en las artes, ni un incremento económico. Compara el alzamiento fulminante y espontáneo de 1808 contra la invasión napoleónica con la obra política que se combinó con él dos años más tarde, y la juzga mezquina, parcial e incoherente, tanto como el otro fué grande, inmenso y único en la historia, por haber sido *nacional*, por no haber sido obra de estos o de los otros hombres, de estos o de los otros grupos. Las revoluciones indisputablemente tales surgen de las entrañas del país; no son superposiciones, simulaciones, movimientos ficticios, sor-

presas de una minoría. Para que existan se requiere la presencia de todo un pueblo o de su inmensa mayoría. «En no siendo así, hay una serie de conspiraciones, pero no una verdadera revolución; hay motines, insurrecciones, guerra civil, pero no la revolución verdadera: aquella revolución que arroja la oleada popular sobre cuanto existe y lo hace desaparecer.» Todo fué aquí recuerdo y parodia de los acontecimientos de otras naciones, sugestión de lecturas, cosa de imitación preconcebida antes que de explosión espontánea e irresistible. Todo fué mediocre y achicado, sin sublimidad para el bien ni para el mal.

Y dice más abajo: «Así no se han visto entre »nosotros grandes hombres acaudillando lo que »se ha llamado la revolución, porque no surgen »grandes caudillos donde no hay grandes ejér»citos que capitanear. A los motines les basta »algunos jefes turbulentos; al bullicio remedador »del clamoreo popular le bastan adocenados tri»bunos a propósito para vulgares peroratas. Hom»bres como Mirabeau necesitan una asamblea »constituyente; hombres como Washington han »menester detrás de sí una nación entera sobre »las armas... ¿Creéis que si la revolución hubiese

»sido popular en España hubiera atravesado tantos »años sin darse un jefe digno de ella? ¿Creéis que »ciertos hombres que han descollado más o menos »no se hubieran presentado de mayores dimensio- »nes, no se hubieran engrandecido, a sentirse ins- »pirados por el aliento nacional?» La revolución inglesa arranca del cisma de Enrique VIII y viene preparada por todo un siglo de fanatismo luterano; la revolución francesa viene preparada por todo un siglo de filosofía disolvente; antes de consumarse la revolución en los hechos se había consumado en las ideas. Esta doble influencia, sumada con el factor del apartamiento y de la explotación colonial, había engendrado también la revolución de los Estados Unidos; y en todas partes empezó por precederla y arrastrarla una formidable corriente del espíritu público. Así apreciaba Balmes estos grandes acontecimientos históricos.

Pero, ¿era éste el caso de España? El fermento revolucionario alcanzaba aquí a una muy limitada minoría de personas y de territorio. Los motines populares, — contra Squilace, contra Godoy, — acababan de tener una significación en gran parte misoneísta y antirreformadora. El alza-

miento de 1808 tomó formas de dictadura teocrática en la mayoría de las ciudades: el P. Gil en Sevilla, el P. Rico en Valencia, el P. Puebla en Granada, el obispo Menéndez de Luarca en Santander. A la demagogia de aquellos días llámala «afrailada y supersticiosa» el conde de Toreno, como insinuando la aristocrática impopularidad de los innovadores. Era una ficción hablar de la voluntad del pueblo y de la causa del pueblo. Era una moda pegadiza e importada por la literatura de los demás países. Nuestros gaceteros y tribunos se mueven constantemente dentro de una petición de principio: organizan una revolución para crear, *a posteriori*, el espíritu revolucionario. Así engendrada y nacida, lo que pudo ser mejora o reconstitución fecunda, viene a parar en escisión permanente: antes, de los constitucionales contra los absolutistas; después, sometidos éstos más o menos sólidamente, de los constitucionales entre sí, esto es, de los progresistas contra los moderados, que se lanzan a una serie de acciones y reacciones igualmente insensatas y sangrientas, pasando unos y otros de perseguidores a perseguidos y sufriendo la disyuntiva terrible de «deportar o ser deportados, fusilar o

ser fusilados» como único cambio de postura.

Balmes creyó llegado el momento de la contrición nacional con los días, que se acercaban rápidamente, de la mayor edad de Isabel. Lo que Fernando VII no alcanzó a conseguir ni a desear siquiera por ausencia de toda elevación y magnanimidad: prevenir la revolución o dirigirla y encauzarla; lo que no pudieron tampoco las dos azarosas regencias, impondríanlo por ventura la virginidad de prejuicios de un nuevo reinado, el sentido patriótico de los españoles aleccionados en la escuela de la adversidad y aquella aura indefinible de conciliación y esperanza que conmovía a los espíritus superiores de toda Europa en el período brillantísimo de 1830 a 1848. El ensueño de Balmes, en que latían un problema universal, un problema histórico, un problema español, encontró su expresión inmediata y concreta en el matrimonio de la reina. Con la candidatura de Montemolín, que apoyaba desde su revista *El Pensamiento de la Nación* y que defendía también un diario, *El Conciliador*, nacido bajo sus auspicios y dirigido por don José M.ª Quadrado, no entendió presentar una solución meramente empírica, esto es, meramente dinástica y palaciega,

para poner término con una especie de laudo arbitral al pleito legitimista de las dos ramas. Ofrecíala como remate, concreción y símbolo de todo su sistema de ideas y sentimientos generosos, cifrado en integrar a todos los españoles en el amor activo de la patria y en la obra fecunda e inaplazable de su reconstitución, enlazando estrechamente la historia con el espíritu de la época.

El intento no prosperó, ni en la solución concreta del matrimonio, ni en el espíritu a que obedecía. Los acontecimientos han declarado ya, con harta elocuencia, a favor de Balmes y sus colaboradores. «Tuvieron razón antes de tiempo», escribía Menéndez y Pelayo, hace más de tres lustros, al trazar la semblanza de Quadrado. «Las consecuencias de esta ceguedad universal, añadió, no hay que recordarlas; en 1893 hállanse las cosas en el mismo estado de 1844; una revolución radical que hundió en 1868 el trono de doña Isabel en medio de la indiferencia cuando no del regocijo de los carlistas, una nueva guerra civil y dinástica, no han bastado para convencer a los monárquicos españoles de la impotencia de sus esfuerzos aislados y del profético sentido de aquel postrer artículo de Balmes...» A estas horas,

en 1910, podemos repetir nosotros, hállanse las cosas en peor estado todavía: con el conflicto dinástico en pie, entre la doble amenaza de otra revolución y otra guerra civil y sin que de nada hayan servido al país las terribles lecciones de la experiencia.

Se fué a la revolución de 1868, por ejemplo, con un programa de democracia, pero con el equívoco preñado de tragedia para el porvenir, de si debía ser monárquico o republicano el nuevo régimen; se fué a la república en 1873, con la incógnita no resuelta de si debía ser unitaria o federal. Y el resultado de tantos años de agitación y discordia, fué una república de once meses, con cuatro presidencias, con la indisciplina de las tropas, con los buques de guerra declarados piratas por el poder revolucionario que había salido de ellos, con el incendio cantonal, con el ejército carlista casi a las puertas de Madrid. Pues bien: esto que debió servir de durísimo escarmiento a los republicanos, retoña a estas horas con gravedad cien veces mayor y se predica una revolución puramente destructora y sin programa que deje para luego, como otras tantas minas repletas de explosivo, la cuestión unitaria o federal, la cuestión española o

catalana, la cuestión burguesa, socialista o ácrata que habrían de plantear, por turno o de una vez, todos los componentes, al mismo tiempo que se les planteaba una nueva lucha civil y a no tardar la amenaza extranjera.

Con las pasiones desatadas por ellos mismos, con la rebeldía por toda educación de las muchedumbres, es cuestión de que mediten hondamente sus conductores antes de meter la cabeza en las fauces del león. A un movimiento de tal manera caótico más habían de temerle los vencedores o encargados de afirmarlo desde el poder que los mismos destinados a padecerlo como vencidos. Harto lo saben los que conservan lúcido su entendimiento y que habrán evocado ya, a estas horas, la sombra fugitiva de Figueras o el espectro de Prim en la calle del Turco.

IV

No faltará quien crea apasionado el testimonio de Balmes acerca de la religiosidad y el monarquismo de la sociedad española de su tiempo, como no faltará quien le acuse todavía de prevaricación

por haber reconocido entonces el espíritu de la época. Conviene no apresurar el juicio en este punto, ni aplicar a lo antiguo la medida de lo actual, ni aun exagerar imprudentemente dicha medida. Los tiempos han cambiado mucho y han alterado de una manera considerable nuestro mapa espiritual; la mutación, sin embargo, dista bastante de ser decisiva ni de poderse tomar como inversión completa.

Para corroborar las proporciones atribuídas por Balmes al problema español y al estado de hecho del país, existen muchos términos de comparación. ¿Qué dicen, en suma, los viajeros de aquella década? ¿Cómo encontraron a España? Ahí están Gautier, Dumas, Borrow. Ahí están, sobre todo, Jorge Sand y Edgardo Quinet, los menos sospechosos de parcialidad tradicionalista. La visión de conjunto que nos ofrecen es substancialmente idéntica a la consignada por el pensador de Vich. Podrá haber discrepancia de pormenores, pero la línea general aparece la misma en todos lados, así se trate de simples cronistas u observadores de lo pintoresco como de espíritus arrebatados por el aura del proselitismo revolucionario. Quinet apenas ve otra figura relevante que la del tribuno

don Joaquín María López, como Jorge Sand, algunos años antes, no había visto ni citado otra que la de Mendizábal, luchando las dos contra el ambiente de una gran mayoría hostil. Desde la incredulidad escéptica o desde la restauración católico-romántica, esta imagen de la España cristiana, realista y caballeresca, surge por igual de todos los libros y se repite hasta después de mediar la centuria, en Chateaubriand y Byron lo mismo que en Merimée y Ozanam.

¿Quién que haya leído las *Vacances* de Edgardo Quinet, por ejemplo, dejará de recordar su concepto de nuestra revolución literaria y de nuestra revolución política, uno de cuyos momentos más interesantes, el de la célebre acusación contra Olózaga, pudo presenciar y describir con tan dramática viveza? No debe olvidarse tampoco su semblanza de *Fígaro,* verdadera y luminosa anticipación de un juicio que no prevaleció en España hasta días muy recientes. En esta apreciación de Larra va envuelta la del romanticismo castellano, y la de toda la revolución, en sentido de cosa ficticia, superficial y contradictoria con la índole de este pueblo. Aquella posición excepcional única, del pobre Werther madrileño; aquel des-

encanto terrible de un revolucionario hastiado de la revolución, de un europeísta que se siente casi más extranjero entre los modernizadores que entre los rancios de pura cepa, de un amante del progreso que al verlo actuar aquí lo desconoce como si se lo hubieran cambiado, de un hombre, en fin, que apetece la sustancia, la cultura, la civilización y no encuentra más que nombres, formas y vacío; aquella posición de espíritu, a ninguna comparable entre sus contemporáneos, es también una confidencia harto elocuente acerca de la *esterilidad de la revolución española*, sobre la cual se encuentran y coinciden Balmes y Larra procediendo de tan diversos caminos.

Con modesta timidez ha insinuado esta coincidencia, apuntando la posibilidad de un paralelo, el escritor gerundense don Narciso Roure, en el sustancioso y elegante libro que acaba de dar a luz bajo el título de *La vida y las obras de Balmes*. Este volumen, digno de que lo lean todas las personas de buen gusto y en el cual campean hábilmente fundidas la depuración y la amenidad, está destinado a ser el más completo y asequible estudio biográfico y de crítica que, para el público en general, produzca el centenario del filósofo

vicense. Lo que allí indica de pasada y con suma cautela el señor Roure, merece ser recogido y ampliado a la luz de alguna nueva consideración. El publicista ortodoxo y el satírico incrédulo tenían de común, aparte del talento claro y perspicaz, cierta nota de independencia constante respecto de los partidos organizados. Eran hombres de convicciones, de tendencias, de escuela filosófica, cada cual a su modo; pero no lo eran de bandería, de «comité», de oposición o ministerialismo cerrado. Escribían para el círculo vasto y libre de la opinión; y la opinión les sostuvo como a nadie más ha sostenido en España, ni antes de ellos ni después.

Les sostuvo en una forma inequívoca, inusitada entre nosotros: pagándolos con esplendidez. Todavía ahora nos parece inverosímil la tirada de los folletos de *El pobrecito hablador*, cada uno de los cuales producía un buen puñado de onzas a su autor imberbe. Suenan a cosa de fábula para ofrecidos en 1835, inmediatamente después de Calomarde y el terrible decenio, aquellos contratos de treinta y seis mil o cuarenta mil reales anuales por un artículo a la semana, que Larra pudo obtener disputado por empresas y editores.

No fué menor el buen éxito económico de Balmes. Desde Vich acude a Barcelona, en 1840, con el borrador de sus *Consideraciones políticas sobre la situación de España*. Era un joven sacerdote rural, apenas conocido por su trabajo anterior sobre los bienes del clero, y su nombre no había sonado más allá de los nativos campos ausetanos o de las aulas de Cervera. Con todo, el editor Tauló, enamoróse del opúsculo primerizo y pagó por él ochenta pesos fuertes. La nombradía de Balmes se extendió rápidamente, como la de *Fígaro*, y su vida pública duró casi lo mismo: seis o siete años. Balmes enriqueció en poco tiempo. Se sucedían y agotaban las ediciones de sus obras grandes y obtenía no menor retribución su trabajo periodístico. Una simple revista semanal, como *El Pensamiento de la Nación*, le dejaba más de tres mil duros anuales según testimonio de sus biógrafos y según oí referir a Quadrado muchas veces. En fin: pasado apenas un lustro desde su aparición en el mundo intelectual, pudo contestar a las demandas de quien deseaba adquirir para lo sucesivo la propiedad de las obras publicadas, hablando de treinta mil duros como de cosa muy razonable y corriente a pesar de lo que habían ya producido.

Se dirá, acaso, que este signo del lucro editorial resulta contradictorio, incoherente y en ocasiones voluble o inmerecido. Puede objetarse también que, en el caso de Larra, entraba por mucho el deleite literario, el mero estímulo de la amenidad cáustica y donairosa. Mas todo ello redundaría en abono de Balmes, que trataba materias arduas y profundas desprovisto de aquellas artes de seducción propias de un gran satírico o un gran estilista. Balmes no fué un escritor, en el riguroso sentido de la palabra: careció de fantasía, de jugosidad y, en cierto modo, de genio artístico. En su prosa aforística y sentenciosa no pudo emular aquella elegancia solemne y desnuda que caracteriza a muchos pensadores imbuídos en el gran ejemplo de Pascal. Alcanzaba casi siempre la eficacia y los efectos de la elocuencia; pero tal elocuencia era distinta de la literaria y nacía de su inagotable abundancia de recursos dialécticos e históricos, de su plenitud de convicción, de su lucidez continua. A esta lucidez del pensamiento no acompañaba siempre una idéntica lucidez de palabra. Era más claro que preciso, aunque ello pueda estimarse paradójico. En no pocos momentos el concepto resulta más firme que el len-

guaje y se adivina en sus párrafos cierta vacilación gramatical, como si la palabra escogida nos hiciera presentir otra todavía más propia y concluyente, que le era contigua, que estaba inmediatamente a su lado, a la derecha o a la izquierda, y que quedó silenciosa como una tecla pasada por alto en el ardor de la ejecución.

Fuese esto debido a falta de compenetración con el idioma adoptado o a carencia de aptitudes literarias propiamente dichas; procediese de su temperamento de catalán o de sus condiciones individuales en absoluto, el hecho no es menos cierto, Yo creo que contribuían al mismo las dos influencias. La diferencia del medio lingüístico en que vivió de continuo hasta los treinta años, poníale en estado de inferioridad respecto del castellano, con todo y no distinguirse aquella época por el esmero de la prosa, si se exceptúa uno que otro escritor de costumbres. Su educación filosófica, en cambio; sus abstracciones, sus puntos de vista universales, su manera de llamar a lo general en ayuda de lo concreto y de presentar lo transitorio a la luz de lo inmutable, escribiendo *sub specie æternitatis*, colocábanle por encima del mismo castellano y de toda lengua nacional y pronun-

ciadamente castiza. Hubiera escrito el italiano, el francés, el inglés, de haber nacido en esos países, con arreglo a la misma pauta, es decir, adoptando aquel vocabulario ideológico y sin sabor local que constituye un fondo común a todas las lenguas cultas.

Porque ningún español durante el pasado siglo, ni antes de Balmes ni después de él, adquirió tan rápidamente el pleno aire europeo. Desde el primer día subió a las alturas del pensamiento universal, se hombreó con las grandes inteligencias, trató los grandes problemas transpirenaicos, mereció la amistad de los grandes hombres de todas las tendencias y respiró el aura de las cumbres, saludando o siendo saludado desde ellas, viendo o siendo visto. De Guizot a Chateaubriand, de Rossi a Monseñor Pecci, de Wiseman a Martínez de la Rosa y al gallardo aventurero don José Joaquín de Mora — que heredó su silión de la Academia — estuvo en ideal correspondencia con los espíritus más elevados de su tiempo. Sus obras fueron inmediatamente vertidas a todos los idiomas europeos y en ellos andan y se reimprimen todavía. Por el valor propio y por la estima ajena, por el mérito intrínseco y por el testimonio obje-

tivo de la celebridad, se incorporó al patriarcado de la cultura humana y el mundo le ha reconocido por suyo.

¿Verdad que hay algo de ironía en este destino, en esta reputación? Hemos escuchado, en los últimos tiempos, exhortaciones fervorosas y ciertamente más precipitadas que reflexivas en sentido de la inmediata «universalización» de Cataluña y contra su espíritu local, contra su arte ruralista y de pesebre, contra el *vigatanismo*, encarnación y resumen de cuanto pueda imaginarse de más regresivo y antieuropeo... Pues de Vich salió Balmes y desde Vich saltó en plena Europa civilizada y fué el español más universal del siglo XIX, tanto por su vasta capacidad como por su extensa nombradía. De Vich salió también Verdaguer y es el catalán que hasta ahora haya llevado más lejos, a la otra parte de la frontera, el nombre literario de su patria. Ante esos ejemplos, es cosa de meditar un poco si es preferible tener *vigatans* conocidos en todo el planeta o europeizantes conocidos tan sólo en Vich...

V

La actividad de Balmes en aquellos siete años no puede menos de causar asombro. Asombro por la extensión, por la intensidad, por la variedad de sus manifestaciones; asombro por la constancia. Apenas se concibe que pudiese ser alternada la producción de obras de alta especulación metafísica o de filosofía de la historia con el comentario de toda actualidad seguida día por día, con la preocupación de una causa nacional abrazada ardorosamente, con la asidua polémica que de todo ello debía derivarse. Escribir libros tales como la *Filosofía fundamental*, *El Criterio*, *El Protestantismo*, al mismo tiempo que colmaba las páginas de las revistas y de los periódicos; pasar en una hora desde la lucha candente de los partidos a la esfera de la abstracción; sobreponerse al arrebato de las pasiones, en medio de la controversia más encarnizada y tenaz del pasado siglo, para componer y entregar a las gentes un manual de lógica práctica que ha sido durante largos años y para

muchísimos lectores el verdadero código del sentido común; todo eso, parece estar fuera de lo posible y aun de lo verosímil.

Pero fué así; y hubo de simultanear, además, este trabajo de gabinete, verdaderamente abrumador, con las obligaciones del trato social impuesto a todo personaje de su altura, ya que a la actividad puramente literaria o periodística unía la del hombre de acción y tenía que apoyar en el terreno de la confidencia y de las relaciones personales lo mismo que planteaba y defendía su pluma. He aquí como le pintan sus biógrafos: era de estatura elevada, delgado de cuerpo, escaso de musculatura. Tenía la tez pálida y fina, los labios un poco abultados, los dientes blanquísimos y la nariz regular, con rastros de cierta cicatriz que le dejó una caída, cuando muchacho. Los ojos eran negros, grandes y de gran penetración. En Vich y Barcelona vestía traje talar, cuando las circunstancias no aconsejaban otra cosa. En Madrid, donde se estableció en 1843, vestía de seglar para las visitas y el paseo: traje negro de levita o gabán chaleco y corbata de raso, guantes y bastón. Imponíase por un aire innegable de superioridad, distinción y reserva.

Hizo frecuentes viajes a Francia, Inglaterra, Bélgica e Italia y tuvo ocasión de tratar a los hombres más eminentes de todos estos países. Figuró inmediatamente y por derecho propio entre las sumidades del alto clero que brillaba entonces en Europa y fué el representante en España de aquella conmoción espiritual que inflamaba a O'Connell, que guiaba la noble tentativa de Lamennais en su primera época, de Montalembert, de Lacordaire. Desarrollóla en forma genuinamente personal e indígena, sin resabios de tradicionalismo galicano, sin afrancesarse, como Donoso Cortés, en una forma inversa pero no menos extremada que la de nuestros liberales y doctrinarios. El Nuncio de Pío IX en Madrid hablaba de Balmes como de «un moderno padre de la Iglesia»; el mismo Pontífice le recibía teniendo abierta una de las obras del publicista catalán; el Arzobispo de París, monseñor Affre, que debía morir víctima de su caridad heroica al interponerse entre los combatientes en una barricada del 48, le sentaba de continuo a su mesa; obsequiábale con toda solemnidad el Arzobispo de Malinas, centro de formación del espíritu «belga», y le hacía comensal del legado pontificio

monseñor Pecci, o sea el futuro León XIII... Difícilmente podrá extenderse y formarse con mayor rapidez una gran nombradía.

Para que nada le faltase, debía ser ensayada y probada por el reactivo de la envidia. Los roces más violentos vinieron de donde suelen venir siempre: del lado de los afines. Se le llamó ambicioso, se le supuso dominado por el espíritu de intriga. No había querido ser canónigo ni obispo, y la malicia humana supuso, como consecuencia, que aspiraba a ser cardenal. De todo dió buena cuenta, con insuperable dignidad y templanza de forma, en su *Vindicación personal,* que constituye una completa autobiografía. Hecho este alto desagradable, prosiguió su camino con la misma decisión. Ni logró desanimarle la profunda contrariedad sufrida en el asunto de las bodas reales. Pudo creerse que aquella decepción le lanzaría por la senda del despecho; que al ver fracasada la idea de concordia, por él patrocinada con tanto entusiasmo, caería del lado de la parcialidad; se asegura que llegó a darse la orden de prenderle si, con motivo del matrimonio de la reina, se levantaba una sola partida carlista.

Nada le desvió de su ruta. Su empeño era de-

masiado grande, sus convicciones demasiado firmes para que de ellas pudiesen apartarle resquemores de amor propio ni heridas de la vanidad. Peleaba por una causa española que era, al mismo tiempo, una causa universal. Vió con mayor claridad que otro espíritu alguno el formidable nublado que se venía encima y la tempestad en que había de deshacerse. Comprendió que era ya no sólo el principio católico, sino el principio cristiano y hasta el principio espiritualista considerado genéricamente, lo que peligraba en el mundo; y su obra de publicista responde a esta visión y alcanza a todos estos grados diversos, teniendo al mismo tiempo un estricto valor religioso y un amplio valor humano.

Como miraba desde muy alto, veía muy lejos. Tenía, por igual, la inteligencia especulativa y la práctica. Su destreza en concebir lo mejor no le impedía distinguir lo que existe, lo que es. No confundía sus ideales con los hechos ni se resistía a reconocer los hechos por la distancia, espantosa a veces, que los separa de los ideales. En suma, era un idealista, pero no un ideólogo de esos que dan a sus concepciones el aire de una geometría del espacio y cruzan arbi-

trariamente sus líneas rectas o curvas, pero siempre regulares, porque hacen abstracción de todo obstáculo o realidad interpuesta entre la mente y la ejecución, entre la posibilidad y el deseo. «¡Ay de los gobiernos que duerman! ¡Ay de los pueblos que ellos gobiernen! — decía. — ¡Ay de las instituciones cuyos custodios no vigilen para irlas acomodando a las necesidades de la época! El mundo marcha; quien se quiera parar será aplastado y el mundo continuará marchando.»

De ahí su empresa y el motivo constante de sus esfuerzos; de ahí su continua exhortación; de ahí su criterio insistente, lo mismo para España al abrirse un nuevo reinado que para Italia y toda la cristianidad al saludar un nuevo Pontífice. «¿Cuál es la empresa? Conceder a la época lo justo y conveniente, negándole lo injusto y dañoso; mejorar la condición de los pueblos sin precipitarlos en la anarquía; prevenir la revolución por medio de la reforma, quitándole a la impiedad motivos ya que no es dable impedir que tome pretextos; privar de fuerza a sus declamaciones, haciéndolas huecas por falta de razón»... ¿Es posible, se pregunta, la resistencia absoluta que muchos preconizan? Para contestarse vuelve la

vista al mapa de su tiempo; y sólo halla este sistema en Austria y Rusia.

«Ved la extensión que ocupan las naciones »civilizadas, — añade, — y notad lo que le queda »a la política de resistencia absoluta. No se trata »de saber si hay en esto un bien o un mal, *sino* »*lo que hay*. La América entera ha abrazado los »sistemas de libertad... En Europa hay formas de »libertad política en Portugal, España, Francia, »Bélgica, Holanda, Gran Bretaña, Suecia, Suiza, »en muchos puntos de la Confederación Germá»nica... Ved qué formas había en muchos de aque»llos países ochenta años atrás y notaréis la asom»brosa rapidez con que las transformaciones se »han hecho; siendo el tiempo tan poco y el espacio »recorrido tan grande, ¡cuánta debe ser la velocidad »del movimiento!... Hay algo en la marcha de los »acontecimientos que no cabe en moldes tan mez»quinos; hay algo en la corriente de las ideas que »pasa por entre las vallas de bayonetas; hay algo »en la agitación presente y en los secretos de lo »porvenir que no se encierra en las carteras di»plomáticas...»

Por esta razón aconsejaba no fiar demasiado en los medios represivos, porque la experiencia

los muestra débiles, y consideraba necesario «oponer ideas a ideas, sentimientos a sentimientos, espíritu público a espíritu público, a la abundancia de mal abundancia de bien, a constancia en disolver constancia en unir...» Fueron sordos y no oyeron, fueron ciegos y no vieron, ni siquiera alumbrados por esta espléndida luz de profecía. El folleto *Pío IX* pareció una abominación a muchos españoles. Balmes, después de él, quedó casi solo. Se llegó a negarle el saludo y a tratársele poco menos que como un apestado. Llovieron a centenares las impugnaciones y las diatribas. Refugióse en Vich, enfermo, fatigado, desencantado, pero no arrepentido. A los tres meses fallecía de una afección pulmonar, acelerada, sin duda, por sus nobles excesos intelectuales y por la caridad de muchos de sus compatriotas.

Su muerte fué edificante y pura como su vida: con cuatro días de diferencia respecto de Chateaubriand, con dos meses de diferencia respecto de Piferrer. Hubo algo en ella de asesinato moral, según pudo decir alguno de sus amigos siempre fieles. De los sayones de la víspera no faltó uno en el duelo y en la hipocresía de las glorificaciones

póstumas. Su tentativa de conciliación de dos edades fracasó en España más que en ningún lado. Como una excepción, como un oasis, como un severo reproche de aquella ceguedad, tenemos todavía en pie y a la vista el ejemplo de Bélgica, informado en el espíritu de aquella familia de grandes pensadores y de grandes caracteres.

Abril-mayo de 1910.

Maragall

Cierta noche de diciembre de 1899, en la agonía de un siglo tempestuoso, Maragall subió a la tribuna del Ateneo Barcelonés, todavía en la noble rotonda del edificio antiguo, para leer la semblanza de un escritor lleno de sutilidad y delicadeza que la patria acababa de perder por aquellos días. La imagen de Juan Sardá quedó, desde entonces, fijada para siempre en el *Estudio necrológico* que Maragall quiso consagrarle. En tales páginas parece moverse y alentar aquella inolvidable figura, «alta, seca, de cara exangüe y ojos brilladores», en la cual el instinto crítico del autor de *La vaca cega* supo adivinar a uno de *los suyos*, acaso el único de los suyos entre todo el tropel que le precedía.

«El año 74 — dice Maragall, — hablando el señor Sardá del libro *Algo,* de Bartrina, se levanta enérgicamente, en nombre del idealismo, contra el positivismo entonces invasor. Y este sentido idealista, por él conservado durante toda su existencia, distínguelo de raíz entre aquella generación intelectual de Cataluña que es la generación naturalista a la francesa. En 1880, cuando la juventud literaria jura por Taine y Zola, aquel escritor sale gallardamente con su artículo sobre Hartzenbusch, amorosa síntesis del romanticismo, así como, más tarde, el estudio acerca de Piferrer es otra salutación henchida de añoranzas para nuestro gran florecimiento romántico de 1840.»

Recuerdo estas palabras porque ellas expresan y corroboran lo que tengo dicho en otro lugar, esto es, que don Juan Sardá, de una manera tan hermosa retratado por nuestro poeta, es su inmediato precedente y como el único punto de contacto con lo antiguo que a Maragall pudiera ofrecérsele en la sucesión de las ideas literarias de Cataluña y entre los hombres que estaban en la plenitud de la vida cuando él apareció. La antorcha de aquel espiritualismo vacilante y combatido por los vientos de una época refrac-

taria, pudo dar lumbre a la suya, a la antorcha que debía arder más tarde esplendorosa y en triunfo; y cuando la primera cae de las manos que la sostienen y se extingue su pábilo en chispas fugaces, estalla la otra en lenguas de viva luz que no sirve para iluminar escorias ni lodazales, sino para mostrar el camino de las alturas; y, una vez enhiesta en la cumbre, para señalar el sendero de las estrellas, en la gloria de un *excelsior* inacabable.

Inmensa es la deuda de gratitud que tenemos contraída para con la memoria de este hombre extraordinario. Porque ha sido para Cataluña algo más que un hijo predilecto, algo más que un gran artista o una gloria literaria, en el sentido corriente de estas expresiones. Maragall ha sido una vindicación.

Ha sido la vindicación y hasta el desquite de Cataluña, ya que, no de ahora, de muy lejos y de muy antiguo viénese hablando de nuestra incapacidad para la alta vida del espíritu y para las especulaciones desinteresadas y puras de la inteligencia. Incluso los que se proponen hacer justicia a nuestro país y se colocan respecto a él en una posición de simpatía para reconocerle

aptitudes prácticas, sentido económico, virtudes familiares, niéganle en cambio la condición de pueblo dotado para la suprema cultura, como si un destino fatal le impidiese salir de las aplicaciones vulgares y técnicas o remontar el vuelo a la esfera de lo trascendente y absoluto. A muchos ha parecido esto como un estigma histórico, paralelo al de la famosa *povertà avara* de los días del Alighieri; y no hace muchos años que, en pleno Parlamento español, en un debate histórico mediante el cual dos espíritus secularmente divorciados se encontraron cara a cara, fué lanzada al rostro de Cataluña y de todos los catalanes la condensación biliosa de este juicio. «*Mediocres*», se nos decía, «*no sois más que unos mediocres*», olvidando el que lo profirió que, en aquellos mismos instantes, florecía en Cataluña la más alta espiritualidad, la forma de sensibilidad humana más exquisita que pudiese presentar entonces, ni pueda presentar ahora mismo, ningún pueblo de la tierra.

Búsquese en todas las naciones y entre todos los contemporáneos de Maragall una existencia más noblemente orientada, un ejemplo de escritor más delicado y puro, una elevación moral

más sostenida. Yo no sé hallarlas. Reconoceré en otros mayor extensión, acaso mayor profundidad o un conocimiento del corazón humano más penetrante y maligno, pero nunca mayor alteza. Entre las encarnaciones del momento intelectual a que pertenecía nuestro compatriota y entre sus diversos equivalentes nacionales, bajo un aspecto u otro: como poetas, pensadores o comentaristas de los grandes problemas de nuestro tiempo y de la eternidad, nos salen al paso, en España mismo, Unamuno, y, antes, Ganivet. Pero Ganivet, cuando no examina la objetividad nacional, cuando proyecta hacia fuera su propio espíritu, es un alma brumosa, todo contradicción y enigma, eternamente envuelta en las nieblas del castillo de Elsenor: el último vástago en la estirpe fascinadora pero infelicísima de Hamlet, hecha para mover la piedad de las gentes, para admirarlas si se quiere, mas no para conducirlas. Unamuno, el grande amigo y devoto de Maragall, es también un hombre portentoso y dominado por el misterio de nuestro destino, pero cuyas ansias de inmortalidad o vida eterna no le dejan pensar más que en la muerte, ofreciéndonos un caso de ascetismo y maceración espiritual en pleno si-

glo XX, como una resurrección laica de los ardores y torturas con que reverbera el alma castellana en la prosa de sus místicos o en las telas de Zurbarán, el Greco y Ribera.

Maragall, no; amaba a un tiempo la vida y la inmortalidad y aun tendió alguna vez a fundir e identificar su concepto, considerando a la primera, no como una oposición, sino como una fase o momento de la segunda, y procurando dignificar la existencia y todos sus componentes y factores como partes integrantes de la eternidad misma. Y, en tal sentido, yo no sé hallar un temperamento comparable al suyo, durante el período que duró su vida pública; no sé distinguir un magisterio ejercido por medio de la pluma, tan bellamente humano, tan ennoblecedor, tan saludable. He aquí su obra de publicista: de cuatrocientos a quinientos artículos, entre castellanos y catalanes; de cuarenta a cincuenta opúsculos más, entre discursos, prólogos, semblanzas, mensajes, conferencias, salutaciones y «elogios»: *Elogio de la Palabra, Elogio de la Poesía, del amor, del pueblo, de la danza...*

Sin duda este hombre nació predestinado a elogiar, que vale tanto como extraer y enseñar

al mundo las excelencias o condiciones efectivas y amables de las cosas. Su retina parecía adiestrada expresamente para descubrir la perfección, la partícula de oro, la perla, aun perdida en el muladar; y, lejos de todo panfilismo bobalicón, sin abdicaciones de criterio que le llevaran a desfigurar la realidad so pretexto de embellecerla, sabía poner a plena luz el residuo de pureza que puede obtenerse hasta de lo más abyecto e impuro. Para él dijérase escrito un apólogo de Tolstoi que leí hace años. Cuenta que, en el camino de Samaria, veíase una vez el cadáver de un perro sarnoso y todo corrompido bajo los ardores del sol de Oriente. Los insectos zumbaban en tumulto alrededor de su cabeza, las larvas roían silenciosamente, mientras los viandantes contenían el aliento o volvían la cara, con expresión de enojo. «¡Qué horror!» decían unos; «¡cómo hiede el maldito!» proferían los demás, y todos se apartaban de la visión repugnante o se esforzaban en cubrirla de piedras. Cuando he aquí que llega un hombre joven, de reposado continente, de dulce mirada; y, poniéndola en aquellos viles despojos, insinúa, mejor que dice, estas palabras celestiales: — «¡Qué dientes tan blancos!»—

Entonces uno de los viandantes, maravillado por tan insólita revelación de belleza, exclama: — «No puede ser otro que Jesús de Galilea, hermanos; Él tan sólo podía descubrir la única perfección que sobrevive a tanta podredumbre.» — Desde aquel instante pareció que la blancura de los dientes fuese más deslumbradora y que, formando como un nimbo de claridad, anegase en resplandor la miseria de la carne corrompida.

Pues así nuestro Maragall, frente a frente de la vida moderna, en medio de una literatura, de un arte y de un pensamiento universales orientados de cara a la tristeza y la maldición. Y no ya aquella tristeza deseada y en gran parte imaginativa de los días románticos, sino otra mucho más profunda, lúgubre y glacial, que llega a los mismos huesos y que, traída por la convención, se ha hecho realidad y sustancia: un pesimismo deprimente que odia la vida presentándola como manantial inevitable de dolor; que se complace en denunciar todas las crueldades de la existencia para volverla aborrecible; que si levanta los ojos a las alturas no es más que para prorrumpir en blasfemias contra el vacío que esconden o, si se aparta de la negación, es sólo

para mostrarnos, rodando sobre nuestras cabezas, la tromba de lo Desconocido: aquella potencia trágica y oculta de la cual no somos nosotros más que miserables juguetes o pobres lucecillas, tan pronto encendidas como apagadas, siniestramente y sin sentido, por un soplo del más allá.

Pues bien: si volvemos los ojos a las figuras que parecen más representativas de nuestra época literaria y de las distintas modalidades nacionales en que se manifiesta, no hallaremos, entre los equivalentes de Maragall, más que: nihilismo devastador, con odio implacable contra la existencia a causa de su total e insoluble iniquidad; o cinismo, que se disfraza de escepticismo elegante y mundano y no reconoce ninguna medida del mal ni del bien, considerando incorregible a la humanidad y forzosamente llevada de la mano del destino, de la pasión o de la materia, a toda clase de abyecciones y caídas; o misticismo gnóstico, en suma, como el de Maeterlinck, que toma la existencia como un enigma fatal, como un gran misterio de dolor inacabable.

Y, a la vista de todo eso; en medio de esas actitudes y concepciones de disolución, bajo la sombra aborrecible que envuelve al mundo en

nuestros días y da su tono fatídico a las manifestaciones más subalternas del pensamiento y del arte, empujándolos hacia el odio universal o hacia la bestialidad y el sadismo, aparece en Cataluña, precisamente en Cataluña, esta figura luminosa de Maragall, que es también un místico a su manera, puesto que contempla la creación, y las maravillas de la creación, y todo lo creado y lo que no tendrá fin ni tuvo principio, con ojos alucinados por el misterio. Mas no un misterio de dolor y tiniebla, como el de Maeterlinck, sino un misterio de gloria y exaltación que desborda en himnos y hace del escritor y el poeta un arpa viviente, estremecida por las auras armoniosas y la vibración de la luz en los espacios inconmensurables.

Entonces este hombre, este nuevo *Félix de las Maravillas,* hace de la vida, por sí sola, una religión y una glorificación que nada tiene que ver con las apoteosis de d'Annunzio, todavía mucho más paganas que clásicas y mucho más sensuales que panteístas; ni caen más allá del mal y del bien, en esa región leonina de lo *amoral* que el superhombre de Nietzsche, tan rápidamente levantado como decrépito, se acotó

para los desenfrenos de su Voluntad todopoderosa, tardío y exorbitante contrapeso a la Razón soberana de los enciclopedistas. Maragall no se olvida un instante del misterio, de ese misterio de gloria con que le envuelve la creación; y juzga que la existencia y cada acto de ella, desde el más insignificante al más trascendental, son una cosa sagrada. Diríase que vive de continuo en la ilusión de ser el primer hombre y que recién salido de la prístina confusión del caos, ve destacarse y perfilarse las cosas por primera vez, y encenderse en el cielo los primeros luminares de la noche, y teñirse el oriente con las rosadas transparencias de la primera aurora, y surgir el astro del día, y distinguirse los colores, mirando el mar azul, la tierra verde, las plantas abrumadas bajo el peso de flores peregrinas... Y este sagrado pasmo del primer día, se prolonga en él a todos los días y a todas las horas, y se hace un deber de sentirlo a cada instante, con mayor deseo de adoración y con más escrúpulo de caer en la profanación o el sacrilegio.

Rompe a hablar, y la palabra se le presenta como la más sagrada de las cosas, entre tantas cosas sagradas: como un puro prodigio que el

hábito y la inconciencia han enturbiado en nuestra sensibilidad. Recuérdese aquel *Elogio de la Palabra,* una de las joyas más delicadas del espíritu moderno, honor de la tribuna del Ateneo Barcelonés, donde Maragall lo pronunciara el año de su presidencia. Como Ernesto Hello, — el desconcertante y portentoso tradicionalista de quien tradujo nuestro compatricio las *Fisonomías de Santos* — cree que la palabra no es esta cosa baladí y vacía que la gente supone, que el viento arrastra, que está en contradicción con el hecho o representa su antítesis. No; para él *la palabra es un acto,* el primero entre los actos de la vida. Y pues contempla la vida, y la entiende y actúa, como una cosa sagrada, la palabra será también para él la cosa sagrada por excelencia.

Generalmente se ha tratado de este *Elogio de la Palabra* y del *de la Poesía* que le sucedió poco después, por su aspecto *estético,* por lo que concierne a la teoría del arte, y, tal vez, menos que eso: a la preceptiva literaria. Creo que es desnaturalizar de una manera inconsiderada esa obrilla inmortal, el prurito de encajarla violentamente en una clasificación de doctrinas

retóricas, y entiendo que ha de verse en ella, antes que todo y por encima de todo, una *ética*, una doctrina moral, una norma de conducta. Tal doctrina o norma de conducta es la que dió a la vida de nuestro gran Ausente la noble unidad que la distingue, convirtiéndola en obra de belleza comparable a la que puedan alcanzar sus más acabadas producciones escritas.

La *palabra viva* de que nos habló Maragall en su discurso, fué siempre la suya y da la clave de toda su obra y de toda su existencia. La palabra viva es para Maragall la única vestidura adecuada a la pureza de espíritu, cuyo elogio hizo también en un artículo de diario que podría figurar dignamente entre los *Elogios* propiamente dichos. Esta pureza y la palabra viva se corresponden como si una y otra estuvieran en relación de causa y efecto, o de materia y forma, o de contenido y expresión, y fuesen dos momentos inseparables de una misma operación del alma. En tal concepto el arte vuelve a caer en la esfera de la moral; mas no por su tendencia objetiva, ni por una vulgar finalidad docente a guisa de fábula de Esopo, sino por algo más hondo y augusto, ya que, según esta interpretación, la

moralidad reside en la misma raíz y en el origen primero de la operación milagrosa del arte: en aquel toque de la gracia o participación divina que supone todo momento poético inconfundible y verdadero.

«Estado poético», «estado de poesía», solía llamarlo, así por lo que concierne a los pueblos como a los individuos, un escritor-poeta de extraña y confusa filiación que Maragall tenía muy estudiado y había traducido en parte: Novalis. Esta concepción del carácter sagrado de la poesía, como manifestación suprema y más alta del vivir, que hace que los mismos poetas se encuentren *profanos* a veces ante la naturaleza y lo infinito, mientras los humildes e iletrados truécanse a menudo en agudísimos videntes; esta transfiguración emocional y mística, viene a separar el arte de la palabra en dos porciones: una que es arte legítimo, *religioso* y en acto puro, para seguir la distinción teológica; y otra que es «literatura», quiere decir, oficio, *métier*, habilidad, y, en último término, mixtificación.

No es hora de discutir el valor objetivo de esta teoría, desde un punto de vista docente y universitario. Ni se trata de aquilatar el aprecio que

pueda hacerse de ella en un libro didáctico, en una historia sistemática de la doctrina del arte. Pero es forzoso reconocer que aun teniéndola por objetivamente errónea o parcial, y aun quedando fuera de su órbita una porción de cosas preciadas y bellas que no consigue abarcar, todo lo que tiene de estrecha tiénelo de *alta*, todo lo que pierde en sentido horizontal recupéralo en sentido vertical, en elevación y ennoblecimiento de quien la practica. Vivida por su autor, identificados y fundidos el uno en la otra, dió a su vida de poeta y de publicista aquella noble unidad que más arriba he recordado, aquella dignidad sostenida que siempre la distinguió, como se distinguen un ministerio y una consagración de una carrera o una rutina.

Para Maragall es la palabra el punto de confluencia de lo espiritual y lo material, de lo transitorio y lo eterno. Y así exclama: «¡Oh qué cosa más sagrada! Porque dice San Juan: *En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios*; y añade que por él, por la Palabra, fueron hechas las cosas; y que la Palabra se hizo carne y habitó en nosotros... ¡Con qué santo temor, pues, no debiéramos de hablar! Residiendo en la palabra

todo el misterio y toda la luz del mundo, deberíamos de hablar como fascinados, como deslumbrados...» Y, ¿no fué así, no fué como fascinado y deslumbrado que habló casi siempre nuestro incomparable amigo, no ya en aquella parte de su producción confiada al ritmo poético, o traída por él, como en otro *Elogio* sostiene, sino en la producción más llana y casera de sus artículos de periódico, escritos en prosa aunque jamás prosaicos ni de bajo vuelo? Hay que recordar la forma, los temas y el tono general de estos artículos que, durante veinte años, hemos ido leyendo una semana tras otra. Es preciso reconstituir la visión que en ellos se nos ofreció de la vida, del progreso, de la civilización, del arte y la literatura, de nuestro final destino, de la felicidad, de la esperanza en Dios. Induzcamos de ahí las preocupaciones que absorbían el espíritu de Maragall y excitaban de continuo su generoso entendimiento, y comparémoslas mentalmente con las preocupaciones, y el tono, y la forma, y los temas habituales entonces, y antes y después de él, a la generalidad de los publicistas.

En la historia del periodismo este caso puede citarse como caso único. Empieza a escribir en

el *Diario de Barcelona*, a cuyas páginas venerables consagra una adhesión efusiva y persistente; y, como es natural, no puede substraerse en sus comienzos a los trabajos de encargo propios de toda redacción. Maragall inaugura sus tareas ostensibles con una positiva ventaja: es ya un hombre hecho y derecho y no cae en las vacilaciones y contramarchas que son la perdición de los adolescentes literarios. Tócale en el *Brusi* llenar su sección, comentar el asunto que con frecuencia le indica don Juan Mañé, dar cuenta de libros que tratan de aranceles, de primas de exportación, de derecho hipotecario. Pero, poco a poco, se desenvuelve en él una índole de articulista, de «cronista» espiritual, diríamos ahora, sin precedente alguno y que nada tiene que ver tampoco con la espiritualidad mundana y a flor de piel de los *croniqueurs* franceses, puesto que nace de más hondo y penetra más adentro y que, en el sentido de la hondura y a ratos de la grandeza, sólo es referible en nuestro país a determinados artículos de Larra por su amplitud ideal, nunca por su desolación misantrópica, de que el escritor barcelonés, sociable y benévolo por naturaleza, discurría muy lejos.

Entonces, en los trabajos periodísticos de Maragall, se definen y señalan tres o cuatro direcciones o categorías de asuntos. Después de los temas político-sociales enfocados a la antigua, vienen los temas estéticos, los temas patrióticos del patriotismo de Cataluña y los temas sentimentales y abstractos, que predominan a lo último y entre los cuales hay que buscar sus páginas más hermosas, más fuertes y más inconfundibles. Y dígase ahora todo el milagro de haber creado y sostenido este género, esta forma de divagación filosófica, con exploraciones introspectivas y escapadas frecuentes a la región de lo irreal o de lo suprasensible, ¿dónde? ¿en medio de qué público? En Barcelona, precisamente; en la ciudad metalizada de los mercaderes y «mediocres», para quienes canta, desde las páginas de un pretendido diario burgués, el himno más ferviente que se haya entonado jamás a la ascensión del alma purificada y triunfante: a la victoria del sentido sobre la letra, de la idea sobre el interés, de la fraternidad sobre el egoísmo, de la sustancia sobre la forma y del espíritu sobre la carne. Su espléndida cruzada tiene un nombre: Excelsitud. Cada ocho días nuestro

incomparable Importuno penetra furtivamente en el despacho del hombre de negocios, en los dorados tugurios de la ociosidad o la crápula, en el tocador de la dama elegante, embriagada de su propia hermosura y seducción, para recordarles todo lo que tienen olvidado y todo lo que sacrifican a su codicia de oro y de deleite material; para presentarles el cráneo de Yorick, donde hubo también unos labios que besaron y amaron. Y esto con una nobleza y un tesón tan fuera de lo ordinario que los quince o veinte artículos más afortunados o felices de su gloriosa colección, no quedan en nuestra memoria con aquel aprecio equívoco y fugaz reservado a los escritos de diario, sino que nos inquietan perpetuamente y su recuerdo perdura en nosotros con todo el prestigio y vibración de las más acendradas e inconmovibles creaciones poéticas. Porque en apariciones como la de Maragall, surgiendo de las entrañas de una civilización industrialista, puede sospecharse una de aquellas astucias de la historia o como esfuerzos de compensación que levantan, sobre los estruendos de la maquinaria y el olor salobre de los docks y factorías, la imaginación violentísima de un

Edgardo Poe o la blancura virginal de un Longfellow.

No es el periodismo, vulgarmente considerado, otra cosa que oficio dialéctico: un arte de persuasión, por más revestido que se presente de formas literarias, de ingenio, de agudeza. Y, no obstante, el publicista catalán actuó siempre como una negación de este linaje de procedimientos discursivos y lógicos — de que era Mañé, a quien tenía a la vista, el maestro preclaro — y subyugó a su público, electrizándolo a veces, con una forma insólita, no usada, no razonada, a menudo incoherente y propia más bien de la lírica que del arte subalterno de convencer y agradar a los suscriptores de una publicación. Su forma, la propia, la que de un modo indefectible aparecía cuando hablaba en espíritu y en verdad, era la forma emotiva que va directamente de alma a alma, sin medianeros ni intérpretes, sin silogismos ni regularidades de argumentación, ya que dispone de una lógica más profunda y a su modo más transparente, en los atisbos o revelaciones intuitivas y primarias que duermen en lo más oscuro de nosotros mismos, en el «imperio del silencio» y de la subconciencia.

Tal vez pudiéramos referirlo, de lejos y vagamente, en algún aspecto, ¿a quién? ¿A Carlyle, con sus centelleos súbitos, con sus clarividencias geniales y más pavorosas a veces que la misma obscuridad? ¿A Maeterlinck y su obsesión angustiosa de lo Oculto, que trata de explorar penosamente como quien alumbra el abismo con una débil candelilla? Pero así Carlyle como Maeterlinck son literatos puros; no publicistas, ni mucho menos periodistas. Aquellas de sus páginas que, en los *Héroes*, o en *Le trésor des humbles* y en *Le temple enseveli*, por ejemplo, puedan ofrecer coincidencia formal con las del ilustre desaparecido, fueron escritas para una minoría de lectores selectos, no para la abigarrada clientela de un periódico ni para la multitud que bulle en la plaza pública. Podríamos pensar, acaso, en Ernesto Hello, citado ya más arriba. Pero Hello era un espíritu profético, atormentado por la visión de un eterno apocalipsis, que venía de Patmos a toda hora. Era el último representante del tradicionalismo francés, que no reconoce otra fuente de verdad que la revelación escrituraria: el nieto espiritual de De Maistre, que repite ante la orgía del Segundo imperio

y las llamas de la *Commune* sus mismas diatribas y fulminaciones deuteronómicas, aplicando al cataclismo revolucionario el principio de la expiación que cayera un día sobre las prevaricaciones de Israel. En cambio, Maragall era un espíritu tranquilo, balsámico, consolador; un hombre que no descendía del Antiguo Testamento, que venía directamente de la Ley de Gracia y que al hallar en su camino los miserables despojos de la parábola de Tolstoi, sabía decir a los hombres de Samaria y a los publicanos y pecadores: — «¡Mirad qué dientes tan blancos!»

Esto nos estuvo repitiendo a los catalanes y a los españoles todos, desde el primer día hasta el último de su vida pública: — «¡Mirad qué dientes tan blancos!» Es decir: buscad la luz y huid de la tiniebla, buscad el amor y repudiad la herencia maldita de Caín, buscad la perfección que harto saldrá a encontraros lo deforme siete veces cada día. Escribiendo en el *Diario*, en cierta ocasión, sobre *El derecho de hablar*, recordaba esta máxima de Naville, filósofo de Ginebra: «He creído, y por esto he hablado», como queriendo decir, que si dudara se callaría, lo cual viene a ser lo mismo que afirmaba Hello en

otros términos: «Hablo porque la palabra es un acto».

Las pocas veces que nuestro escritor abandonó el tono benévolo y efusivo que le era natural, llegando a los acentos de la indignación sulfurada, fué cuando hubo de hablar de nuestra propensión a la parodia. Entonces, aquel ramo de olivo que siempre enarbolaba su mano, le sirvió de flagelo vengador, blandiéndolo furioso sobre la espalda de los irreverentes y dejando en ella indelebles estigmas. Fué cuando, al pleitear *Por el alma de Cataluña,* cuya custodia tan de derecho le correspondía, execró este espíritu caricatural que consideraba una lacería y un oprobio de la raza, como abominó después de la blasfemia, que juzgaba un signo afrentoso de esclavitud. Sí; en este artículo *Por el alma de Cataluña,* Maragall se dió por entero, con sus ansias de purificación continua, con su odio al falso positivismo, con su horror de la «gatada» y de la burla antipoética que, so pretexto de regocijar a la gente, ciega los manantiales de la emoción y deja al pueblo castrado e insensible para las más nobles fruiciones de la belleza. He aquí su enemigo: ese malhadado genio de inver-

sión de las cosas ideales, aun amaneradas y falsas, que convierte *El trovador* en *Lo cantador*, o *Flor de un día* en *Ous del dia*; la paráfrasis grotesca o la «reventada» salvaje, que unas veces se presenta a las claras y con lealtad, en forma de sainetes de zapatero, y otras se disfraza de trascendental y pretencioso humorismo. Veía él en todo ello como una declaración de impotencia o como un desquite de esclavos y libertos, que remedan con bárbara ridiculez las costumbres del patriciado, sin duda porque, durante más de dos siglos, el arte, y la poesía, y todas las flores de la vida humana superior, las habíamos recibido de fuera, y no teniéndolo nosotros en nuestro cercado, nos complacíamos bajamente en deprimir y parodiar y menospreciar tan enojosas superioridades.

Véase, pues, hasta qué punto fué de noble y valiente su magisterio. Valiente he dicho, y conviene insistir en este valor cívico de Maragall. ¡Ah, no! El no aduló jamás ni a su pueblo ni a su público, lo cual equivale a decir que no los traicionó. Esta íntima lealtad provenía también de su *ética* literaria, del respeto religioso por él concedido a la palabra y el pensamiento. Escri-

biendo en un periódico conservador, oráculo de las clases adineradas de Barcelona, se esforzó tanto como pudo en combatir el materialismo y la concupiscencia de los bienes terrenales. Hablando en medio de una metrópoli esencialmente industrial, no disimula su desdén hacia el progreso puramente exterior y mecánico, mientras no refluya sobre el alma del pueblo y sobre la nobleza de su vivir.

Ahí están esas notas autobiográficas escritas por Maragall a los veinticinco y a los cincuenta años, que el P. Miguel de Esplugas acaba de exhumar delicadamente. Ellas nos proporcionan la clave acerca de cómo entendía nuestro poeta el problema de la civilización y la felicidad: «Naturaleza, Arte, Amor, reducidos a superior unidad, es decir, la Belleza. He aquí mi ideal. Ella para mí lo es todo: lo demás (progreso, ciencia, ambición, civilización, etc.), es polvo, miseria... o tejer y destejer de seres de baja estirpe, con los cuales no quiero confundirme.» Y añade, párrafos después: «Lo que no es Belleza, Amor o Gloria ¿qué es para mí? Todo lo veo pequeño. En las ciencias físicas y naturales sólo encuentro de apreciable los resultados del empirismo elevados

a principio, que al menos consiguieron... ¿qué? Trasladarse en una hora a un punto que distaba seis o siete al paso natural; fabricar telas mejor o peor tejidas para abrigarnos; construir máquinas para multiplicar la producción de aquellas telas»... «Y ahora yo pregunto, — continúa, — ¿es más feliz el hombre por atravesar rápidamente tierras y mares, por ostentar vestidos más o menos perfectos, por saber pronto cosas y noticias que la mayor parte de las veces valdría más no saber nunca?» Pues esta confidencia escrita el año 86 y que se anticipa como diez años a otra del *Idearium* de Ganivet, expresada casi en los mismos términos, explica toda su actuación de publicista y la rige enteramente.

Trabajando al lado de Mañé, se nos aparece en unos aspectos como su discípulo, en otros como su contrapeso y aun como su oposición. La *Vida*, inédita hasta hoy, que Maragall dejó escrita, es un estudio acabado, magnífico y honradamente objetivo del gran periodista de Torredembarra. Mas, ¡cómo pueden leerse entre líneas las afinidades verdaderas y las discrepancias, no obstante el amor y la veneración entrañable que Maragall profesara siempre al férreo

varón de quien fué tan paternalmente preferido! Maragall estima en Mañé, por encima de todo, el *seny*, el buen sentido catalán, y la rectitud inflexible de voluntad y carácter; y le asombra todo eso en primer lugar porque se siente a sí mismo débil o propenso al desmayo. Admira la fuerza de su dialéctica, de su sarcasmo a veces, de su empuje viril y robusto en el combate; pero le duele encontrar en la formidable potencia periodística de Mañé el signo negativo de su raza, la fatalidad que hasta ahora ha truncado sus mejores empresas. Pésale a Maragall que los grandes éxitos del maestro recayesen sobre sus campañas de crítica, cuando combatía, pulverizaba y despedazaba programas, hombres o inconsecuencias de los hombres; mientras que cuando preconizaba principios o insinuaba afirmaciones y renovaciones salvadoras, cuando volvía de París con el alma ablandada por el dulce fuego de los Lacordaire y Montalembert, que venía a ser el fuego mismo de Balmes; cuando quería orearnos con las auras de Lovaina o Malinas, que crearon el moderno estado católico de Bélgica y lo hicieron resistente hasta ahora, en sí mismo y por fuerza de opinión, no por mera

presión coactiva, a todo linaje de impulsos revolucionarios,... entonces, la potencia, o el público, o el éxito no le acompañan en el mismo grado con que seguían, indefectiblemente, ardientemente, la parte negativa y agresiva de su talento.

No cabe decir cómo entendía Maragall el sentido conservador ni de qué manera lo expresaba. Preocupábanle más las raíces que las ramas; mucho más el orden interior y espiritual que el orden material o político, y tuvo que dolerse en más ocasiones del falso orden que de la libertad falsa. Sentido de conservación equivalía en todo caso para Maragall, no a una cosa muerta y estática, de simple defensa de lo existente, sino a un principio eminentemente activo. Y tal principio no era otro que su concepción sagrada o religiosa de la vida: la restauración social y la regeneración personal de todos los hombres en Jesucristo, radicalmente, profundamente, en espíritu y en verdad, como si acabase de brillar en el mundo la luz del Evangelio y de brotar el agua viva de las bienaventuranzas. Llamea esta luz en *El templo que nace*, dorando las cresterías inciertas y las torres crecientes, con un resplan-

dor de inmortalidad e ilumina como una caricia de lo alto, los muros, la bóveda entreabierta y las aras vacías de *L'iglesia cremada* en la devastación de la semana de julio. ¡Qué sublimidad de artículo, por el cual pasa un éxtasis de *orante* primitiva en el callado fervor de las Catacumbas, con toda la virtud regeneratriz del martirio y la purificación por el dolor, que acrisola y redime! Así son también las páginas con que solía glosar las *Pastorales* del eminente Obispo de Vich, aquella semblanza de *Un cura*, aquella *Justicia social* y los demás comentarios sobre fiestas de la Iglesia o de la familia: Navidad, San José, Resurrección, Corpus. Un calorcillo confortante, de caridad franciscana, los penetra y penetra en el lector a través de ellos, porque, como Maragall había repetido tantas veces, «la *esencia sentimental* del hombre es lo primero en el mundo psicológico». «Ni se crea — añade — que una cosa sea bien humana hasta que ha pasado a sentimiento, hasta que llega a *lo vivo inconsciente* de nuestras entrañas.»

Y si esto en el campo religioso y social, otro tanto en el patriótico. Acabo de releer sus trabajos periodísticos de 1898 y 99 y no puedo expre-

sar la profunda emoción que me han producido. Aquella angustia de los años fatales, aquella *Obsesión* de una época que se desmorona en lo pasado, aquella *Escuadra que va a Filipinas*, documentos y pintura admirables resultan ahora de un duelo o de una depresión nacional que irradiaba desde Madrid pero que se combinaba en Barcelona con presentimientos de *La patria nueva*, o hacía hablar a nuestro escritor de *El sentimiento catalanista*, o le imponía el análisis de *El trágico conflicto* que el autor llevaba en el alma, como el Estado español lo lleva en la historia, con la oposición nunca resuelta de razas, lenguas y temperamentos. Entonces inflamábase su estilo como de cierta calentura shakesperiana: «*Aquí hay algo vivo* — dice por aquellos días — *gobernado por algo muerto porque lo muerto pesa más que lo vivo y va arrastrándolo en su caída a la tumba.*» Y este caso terrible de parálisis lateral, de *hemiplejía*, inclínalo a volverse resueltamente hacia la parte que juzga viva y se entrega al instinto catalán como a un recurso providencial y de repuesto, de salvación propia si nadie nos sigue, pero, si España quiere, de salvación para España, a la cual saluda con aquel *Adeu!* que

es un grito dilacerante de despedida y como un desgarro de algo muy íntimo y doloroso que se le quiebra en el corazón.

Noble catalanismo el suyo que dió conciencia de sí misma tantas veces a una gran fuerza que a sí misma se ignoraba, que se creía contenida en más estrechas fronteras de las que la limitan en realidad; que acaso no sabía cómo los estados sentimentales y las «afinidades electivas» son más poderosos que las ideas, llegando el día en que saltan por encima de ellas y producen *L'alçament*, aquel alzamiento formidable, por nuestro poeta descrito y entregado a la posteridad como Andrés Chénier describiera y eternizara la emoción del Juego de Pelota. Nadie como él supo llegar a la raíz de estos sentimientos primarios de la solidaridad nacional o étnica, a las capas profundas en que duermen las inclinaciones del instinto hacia la patria efectiva, las cuales, cuando llegan los días tormentosos o de discordia, claman en nosotros como clama la maternidad verdadera en el juicio de Salomón. Nadie como él respiró en el aire y la luz del día de San Jorge, la esencia de esa patria, el perfume ardiente de «la fiesta de las rosas»: rosas blancas, rosas encarnadas,

como si hubieran absorbido la leche maternal y la sangre heroica de Cataluña. Su apego a la tierra nativa llega a tener algo de sensual; y por nuestros ásperos montes, su mano se complace una y otra vez en sacudir las matas de juncia o *ginesta* para que, como un «incensario violento», desprendan sus ráfagas de turbación y patriótico espasmo, ni más ni menos que el amante suelta y descompone, en su furia de amor, la cascada olorosa de unos cabellos de oro.

Y, sin embargo, este amor grande y más poderoso que la muerte, no supone exclusión, ni negación, ni odio de otras relaciones históricas. La misma fuerza, siempre positiva y afirmativa, de las pasiones de Maragall, llevábale al enlace, a la concordancia y a la armonía que, como ley suprema, imperaban en su regio espíritu. Después del *Adeu, Espanya!* venía *L'himne dels hispans*, así como después de *L'alçament* o de *El trágico conflicto* venía el *Visca Espanya* y antes habían venido las *Reyals jornades*, revelando y explicando la razón de una inconsecuencia aparente a los mismos que en ella cayeron por ignorancia del poder sentimental de ciertos prestigios, entre ellos el de la realeza, o por confianza excesiva en

la falsa lógica de las ideas y de las doctrinas *a priori*. Cuando él afirmaba su amor a Cataluña sobre todas las cosas, era porque sentía el imperio efectivo de este amor, benéfico y vital como todos los amores. Cuando hablaba del conflicto trágico que se debatía en su pecho, era sin fruición, con pesadumbre y tratándolo como una fatalidad histórica no deseada ni buscada, pero real, desgraciadamente; bien así como un coloquio de amantes nobles y escogidos que lamentan la oposición irreductible de sus caracteres, y, a medias palabras y con lágrimas contenidas, viendo inevitable el divorcio o la separación, buscan en el recuerdo de las horas de felicidad o en el de la prole inocente, algo que todavía pueda reconci liarlos y unirlos en una obra y para una esperanza común. Así resultó un gran catalán y se convirtió en un gran español al mismo tiempo, sin artificio ni doblez, señalando a unos y otros, en las lejanías de lo futuro, esa obra y esperanza común de un magno imperio posible en que se diesen las manos, sin estorbarse ni ahogarse, lo que él llamaba amorosamente todas las Españas.

Y ahora, lector, penetra en la lectura de este volumen y de los que seguirán. Acompaña a

Maragall a través de su obra, desde sus artículos de principiante, cuando obedece todavía las indicaciones de su director o la distribución cotidiana del trabajo de periódico, hasta que la superioridad e independencia de su talento se imponen y pueden volar sin trabas. Entre 1892, en que escribe sus primeros artículos modestamente bibliográficos, y 1911, en que se despide su pluma con las hermosuras de *La vuelta al Mar* o la página inquietante y estupenda de *Los vivos y los muertos*, puesto ya el oído del autor sobre el muro de sombra que nos separa del más allá, para anticiparse a las definitivas revelaciones; entre esas dos fechas, repito, se desarrolla una labor de publicista sostenida sin desmayo ni apresuramiento, más aprovechada que abundante y más valiosa todavía que fecunda. Es imposible seguirla paso a paso, en el periódico y fuera del periódico. Opúsculos de toda especie, prólogos alentadores para todo linaje de juventud literaria y toda procedencia doctrinal, necrologías para todos los ilustres desaparecidos de su tiempo, desde don Mariano Aguiló al Dr. Robert y a Verdaguer; mensajes, ofrendas y salutaciones, en que, literalmente a menudo, se convirtió en verbo

cabal de su patria, constituyen y llenarán esta colección, varia y una a la vez, siempre diversa y movida en los accidentes, pero siempre fiel al canon de belleza y bondad que la regía.

Recuérdese, como he dicho al principio, que él obró el milagro de vindicar a Cataluña, de ser un argumento vivo contra la impostura de sus detractores. Producto entrañable de este pueblo material y sin horizontes, se elevó hasta formar una de las cumbres o sumidades de la espiritualidad moderna. Nacido en plena burguesía filistea y sin ideal, como suelen suponerla las diatribas de los bohemios, se abrió como una flor de aristocratismo supremo. Venido en días de naturalismo y fiebre positivista, se lanzó desde el primer momento a la región de lo supraterreno y lo absoluto, de lo inmaterial y lo fantástico, en sus versos y en sus prosas, y más todavía en estas últimas que parecen conseguir la esfera superior y culminante de su vida moral.

Y, en cualquier dirección o actividad en que le supongamos: en la región del arte, en el campo de la predicación social, en el palenque de las luchas políticas, en el peligroso cercado del patriotismo, en donde quiera, su irradiación perso-

nal y el atractivo indefinible del carácter, que es allí donde reside el hombre en sí mismo y se unifican todos los atributos y potencias del alma, difundieron auras de salud y sombra refrigerante y gratísima. Maragall es el primer idealista de nuestra generación: el único que lo fué con optimismo y de una manera completa, sin caer en el culto del odio, ni en la idolatría de la tristeza, ni en la voluptuosidad de la desesperación. Sus *Elogios* constituyen un legado tan precioso y todavía más exento de liga utilitaria que los *Ensayos* de Emerson. En sus innumerables artítulos fulgura la leyenda áurea de las cosas más nobles de nuestra edad. Su exquisitez es todo lo contrario del «perversismo», porque es flor de pureza y ascensión. Su refinamiento no puede confundirse con la afectada preciosidad, atributo de las culturas envejecidas y escépticas. Sabe que la causa de Cataluña se llama Renacimiento, y, fiel a esta nominación, considera un crimen calumniarla con las inhábiles y postizas imitaciones de la Decadencia, cultivando las envenenadas flores del mal o remedando toscamente las abyectas elegancias de Petronio, en vez de presentarse como un Hércules juvenil,

radiante de gloria y cubierto con los despojos del león de Nemea.

Pensemos que Maragall vive y alienta todavía entre nosotros y que, al doblar la esquina, hemos de tener la grata sorpresa de su encuentro, con aquel continente digno y reposado, y aquella tez suya aristocráticamente morena y surcada de venas sutiles, el cabello negro y lustroso, la voz débil y quebrada, las alas de la nariz y la boca anhelantes de más amplia respiración. Pensemos que nos contempla y vigila. Los hombres como él son porciones vivas de la patria, son los instrumentos providenciales de su mejora y renuevo. Llevan en la mente una especie de patria potencial que más tarde o más temprano se resuelve en actuación; la historia opera por su intermedio y con ayuda de su mano bendita.

Claro que merecen monumentos, coronas murales, lápidas conmemorativas; pero la ofrenda más grata a sus númenes había de ser la que todo catalán patriota y amigo de lo bello le consagrara en la intimidad del corazón: la fidelidad a sus normas, la conformidad con su altísimo ejemplo, la incorporación de su espíritu vivificante a la letra muerta de los incumplidos debe-

res. Recordando una divina expresión evangélica, Maragall no entendió regenerar y bautizar solamente en agua, mas también *en fuego y en Espíritu Santo.* Seamos dignos de este grande hombre y ayudemos a que se levante y le siga un pueblo digno de él.

Abril de 1912.

Ozanam

I

«¿El centenario de Ozanam? — es posible que murmure algún lector escéptico. — ¡Bah! Un tema de sacristía...» Y yo contesto: «¡No! Un tema universal, sobre un valor humano y eterno; una evocación de cosas muy bellas, sumamente bellas, y que tardarán mucho tiempo en repetirse.» En la primera mitad del siglo pasado asombró al mundo esa hora suprema. Hubo entonces un momento de alta temperatura en los espíritus que coincidió con el romanticismo pero templando el romanticismo, que coincidió con la reacción de la conciencia religiosa pero ungiéndola y suavizándola con el sentimiento poético. Más de cien años habían pasado desde la muerte de Bossuet; casi otros tantos desde la de Fénelon; unos ochenta desde la de Massillon. El genio católico y aun el

meramente cristiano habían enmudecido en las letras y habían acabado de dar grandes escritores a la humanidad. El dominio de la nombradía pasó a manos de la irreligión; el siglo XVIII consumó su obra y los hombres famosos se llamaron Voltaire, Rousseau, Diderot, Condorcet.

Pero al comenzar la siguiente centuria, cuando la negación hubo agotado sus últimas consecuencias y la sociedad despavorida empezó a graduar espiritualmente la magnitud del cataclismo, antes no valorada más que por el estrago material; entonces, la nueva generación crecida en el horror de los días tremendos, engendrada entre espantos y ríos de sangre, entre el incendio y el patíbulo: en la cárcel, en la fuga, en la miseria, en la proscripción, tenía que cambiar de rumbo y de norte. Con sus lágrimas borró silenciosamente de las losas del templo el vestigio de las profanaciones y lavó las aras, envilecidas por la huella de las meretrices en las fiestas de la Razón. Ascendió otra vez hasta las bóvedas el humo de los holocaustos; la lámpara extinguida se reanimó, alimentada por el óleo virgen de las nuevas cosechas; y la púrpura del reciente martirio ornó de majestad a la Iglesia rediviva, purificada y sublimada

por la persecución. En treinta años se repuebla el santuario. El bronce, mudo durante tanto tiempo como no fuera para señalar la hora de los furores homicidas, vuelve a rasgar el aire con sus resonancias de eternidad. Selecta muchedumbre de seglares y jóvenes levitas responde a esa apelación y una nueva elocuencia inflama sus apologías. El viento de la inspiración ha cambiado; la gloria viene de otra parte; el genio cristiano vuelve a producir grandes talentos; recorren triunfalmente el mundo los nombres de De Maistre, Bonald, Chateaubriand, Lamennais, Lamartine; y aun en la misma Alemania la reacción espiritualista da un matiz francamente católico a muchos autores que de hecho no dejaron de ser protestantes.

Es la primera fase de ese momento del espíritu: la fase de la Restauración, el horror al vacío del alma y el retorno a lo sobrenatural, más todavía por propio impulso de las multitudes descarriadas que por obra catequística o por influencia del régimen. Pero dicha primera fase contenía ya latente la segunda; y esa hora inolvidable, a que me referí más arriba, es la hora de la Conciliación. La atmósfera vibraba del fervor de las concien-

cias. Todos buscaban, entre sombras y dudas, los caminos del bien borrados por la devastación reciente. Y los mismos que se movían fuera de la Iglesia o contra la Iglesia, fuera del cristianismo o contra el cristianismo, se afanaban por dar a sus elucubraciones aquel carácter seudomístico y revelacionista que así resplandece en las utopías sansimonianas como en las interpretaciones históricas de Michelet, que ponía en boca de los incrédulos el lenguaje y la nomenclatura de los libros sagrados para vestir la glacial desnudez del racionalismo y que con sus «dogmas», «credos», «Sinaíes» y «Tabores» convirtió la literatura y la polémica anticristiana de los alrededores del 48, en una parodia de revelación y en un tributo a la divinidad ausente y expulsada.

Pues bien: una alta empresa se ofreció entonces a los espíritus más escogidos a la vista de esa efusión, de esa fiebre, de ese caos de fuego que ardía en las entrañas del mundo: aprovechar el instante cordial para la nueva alianza del género humano. La hora es suprema, la ocasión única. Nadie puede contemplar impasible este sublime espectáculo; y, por no sé qué suerte de ironía providencial, la misión de reflejarlo poéticamente y

en forma imperecedera corresponderá al más desolado, al más incurable, al más misantrópico y sin esperanza de los hijos de aquel siglo y de aquella generación: Alfredo de Vigny. La misma pluma que se había deleitado cruelmente en la paráfrasis de todos los pánicos, cataclismos y expiaciones de la historia antigua, que había exaltado también todas las renuncias y aniquilaciones del pesimismo contemporáneo, desde *Eloa* a *Chatterton* y desde *El Diluvio* a *Los amantes de Montmorency*, será la destinada a magnificar esa hora inefable de la capital del mundo, entre 1830 y 1840, por medio de la «Elevación» o contemplación que tituló *París*.

Prends ma main, Voyageur, et montons sur la tour...

Y el inaccesible y acerbo poeta inicia al peregrino misterioso, desde su alta torre, en el panorama nocturno de esa Babilonia que llena todo el confín de la visualidad y no deja resquicio por donde vislumbrar la naturaleza. «¿No ves — dice — como una Fragua ardiente que deslumbra tu pupila?... Su luz tiñe de rojo los bordes de ese cielo, negro y profundo. Es una hoguera inmensa, bajo una bóveda obscura, larga y sin fondo. Allí,

en la alta noche, cuando las horas se desgranan sobre los tejados, claras y perceptibles, porque el hombre duerme su sueño; allí, unos espíritus velan, grandes obreros de una obra estupenda e inapreciable. De noche encienden su lámpara y la extinguen al amanecer; el pábilo humea entonces y descansa hasta la noche, en que vuelve a reanimarse, y siempre y sin cesar alimentan el fuego de esa Fragua de oro que contemplamos ahora y que, reflejándose bajo la cúpula del firmamento, extiende una celeste aureola en torno del planeta dormido. Cada uno de esos espíritus dolorosos inclina sobre su mesa de trabajo una frente pálida; y reza, escribe, llora, se desespera, o sonríe melancólicamente bañado por un rayo de esperanza; se abre las entrañas y se arranca los cabellos, o se sumerge en el enigma sin fin del cual sólo Dios tiene la llave y que la humanidad cada mil años, rechaza o busca con reiterada y furiosa inquietud...»

Hay quien invoca al Cristo para que renueve su coloquio con los hombres y les reconduzca por las sendas de lo divino a los inextinguibles resplandores de la Jerusalem futura; y quien invoca a la Libertad para que deje de ser un fantasma

y descubra las vías cerradas de su paraíso terrestre. Y, mientras tanto, la Fragua inmensa y devoradora pone en fusión toda suerte de materiales: oro y escoria, altos pensamientos y monstruosos delirios, restos del pasado y utopías del porvenir. Y todo se enciende, cruje, alumbra y crepita; todo se retuerce, se derrite, estalla y chispea a la vez, como en el cráter del volcán de donde fluye un río de lava, inflamado y magnífico:

Œuvre, ouvriers, tout brûle: au feu tout se féconde:
Salamandres par tout!—Enfer! Eden du monde!
Paris! principe et fin! Paris! ombre et flambeau!
—Je ne sais si c'est mal, tout cela; mais c'est beau!
Mais c'est grand! mais on sent jusqu'au fond de son âme
Qu'un monde tout nouveau se forge à cette flamme...

y bajo los techos de las buhardillas y de los gabinetes de estudio, bajo la bóveda celeste poblada de impasibles y vigilantes constelaciones, el Dolor humano se abraza a la Inspiración, con el abrazo frenético que prepara los gloriosos o los trágicos alumbramientos.

Uno de esos espíritus insomnes, que encienden su lámpara en medio de la tiniebla nocturna, que

auscultan el silencio revelador a través de los muros y de las techumbres, es Federico Ozanam. Su frente pálida se inclina también sobre la mesa de trabajo; su vista débil se hunde en las páginas del libro o sigue la escritura minúscula y cuidada que deja en el papel las huellas de su emoción y la esencia de su pensamiento. Ha oído la voz de su siglo, ha tomado su sitio en la obra y se ha sumado a la generosa cruzada de la Conciliación no obstante el extravío del maestro. ¿Qué importa la caída de Lamennais, si el impulso es más fuerte que el propio impulsor? ¿Qué importa que las *Palabras de un creyente*, borrando la unción inefable del primer *Ensayo sobre la indiferencia*, retrocedan hasta el siglo XVIII y presten el lenguaje del siglo XIX a la *Profesión de fe de un vicario saboyano?* Esa gran desgracia no será para Ozanam y su grupo más que una lección, como lo será para su modestia profunda el endiosamiento y embriaguez de orgullo en que se desvanece Chateaubriand, como lo será también para su fe sincera e inquebrantable y para su continencia de escritor, la vaguedad sentimental o puramente estética en que degenera y se diluye a lo último la primitiva inspiración religiosa de Lamartine.

Claudicaciones, peligros, deserciones o flaquezas de los aliados no consiguen sino depurar en el crisol de la constancia esos corazones de oro que perseveran en la obra, y se responden de país a país, y encuentran un vehículo común en la simpatía más que en la identidad doctrinal y en la madurez de los tiempos más que en el vigor y la lógica de los programas. Daniel O'Connell acaba de estremecer la tierra con un eco de los profetas antiguos, vindicando el derecho a la creencia para una nación esclavizada. Los espíritus elevados o vuelven al refugio de la fe o deploran como el más grande de los infortunios el haber nacido demasiado tarde para ella. También esperan su redención esas muchedumbres escépticas pero que sienten todo el horror del escepticismo y de la nada; y de otra parte no todo lo que ha aportado el tiempo desde Bossuet, no todo lo que determinó la Revolución y selló el juramento del Juego de Pelota puede quedar excluído de una alianza o a merced de la fuerza y del que resulte vencedor en definitiva. La humanidad se ha partido en dos mitades después del último diluvio; las aguas descienden poco a poco; el cielo se entreabre, las nubes se descorren y entre los

dos campamentos hostiles brilla, por unos años el arco luminoso, símbolo de paz, que también en España apareció en su día señalado por la mano de Balmes.

II

La gloria, como los grandes pensamientos — ha dicho uno de los más significados representantes de ese grupo — no viene del talento sino del corazón. Y he aquí una verdad que no debe perderse de vista si se quiere comprender la genuina grandeza y significación de aquella pléyade de espíritus. El momento de la Conciliación se caracteriza, según ya indiqué, no tanto por principios doctrinales como por un ímpetu del alma, rebelde a toda suerte de definiciones. No con definiciones, sino con nombres rodeados hoy de vago prestigio, vibrantes de misteriosa resonancia sentimental, hay que evocar esos días de oro. Si decimos: Lacordaire, Montalembert, Ozanam, Montsabré, decimos lo que en vano se pediría a un análisis filosófico o un recuento intelectual. Su obra es inseparable de su carácter. No puede tomarse

aisladamente ni ser apreciada por sus simples proporciones objetivas; es preciso considerarla en todo momento como una emanación de más alto origen que la nuda inteligencia abstracta y como un triunfo de lo cordial sobre lo puramente lógico.

La obra escrita y la actuación social de tales hombres se resume en una sola palabra: misericordia. Venían inmediatamente después de un período de horrores inauditos, en que el odio se había enseñoreado del mundo. Y ellos se propusieron restaurar la ley del amor y brillaron, efectivamente, como el arco simbólico que se extiende en un claro del cielo, entre dos tempestades, mientras el sol empieza a sonreír pero lloran todavía las nubes. Hubo en ellos, en su dulzura, en su generosidad, en la continencia de su lenguaje, como un desquite de las pasadas truculencias, como una doble reacción contra la ferocidad vandeana y contra la ferocidad jacobina. Aplicaron a la sociedad de su tiempo sus manos bienhechoras y delicadas, como quien lava, y esparce el bálsamo, y coloca amorosamente la venda sobre un cuerpo acribillado y dolorido, aun a riesgo de que en esta tarea les alcanzasen las balas perdidas de una y otra hueste. De su estilo, de sus apolo-

gías, de sus predicaciones excluyeron sistemáticamente la iracundia y la recriminación; de su sistema proscribieron hasta el nombre de represalias. Sus estímulos fueron siempre positivos. «Hay tanto que hacer en esta dirección y nuestra vida es tan corta — venían a decir — que no tenemos tiempo para indignarnos.»

He vuelto a leer ahora casi toda la producción de Ozanam y esta ausencia de recriminaciones e iracundia me ha conmovido, después de dejarme extrañado, como algo increíble en medio de la tónica dominante en la mentalidad contemporánea. Ozanam es el más literariamente cultivado de esa familia de grandes y bienhechores espíritus. Su corta vida estuvo consagrada al profesorado: explicó derecho comercial en Lyon y pasó poco después a la Universidad de París, ocupando la cátedra de literatura extranjera. Su obra quedó truncada a poco menos de la mitad, comparándola algunos a esos edificios que van subiendo lentamente y que la muerte imprevista del constructor deja para siempre abandonados, con sus bóvedas a medio cubrir, con su andamio a la vista hasta que lo consumen el sol y los aguaceros. La parte más considerable de esta pro-

ducción está representada por los *Estudios germánicos*, los *Poetas franciscanos de Italia*, *Dante o la filosofía católica en la edad media* y el curso explicado en la Sorbona y reunido después bajo el título de *La civilización en el siglo V*, introducción a una historia de la civilización en los tiempos bárbaros que constituía el sueño de su autor y que reservaba para su trabajo de plena madurez.

He aquí cómo explicaba tal proyecto, a principios de 1848, en carta a uno de sus más respetados amigos: «Los dos ensayos sobre Dante y sobre los germanos son para mí como los dos jalones extremos de un trabajo al cual he dedicado ya una porción de mis lecciones públicas, y que quisiera reanudar para completarlo. De ello resultaría la historia de los tiempos bárbaros, la historia de las letras, y, por consiguiente, de la civilización desde la decadencia latina y los primeros vagidos del genio cristiano hasta el final del siglo XIII. Este sería el tema de mis explicaciones durante diez años, si tanto era preciso y si Dios me prestaba vida para ello; mis lecciones serían copiadas estenográficamente y formarían la primera redacción del volumen que publicaría refundiéndolas, al final de cada curso. Semejante

manera de trabajar daría a mis escritos un poco de *aquel calor que encuentro alguna vez en la cátedra y que con demasiada frecuencia me abandona en el gabinete...*» Y subrayo de propósito estas líneas porque ellas contienen un rasgo en extremo característico, casi esencial, así de esa figura como de todo su grupo.

El don de la elocuencia era común a toda esa falange de talentos. Mas nunca se confundió con la retórica y, aunque pulida por las aulas y las humanidades, no provenía de ellas. Tal elocuencia era hija de la emoción o transporte de espíritu: eran elocuentes porque vivían emocionados, porque su boca hablaba de la abundancia del corazón. Y el calor de sus palabras no hacía más que conservar el de sus afectos, de la misma manera que el escepticismo es irónico y glacial por todo lo contrario. Ozanam descollaba especialmente en dicha excelencia; y es difícil de explicar a quienes lo desconocen el carácter verdadero de sus facultades de expresión, sobre todo en España, donde reina en este punto un gran extravío y barullo de ideas. Digamos, pues, paradójicamente, que esa elocuencia nada tiene que ver con la *oratoria*; que no es un desfile de vanos adornos, ni

de tropos floridos, ni de adjetivos inútiles y vestidos de gala como lacayos de los substantivos, ni de las mil redundancias y vegetaciones barrocas que han usurpado aquí, por mucho tiempo, el nombre de elocuencia, acabando por desacreditarla radicalmente en todos sus aspectos buenos y malos, legítimos e ilegítimos.

La palabra de Ozanam, que levantaba en vilo a sus oyentes de la cátedra, que mantenía anhelantes los cuerpos y las inteligencias, era clara, precisa, extremadamente literaria, llena de primores y matices que en vano se piden a la pluma alguna vez, y lúcida y calurosa, con un calor penetrante, que se transfunde aun a sus lectores. He aquí alguna muestra tomada al azar de esas primeras lecciones introductorias en que explica el objeto de su curso sobre *La civilización en el siglo V*: «...Desde entonces, veinte años han transcurrido. A medida que fuí creciendo, la fe se me hizo más cara; conocí todo lo que ella podía en los grandes dolores y peligros públicos; y compadecí profundamente a cuantos no la conocieron... Mi vida prosigue su camino, y es necesario aprovechar lo poco que me queda de estos destellos de la juventud. Es tiempo de escribir y de cum-

plir a Dios mis promesas de los diez y ocho años. Hombre laico, no tengo misión conferida para tratar las altas cuestiones teológicas y Dios, por otra parte, que gusta de hacerse servir por hombres elocuentes los encuentra en abundancia en nuestros días para justificar sus dogmas augustos. Pero mientras los católicos se circunscriben a la defensa de la doctrina, los incrédulos se amparan de la historia. Ponen mano sobre la Edad media, juzgan a la Iglesia ahora con hostilidad, ahora con los respetos debidos a una gran ruina, a menudo con una ligereza que no aplicarían a temas profanos. Urge reconquistar este dominio completamente nuestro, ya que lo encontramos desbrozado y acotado por obra de nuestros monjes, de nuestros benedictinos, de nuestros bolandistas. Estos varones piadosos no creyeron malgastar su vida palideciendo sobre los diplomas y las antiguas leyendas...»

Y después, tratando del origen inmediato de su proyecto, de aquella causa ocasional que determina a menudo, si no la vocación, la realización de nuestro destino, se expresa de esta manera: «El historiador Gibbon había visitado a Roma en su juventud: un día en que, turbado de recuerdos,

vagaba por el Capitolio, oyó súbitamente cantos de iglesia y vió salir por la puerta de la basílica de Ara Cœli una larga procesión de franciscanos que con sus sandalias hollaban el pavimento por donde habían pasado tantos triunfos. Fué entonces cuando la indignación lo dejó inspirado: formó el propósito de vengar a la antigüedad, ultrajada por la barbarie cistiana, y concibió la *Historia de la decadencia del Imperio romano*. También, también yo vi un día a los religiosos de Ara Cœli pisar las viejas losas consagradas a Júpiter Capitolino; pero me regocijé íntimamente como de una victoria del amor sobre la fuerza y resolví escribir la historia del progreso en esta época en la cual el filósofo inglés no descubrió más que la decadencia: la historia de la civilización en los tiempos bárbaros, la historia del pensamiento escapando al naufragio del emporio de las letras y atravesando por último esas oleadas de las invasiones, como los hebreos pasaron el Mar Rojo y bajo la misma guía, *forti tegente brachio*. Nada conozco de más sobrenatural, ni que mejor pruebe la divinidad del cristianismo, que el haber salvado el espíritu humano».

III

Tal fué el móvil y la ocasión determinante de la carrera histórica de Ozanam. Reconoció que en el fondo de la naturaleza humana existe un poso de paganismo indestructible, dispuesto a reavivarse cada centuria y a volver con entusiasmo a las filosofías paganas, a las leyes paganas, a las artes paganas. Confesaba que la tesis de Gibbon era en su tiempo la de la mitad de Alemania y la de todas las escuelas sensualistas que acusan al cristianismo de haber ahogado el desarrollo legítimo de la humanidad, macerando y oprimiendo la carne y destruyendo aquel mundo encantado bajo el cual Grecia divinizó la fuerza, la salud, la hermosura y el placer, para substituirlo con un mundo triste, en que la pobreza, la humildad y la castidad velan al pie de una cruz. Y al resumir esta oposición y extraer sus rasgos de todas las doctrinas y escuelas filosóficas de su tiempo, parecía entrever o presentir la aparición de Nietzsche, que vino poco después a condensarlas y a romper la tabla de los valores evangélicos, de

suerte que la virtud cristiana por excelencia, la resignación, pasase a ocupar el último puesto y a representar el substractum de la inmoralidad y la vileza.

Pero si reconocía y deploraba todo esto, no ocultó los peligros que el exceso de admiración consagrada entonces a la Edad media traía consigo. Apologías históricas indiscretas, fervores románticos no documentados, acabarían por comprometer la causa misma cuya defensa habían asumido y por conseguir que el cristianismo pareciera responsable de todos los desórdenes y violencias de una época durante la cual se le presentaba como dueño de los espíritus. Es necesario — decía Ozanam — saber ponderar la majestad de las catedrales y el heroísmo de las cruzadas, sin absolver los horrores de una guerra eterna, la dureza de las instituciones feudales y el escándalo de tantos reyes en pugna con el principio cristiano para sacar a flote sus usurpaciones, sus divorcios y sus simonías. Y de esta manera abordaba su estudio, «con horror por la barbarie, y con respeto por todo lo que había de legítimo y puro en la herencia de la civilización antigua». Es necesario ver el mal, añadía, y verlo tal como

fué realmente, es decir, formidable; y ello, para conocer mejor los servicios de la creencia cristiana cuya gloria, en estos siglos mal estudiados todavía, no fué la de haber reinado sino la de haber combatido.

Así emprendió sus cursos de la Sorbona destinados a producir una historia de las letras durante la primera Edad media, desde el siglo v hasta el XIII. En esta historia de las letras buscaba sobre todo la de la civilización, y en la civilización la presencia del progreso conducido por el cristianismo, en su doble función de moralizar la corrompida sociedad romana y de civilizar la barbarie de los invasores del Imperio. Seguramente el tiempo en que trabajó no era el más a propósito para reverdecer las doctrinas del progreso. ¿Cómo rehabilitar — se preguntaba a menudo — una tesis envejecida, que tuvo antes de la Revolución el inconveniente de todos los lugares comunes y que ofrece en la actualidad el peligro de las paradojas? El dogma de la perfectibilidad humana no podía encontrar más que disfavor en medio de una sociedad desesperada; pero también esta desesperanza tiene grandes peligros. Puede convenir alguna vez humillar a

los hombres, pero jamás desilusionarlos radicalmente. Como decía Platón, no conviene que el espíritu pierda sus alas y que, renunciando a la altura o perfección que se le declara imposible, venga a caer en fáciles y degradantes placeres. Y, por último, debe recordarse que existen dos doctrinas del progreso.

Cedamos, en este punto, la palabra a Ozanam: «La primera de estas doctrinas del progreso, nutrida en las escuelas sensualistas, rehabilita las pasiones: ella promete a los pueblos el paraíso terrenal al término de un camino abierto entre flores, cuando en realidad no le prepara más que un infierno terrenal al término de un camino de sangre. La segunda, nacida de una inspiración cristiana, reconoce el progreso en las victorias del espíritu sobre la carne; ella nada ofrece más que a precio del combate, y esta creencia, que traslada la lucha al interior del hombre, es la única que puede conceder la paz a las naciones.» De esta última doctrina, la del progreso por el cristianismo, quiso convertirse en expositor e intérprete, llevando al campo de la historia la misma alianza que su grupo trató de inculcar en lo presente, en las realidades de la política y de

la acción social, o trayendo de allí, mejor dicho, el ejemplo y la justificación de su generosa tentativa.

Desde este momento defendió y vindicó elocuentemente su doctrina del progreso, adelantándose a las dificultades que se le oponen como doctrina de orgullo, ya que supone a cada generación mejor que la precedente, e inspira por lo mismo el desprecio de lo pasado y la irreverencia para con sus tradiciones. Impugnó también la acusación de fatalista aplicada al propio concepto, ya que dicen los sostenedores de este cargo que basta que un siglo sea el último para ser el más grande; y como hay siglos en que se obscurecen la virtud y el genio, el progreso se reduciría entonces a la continuidad del trabajo, que no se interrumpe nunca, es decir, al simple acrecentamiento de los bienes materiales. Ozanam creyó desvanecer estas dificultades o contradicciones distinguiendo entre el hombre y la humanidad. Dios — discurría — no ha creado la humanidad sin un designio eterno, y este designio eterno, sostenido por una potencia infinita, no puede quedar sin realización. La voluntad que mueve acordadamente los astros regula también el curso

de las civilizaciones. Así la humanidad cumple un destino necesario, y no obstante se compone de personas libres; y esta parte que en el curso de la civilización corresponde por entero a la libertad humana, es también la parte sujeta al error y a la retrogradación.

Hay días de calentura, años de extravío, siglos que no avanzan, siglos que vuelven atrás. «Nadie afirmará — dice textualmente — que las detestables esculturas que deshonran el arco de Constantino superen a las metopas del Partenón, ni que la Francia de Carlos VI fuese más poderosa que la de Felipe Augusto y de San Luis. Y, por mi parte, voy más lejos y, a mis ojos, el siglo XIV con la guerra de los Cien Años, el XVI con la anarquía en las conciencias y el absolutismo en los tronos, el XVIII con el libertinaje de los espíritus y de las costumbres, son otros tantos extravíos u ofuscaciones de la sociedad moderna, así como veo los signos de su retorno en el admirable aliento de 1789, que fué desviado sin duda de su camino, pero que reconducía los pueblos a las verdaderas tradiciones del derecho público cristiano.» Y, en efecto, buscaríase en vano en las tres centurias precedentes un momento de efusión casi reli-

giosa como ese de 1789 que unificaba al clero con el estado llano en un mismo clamor de misericordia para con los humildes o que producía el desbordamiento de generosidad que inmortalizó la sesión del 4 de agosto, llegada demasiado tarde para que pudiese detener el cataclismo...

No acabaríamos nunca si tuviéramos que seguir paso a paso la obra y la vida del pensador a quien acaba de honrar la posteridad con los honores debidos a su modestia, a su desbordante simpatía y a su mismo fracaso temporal. Los diccionarios biográficos y las enciclopedias no dejan de aludir a ese fracaso de la conciliación, en todos sus aspectos. Fracasó en Francia con Montalembert, con Lacordaire, con el mismo Ozanam; fracasó en España con Balmes, con el marqués de Viluma, con Quadrado. «Tuvieron razón antes de tiempo», dice uno de sus panegiristas. El éxito no coronó su empresa y sólo al buen éxito se rinden los espíritus triviales. Por esto se habla poco de aquellos varones. Su obra no cuajó; no pudieron construir el edificio político que soñaron; apenas dejaron otra estela que la sociedad de San Vicente de Paúl y el rastro de mirra de su caridad ardiente, su anhelo del bien,

su pureza y elevación de intenciones. Pasaron por el mundo con esta divisa: «que nadie pueda reprocharnos ni una lágrima ni una gota de sangre». Enfervorizaron a los tibios y atrajeron la atención de los escépticos. El espectáculo de su vida fué, en sí mismo y por sí mismo, una cosa bella. Y ¿se podrá llamar fracaso el de un ideal que produjo tales caracteres y elevó la existencia humana a tanta nobleza y perfección?

Mayo de 1913.

Rubén Darío

He visto al poeta, estos días, en medio de la afectuosa solicitud de los agasajos; y, antes que cambiar con él unas cuantas frases anodinas o asediarle con oficiosas insistencias, he preferido observarle en silencio. Su figura invita a la contemplación. Sentado, de pie, andando, no pierde jamás la severidad, mejor diría la majestad hierática con que nos inquieta y subyuga desde el primer instante. En el estrado presidencial del Ateneo, en el banquete de la Casa de América, durante la visita al Instituto de Estudios Catalanes, todas las miradas convergen en torno suyo. Alto de talla, fornido de musculatura, su espalda y cerviz se inclinan como si sostuviera sobre ellas el peso de un mundo invisible. Su frente abombada, la inmóvil y dura contracción del entrecejo, sin parpadeos ni elasticidad, ora recuerdan la expresión ancestral de un ídolo azteca, ora

la faz de Beethoven, pasmada en violencia sublime.

Y, en realidad, este nieto de Sísifo trae también a cuestas un mundo de pensamientos y representaciones, acaso el mundo poético más vasto que sea posible explorar en nuestros días, no ya en los dominios de lengua castellana, sino en todo el orbe civilizado. A Rubén Darío no puede contemplársele ni estudiársele con la fría reserva o la admiración contenida que guardamos para el talento usual: para lo agradable, lo discreto y aun lo sobresaliente. Se impone a nosotros y se apodera de nuestra atención con el irresistible señorío de las cosas extraordinarias. Hay hombres y facultades de hombres que producen un efecto puramente normal y humano; mientras otros, por su extensión o por su caudalosa e inextinguible abundancia, pertenecen al orden fenomenal, como los grandes espectáculos y energías de la naturaleza: hombres-ríos, hombres-Niágara que desatan su corriente imperial y la pasean en triunfo a través de selvas olorosas y vírgenes, por entre gargantas y desfiladeros ingentes, o la precipitan en cascadas de música y de iris a los valles hondos, que trepidan de estupor.

¿No es esta, por ejemplo, la belleza magnífica, el tumulto de río sagrado y nacional con que rueda, hace ocho lustros, la producción de Menéndez y Pelayo? Su formidable potencia de trabajo, su próvida fecundidad, ya son, por sí mismas, espectáculos grandiosos y bellos que deberían constituir el asombro de la nación, si en España la hubiera para estas cosas. Por desgracia, es dado a muy pocos el arte de «saber ser contemporáneos» de una maravilla de este linaje, y reconocerla y apreciarla en toda su magnitud como si ya perteneciese a las perspectivas de la historia... Pues lo que Menéndez Pelayo representa, del lado de la historia o de la reconstitución del genio hispano a través de los siglos, en extensión y amplitud, esto mismo representa Rubén Darío en la vertiente poética y actual. Si hubiese aparecido en un país o raza de las que forman el primer plano de la civilización, si su instrumento lingüístico fuese uno de los tres o cuatro que comparten ahora los dominios de la verdadera internacionalidad, destacaría a los ojos del mundo todo, como una cumbre del espíritu moderno.

Porque yo comprendo que no satisfagan a algunos su audacia de innovación, esta o la otra

forma de su temperamento o idiosincrasia estética. Me explico que los ortodoxos de la ortodoxia literaria o gramatical se exasperen una que otra vez ante lo insólito de sus atrevimientos, aquí donde seguir la senda trillada ha solido ser la primera condición de triunfo. Lo que no concibo es que alguien pueda quedar indiferente a las proporciones asombrosas de su personalidad y ante lo bravío de su esfuerzo de asimilación e incorporación de toda suerte de tesoros artísticos en el común acervo de la lengua castellana. Su reino poético no tiene fronteras; su inspiración no reconoce especialidades ni sufre limitaciones. Desciende de lo colosal a lo grandioso, y de lo grandioso a lo lindo, y de lo lindo a lo incorpóreo y tenue. Corre desde el cuadro mural o la escultura ciclópea en la roca viva de las cordilleras, hasta el esmalte imperceptible, hasta la miniatura sutil y el encaje vaporoso, como humo tejido.

La musicalidad de sus rimas es un alarde de extensión, de plenitud, de matiz. Ahora resuenan con las sonoridades y trompeterías de un órgano multitubular y brillantísimo, ahora como el desmayado gotear de una fuente, a la luz de la luna;

unas veces revisten el esplendor sinfónico de Wagner hecho verso y resonancia verbal, como se adelgazan luego hasta la nota aterciopelada de un cascabel de oro, de una flauta cristalina y flébil en la soledad del campo, de la noche. Rubén Darío ha pasado por la lírica castellana con el vigor fecundante de dos períodos literarios, de dos generaciones completas. El solo ha valido por una pléyade de ingenios; él solo y de una vez ha hecho vivir a su idioma esas dos fases que no había conocido antes: parnasianismo e impresionismo simbolista, iniciando a un tiempo la evolución y la reacción consiguiente, y otra vez la reacción contra la reacción, en forma de humanismo neo-clásico, o neo-pagano, o neo-panteístico, porque tratándose de sus ambiciones poéticas no hay locución bastante comprensiva, holgada y capaz. Sin molestia para nadie puede afirmarse que el actual florecimiento lírico de Castilla lo traía en potencia Darío, y está, de una manera virtual y completa, contenido en sus obras. De él derivan todas las variedades y todos los tonos, de que ofreció por anticipado la gama entera.

De ese muslo de Brahma ha surgido toda la generación de los dioses menores, de ese maestro

toda la complexidad de la escuela: los primitivistas e ingenuos de la leyenda medieval; los arcaístas engolfados en la reconstitución de formas viejas y en el resucitar de primitivos decires nacionales; los que han modernizado la *cuaderna vía* de Berceo, las serranas de Santillana y del Arcipreste, los rondeles y discreteos de los poetas de corte; los que hacen revivir a su conjuro la población ideal de paladines, conquistadores, adelantados, misioneros, tahures y ascetas; los que han hecho posibles en castellano las vaguedades infinitas y morbosas del decadentismo, las romanzas sin palabras de Verlaine, el troquel rico y suntuoso de Heredia o la blanca dureza marmórea de Carducci, de d'Annunzio.

Todo eso no había pasado por el idioma castellano y todo lo trajo de una vez y con un formidable empujón ese hombre de América, que parece abrumado bajo el peso de la misma carga de Atlante. La extensión inusitada de su continente poético y la no menos inusitada flexibilidad de su técnica o ejecución, que van de lo titánico a lo impalpable y del bronce a la cera y al éter, trae a la memoria un nombre, ahora vitando y que no puede pronunciarse, en medio de la pre-

vención de los nuevos cenáculos, más que con toda suerte de precauciones y disculpas: Víctor Hugo. Y aquí se habla de Víctor Hugo, como de una medida, de una cantidad, de un caso análogo en extensión y facilidad proteiforme. *La légende des siècles,* para no citar más que este ejemplo representativo, contiene virtualmente y expresasamente, todas las modalidades poéticas de la Francia y aun de la Europa del siglo pasado, todas las del mundo antiguo. Pero Víctor Hugo fué romántico! Sin duda: fué, además de otras muchas cosas, el romántico militante de los estrenos de *Hernani* y *Le Roi s'amuse;* el oráculo, el definidor y el vidente de los días volcánicos y convulsivos. Fué el fetiche de su cenáculo y de toda una generación, de toda una sociedad y una época, y su memoria ha padecido bajo ese vejamen colosal.

Los hugólatras no son ya temibles porque apenas los hay; pero... volverá a haberlos y las represalias dejarán tamañitas a las de los *homeromatrix* de ahora. Cuando el mundo, merced al desdén afectado de las reacciones literarias, le haya olvidado completamente; cuando le descubra de nuevo con la sorpresa de hallar una ciudad

de prodigio sepultada bajo el desdén general, la rehabilitación tendrá que ser clamorosa, frenética, sobre todo en sentido de asombro por esa ubicuidad y don de omnipresencia del poeta, cuyo principal enemigo fué el exceso de facultades, de vibraciones y de cuerdas en su lira. ¡Cómo no había de enfurecer alguna vez a los éforos de España, recordados también a propósito de Darío! Acaso sea más provechoso para la gloria individual, intensificarse y reducirse a dos o tres obras; poner toda la vida en unas cuantas flores, en una sola flor. Pero, ¿no es un espectáculo asombroso el de la potencia humana por sí misma, el de esas fuerzas como Víctor Hugo, como Rubén Darío que no dejan árboles sino selvas intrincadas, que no crían una flor solitaria y excelsa, sino que plantan por doquier florestas, vergeles, laberintos de fronda perfumados y resonantes de ruiseñores, pues dentro de ellos y contenidos por ellos cantan dos o tres generaciones de poetas y suspiran dos o tres generaciones de amantes y contemplativos?

Mayo de 1912.

Menéndez y Pelayo

I

La orfandad de España

¡Extraña impresión! Diríase que, con la muerte de Menéndez y Pelayo, se han invertido los términos del dolor patriótico y que España debe llorar su propia orfandad antes que la pérdida del más preclaro y eminente de sus hijos. Porque él solo infundía más confianza que una legión de talentos; él fué, durante treinta años, el custodio y el paladín de la cultura española, el archivo y como la conciencia suprema de la nacionalidad, en el tiempo y en el espacio, a través de todos los siglos y extendida a todos los territorios y latitudes que cayeron un día bajo el cetro de sus reyes o recibieron la herencia ideal de las razas e idiomas peninsulares. Y esta impresión

de desamparo, se acentúa todavía más por comparación con el momento en que sobreviene y con los peligros que amenazan la substancia íntima de dicha cultura, combatida ahora por mil vientos de disolución o de barbarie.

Con Menéndez y Pelayo se ha extinguido, sin duda, uno de los más espléndidos luminares de la humanidad. Y yo no sé si es la acción enervante del hábito o el estupor que producen, mientras duran, esos espectáculos increíbles; no sé si atribuirlo a innata ceguera o a fugaz y doloroso deslumbramiento, por sobra de intensidad en la llama que brilló hasta hace poco; pero es lo cierto que España no se ha dado cuenta todavía de la magnitud y rareza del fenómeno que presenciaba. Hablando no ha mucho de un gran poeta, recordé, por vía de digresión, el caso de Menéndez y Pelayo como tipo de esos hombres-fuerzas que parecen asumir el vigor y la potencia de tres o cuatro generaciones juntas y que no valen por un árbol sino por toda una selva intrincada y bravía. Su trabajo no se regula por la ley común del humano esfuerzo; su capacidad no está sujeta a límite racional; su producción escapa a todo cálculo del tiempo invertido en ella. Rinden en

una noche lo que otros en una vida; y, mientras el obscuro peón labra y pule dolorosamente su modesto sillar, esos magos inexplicables levantan, en el mundo de la idea, templos, palacios, ciudades magníficas y estupendas, que parecen requerir el concurso de innumerables cuadrillas de trabajadores y la preparación infusa de varias existencias vividas con anterioridad a la presente.

Acontece que un talento aprovechado y útil, y hasta un hombre de mérito superior, repasan su obra y se consideran satisfechos de ella, juzgando que no perdieron el tiempo ni fueron estériles para la sociedad; mas vuelven los ojos a una de esas apariciones peregrinas y milenarias, como el polígrafo de Santander, y, entonces, todo el castillo de la vanidad se les viene encima con estrepitosa irrisión. ¿Qué suponen ni valen sus obrillas endebles, sus triunfos provincianos, sus coronas de papel, al lado de esa gloria recia e inconmovible, de esa construcción duradera y vasta, de ese alcázar imponente y majestuoso que ha de desafiar los años y sobre la cual destella un inconfundible resplandor de inmortalidad?

Porque ya es tiempo de recapacitar lo que significó Menéndez en el sentido de potencia mental

y en el sentido de realización lograda, como extensión y como contenido. La grandeza de su espíritu, que pudo parecer amenazada un momento de estrechez y limitación, se ensanchó cada día para abarcar, como nadie lo había conseguido, la enciclopedia literaria y filosófica de los tiempos modernos y la herencia total del pasado, en su nación y fuera de ella. El mundo pagano y el mundo cristiano, la antigüedad y la Edad media, el Renacimiento y la Reforma, la Enciclopedia y el Romanticismo, todas las figuraciones y épocas del espíritu humano, entraron y convivieron en el suyo, no amotinadas y rebeldes, como en un caos de anarquía escéptica, sino enfrenadas y sujetas a la ley de orden, de disciplina y de indefectible y constante criterio. ¿Dónde buscar en todo el siglo XIX una más vasta y luminosa representación de la herencia espiritual del hombre a través de la historia en los treinta siglos de su actividad conocida? ¿Qué espejo pudo reflejarla más ampliamente entre todos sus contemporáneos, para los cuales fué Menéndez como una vuelta a los grandes humanistas del siglo XVI o a los formidables compiladores del XIII, que consignaron el tesoro ideal de su época y salvaron

los restos y astillas dispersas del mundo antiguo, en el primer alborear de la noche bárbara?

Si un total naufragio de la cultura en nuestro planeta hubiese venido a borrar hasta el más leve testimonio de esos treinta siglos de civilización y no hubiese quedado otro sobreviviente que el portentoso montañés, de su arca hubieran salido también, como de la del monte Ararat, para repoblar el orbe desierto, las especies y simientes desaparecidas en la universal devastación. Su personalidad ha sido sin disputa una de las más completas, de las más sólidas y de las más ricas que ha producido la Edad moderna. De Menéndez, cuando estaba en sus comienzos, pudo decir Leopoldo Alas, con la timidez propia de las anticipaciones: «la erudición y la crítica toman en él *esplendores de genio*». Este atisbo hace honor a *Clarín*. Sí; Menéndez tuvo no poco de «genio», en el sentido de la antigua nomenclatura, esto es, en oposición a talento, a orden, a método, a regularidad discursiva y lógica.

Y no porque le faltaran estas condiciones o porque no se las procurase con estudio, sino porque era genio en sí mismo; y lo otro, aun conseguido en grado eminente, no hizo más que

acrecentar su brillantez y su potencia. Realmente hay algo de paradójico en que un *genio* se manifieste por medio de la crítica, la cual presume ser todo reflexión y frialdad. Pero si se examina la obra de Menéndez se verá que sus componentes responden a las condiciones propias del talento: depuración, reserva, probidad expositiva, mientras el efecto general se resuelve en impresión de belleza y entusiasmo. De suerte que la *Historia de las ideas estéticas*, la *Historia de la poesía castellana en la Edad media*, los *Orígenes de la novela española* pertenecen por muchos conceptos a la investigación y al método científico, pero caen en definitiva más allá de ellos: en la región excelsa del arte que su autor, en un discurso famoso, juzgó inseparablemente unido a la historia y a toda evocación y resurrección de lo pasado.

De este genio suyo eran dóciles sirvientes su laboriosidad, su erudición, su memoria, su dominio de toda suerte de disciplinas. A la fragua de este entusiasmo patriótico y estético acarreaban toda suerte de materiales, aportaciones, escorias, y restos informes; pero el fuego, elevado a las altas temperaturas de la inspiración, derretía y ablandaba los más resistentes despojos, convir-

tiéndolos en masa flúida y luminosa, en arroyos de claridad y en majestuosa corriente de oro líquido que se desata en los pasajes gloriosos y en los momentos culminantes de la cultura española o de la civilización universal, como una fiesta que el espíritu humano se da a sí mismo, celebrando sus triunfos y heroicidades.

Por esto entran en la categoría de la belleza y del arte puro libros enteros de Menéndez, como el del romanticismo francés y parte del de Alemania en las *Ideas estéticas*, como tantos soberbios capítulos de la *Historia de la poesía castellana* o de los *Orígenes de la novela*, como casi todos sus discursos académicos, semblanzas y prólogos. En ellos se manifiesta, por encima de todo, escritor, entiéndase bien, *escritor* inmenso y cálido, elocuente y lleno de una noble majestad como si en él hablasen, quién sabe si por última vez, los oráculos de su patria: aquella *Hispania major* que no ha podido integrarse todavía en la realidad ni resolver acordadamente la oposición histórica que la tiene tripartida en tres lenguas y tres espíritus, pero que para enseñanza y remordimiento de todos, vivió en su alma grande y generosa.

II

Menéndez y Cataluña

En uno de los instantes más turbulentos de nuestra historia contemporánea, allá por 1870 ó 1871, llegó a esta ciudad, seguido de modesto equipaje, un escolar recién salido de las aulas del Instituto y ansioso de penetrar en la Universidad, a la cual le traían los prestigios de algo que después pareció adormecerse: una escuela de pensamiento y de investigación. ¿Quién, al apearse y poner el pie en Barcelona aquel tímido mozuelo, hubiera logrado adivinar la senda de gloria que iba muy pronto a emprender y la estela de claridad que ha de señalarla a los siglos futuros? Hablo otra vez, y el lector ya lo habrá comprendido, de Menéndez y Pelayo, por entender que la cultura de los pueblos y el amor que deben a sus bienhechores no ha de consistir en momentáneos sacudimientos, seguidos de silencio y pasividad, sino en un recuerdo más hondo y permanente, que exige también manifestaciones duraderas y consagraciones

definitivas. Y Barcelona se las tributará, tarde o temprano, ya que viene obligada a ello por ley de gratitud.

Un profesor de química, sabueso de rarezas bibliográficas, don José Ramón de Luanco, sirvióle de encargado y tutor. Los maestros de Menéndez fueron Milá, Rubió y Ors, Bergnes de las Casas, Vidal y Valenciano, Viscasillas. Entre sus condiscípulos se contaron Rubió y Lluch, Franquesa y Gomis, Obrador y Bennassar. La buena amistad de uno de estos camaradas, Rubió y Lluch, condújole un día al gabinete de cierto fotógrafo económico, por aquellas fechas establecido en la calle de Fernando; y a esa visita debemos el retrato, ahora lleno de interés, que nos muestra al estudiante santanderino tal como fué a los diez y seis años: frente de alta bóveda, mirada llena de luz y espíritu, cara imberbe; metido todo él en una americana de grandes solapas ribeteada de cinta; corbata de vistosos ramajes, pantalón de cuadros; inefable color de una época que pasó...

Pues bien: mientras España se debatía en las últimas convulsiones de la revolución de septiembre y las calles de Barcelona se deshonraban un

día y otro con las escenas de la indisciplina militar o se ensangrentaban con motines y barricadas; mientras en los templos profanados peroraban los capataces de la demagogia y las aras se convertían en pesebres para los caballos de la milicia nacional; mientras las llamas de Alcoy y Cartagena parecían responder a las llamas de la *Commune* y la guerra civil en el Norte y en la montaña catalana era un retoño de la Vendée frente a un retoño del jacobinismo; mientras todo eso ocurría, allá, en las aulas sórdidas y obscuras de la Universidad vieja, se incubaba el genio de la Restauración ideal de España, bajo la figura de ese mancebo retraído y lleno de modesta timidez, que tartamudeaba un poco al soltarse a recitar su lección, pero no de miedo ni de vaciedad sino más bien como cántaro lleno volcado de golpe, cuya boca es insuficiente para arrojar todo su caudal.

Aquel mancebo leía, devoraba sus libros de curso y los que no lo eran, nutriéndose con la médula de león de las cosas inmortales y de primera mano. Mientras el viento de la discordia pasaba sobre su cabeza inadvertido al parecer, revivía en su alma predestinada todo el tesoro de la tradición, a la cual jamás impunemente les es

dado renunciar a los pueblos. Así como el aura del Terror fecundó en la soledad el genio de Chateaubriand y de De Maistre, los años universitarios de Menéndez pasados entre la zozobra de los tumultos y el dolor de los sacrilegios, vivísimo para su alma sinceramente cristiana, armáronle paladín de la cruzada redentora contra las bárbaras demoliciones y los estragos dolorosos. Allá, por los puestos de libros de los *encantes* y por las arrinconadas tiendas de viejo, vagaba y husmeaba en sus horas de solaz ese adolescente de ojos escrutadores y concentrados, en busca de la rareza, donde tantos otros andarían a caza de la lubricidad clandestina. Y así empezó su gloriosa colección, ahora dejada en herencia a la nativa ciudad de Santander.

La frondosa arboleda del camino de Sans vióle muchas veces pasear bajo su sombra susurrante, leyendo alguno de esos libros vetustos y preñados de belleza, que le ofrecía ya sus más recónditas revelaciones. Los barrios antiguos y venerables de nuestra Barcelona conocíanlo también; y las calles que rodean la Catedral; y sus claustros, palpitantes de arqueológica poesía; y los rincones ennoblecidos por el beso de la his-

toria o la tradición vieron en él una errante sombra familiar que iba a interrogarlos a menudo como solicitando su secreto y su confidencia. ¡Con qué sincera emoción me hablaba de esto, hace cuatro años, cuando vino a leer su magnífica semblanza de Milá! Y, ¡qué desencanto muchas mañanas, en sus solitarias correrías! La mitad de aquella Barcelona de antaño, poética y dulce, entrañable e íntima, había desaparecido ya, sepultada en las explanaciones de las grandes vías modernas, regularizada por la cuadrícula de la urbanización, transformado en nuevas y flamantes arquitecturas el añejo desorden episódico de tantas plazuelas, arcos, fuentes, espolones, soportales y retablos de farolillo. Y el recuerdo a Vilanova, piadoso cantor de ese mundo disuelto, asociábase a sus propias nostalgias y a la grave melancolía que velaba sus ojos y su voz.

Porque en Barcelona no sólo aprendió Menéndez a amar y comprender nuestras cosas, nuestras ideas, nuestros antiguos escritores y, en suma, toda la vertiente de la civilización catalano-aragonesa que debía integrar después en sus grandes síntesis y revisiones de la historia intelectual de España; no sólo se preparó a operar esa restaura-

ción generosa y noble contra el separatismo al revés que sistemáticamente las excluía y menospreciaba; no sólo se documentó para las vindicaciones de la alta cultura nacional que la prosaica superficialidad progresista tenía en entredicho y, sobre el terreno y mediante la sugestión del *genius loci*, pudo leer claramente en nuestro pasado, sino que recibió aquí la forma de su espíritu y la consolidación de su inteligencia.

Y este sello, grabado para siempre en un alma como la del sumo escritor, supone para Cataluña más todavía que su obra apologética y de investigación, es decir, que todos sus estudios objetivos y expresos sobre Arnaldo de Vilanova y Ramón Lull, sobre Eximenis y Luis Vives, sobre Boscán y Cabañes o sobre la vitalidad poética del idioma proclamada valerosamente a los cuatro vientos en su memorable discurso de los Juegos Florales de 1888. Mucho valen y representan estos insignes testimonios explícitos, mas no tanto como el otro testimonio implícito de la estructura moral aquí recibida por Menéndez en sus tiernos años estudiantiles y confesada y declarada siete lustros después, en ocasión solemne, cuando ya se hallaba en la total plenitud de su talento y su gloria.

Título de honor será siempre para Cataluña la perseverante labor redentora que el santanderino le consagró en sus páginas; pero, ¿qué ejecutoria comparable a esa ejecutoria de su filiación espiritual? Palabras de oro son las que dedica a la escuela catalana que aquí vino a buscar, respetuosa con todos los datos de la conciencia, de grave sentido histórico y positivo, de pausada indagación y recta disciplina; y ellas debieran ornar nuestras aulas, nuestros anfiteatros y aun la misma plaza pública, como un perenne estímulo de emulación, de modestia y de continuidad. «En »esta escuela — dice — me eduqué primeramente, »y, aunque la vida del hombre sea perpetua edu»cación y otras muchas influencias hayan podido »teñir con sus varios colores mi espíritu, que, a »falta de otras condiciones, nunca ha dejado de »ser indagador y curioso, *mi primitivo fondo es el »que debo a la antigua escuela de Barcelona, y »creo que substancialmente no se ha modificado »nunca.* A esta escuela debí en tiempos verdade»ramente críticos para la juventud española, el »no ser ni krausista ni escolástico, cuando estos »dos verbalismos menos distantes de lo que parece, »se dividían el campo filosófico, y convertían en

»gárrulos sofistas o en repetidores adocenados a »los que querían encontrar en una habilidosa cons»trucción dialéctica el secreto de la ciencia y la »última razón de lo humano y lo divino.»

Aquí aprendió lo que vale «el testimonio de la conciencia y conforme a qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía.» Aquí contempló en ejercicio un modo de pensar histórico, relativo condicionado, que no le llevó al positivismo sino «a la prudente cautela del *ars nesciendi*», y en este troquel quedó moldeada para siempre su personalidad. Y aquí, en medio de esta tan asendereada mediocridad de los catalanes, no sólo ha podido surgir el espiritualismo de un Maragall, sino que antes se había formado y nutrido la mente luminosa de Menéndez, como un testimonio irrecusable de virtualidad y potencia en la tradición intelectual de nuestra raza. Tal es el vínculo que más estrechamente nos une con el inmenso polígrafo y el aspecto que Cataluña debe mirar con preferencia cuando sea llegada la hora del indisputable tributo.

Mayo-agosto de 1912.

Castelar

I

Uno de los documentos más señalados de la reacción antiespañola en América es, sin duda, ese de las *Páginas libres* del peruano González Prada, reimpresas no ha mucho en Madrid por la «Biblioteca Andrés Bello», veinte y tantos años después de aparecidas: la primera edición data de París, 1894. Estaba entonces en su apogeo la corriente de separación intelectual de los pueblos hispano-americanos con respecto a España, y el tono ordinario de dichas páginas es el de la diatriba, cultivada deliberadamente y como género retórico. El autor no se indigna de un modo pasajero y cuando el asunto lo merece, sino que toma la pluma indignado ya de antemano y resuelto a agotar su indignación mediante un rosario de frases que estallan con graduada intensidad,

siempre en *crescendo*. Pule y trabaja sus menipeas pensando en el estampido antes que en el blanco; su finalidad no parece ser tanto la de herir justo como la de «reventar», la de punzar el absceso en su mismo vértice como la de descuartizar una res. Apenas se preocupa de la puntería, de la incisión delicada, de la elegancia operatoria; su obsesión es el boquete como obra de arte, el destrozo elevado a la categoría de placer estético. No se trata en suma, de un paciente y esmerado disector de libros o de caracteres: su puesto se halla entre los grandes destripadores literarios que, por contagio del terrorismo social, se presentaron entonces y se presentan de vez en cuando en la crítica y son en ella su equivalente o su producto.

El mismo panegirista de González Prada en la reciente edición de Madrid, no le caracteriza de otro modo. «En aquel Perú dividido en castas »—dice Blanco Fombona —, en aquella Lima sen»sual, zumbona, muelle, jamás se conoció *tan »gallardo animal de presa* como González Prada. »Hasta entonces nunca se dió tal producto en tal »zona. Cuando *aquel tigre real apareció con las ga»rras empurpuradas y llevando en la boca piltrafas »de carne humana*, el asombro fué unánime.»

La sangre que teñía esas uñas, las piltrafas que colgaban de esa boca eran, principalmente, sangre y carne de escritor castellano. Valera, Núñez de Arce, Castelar: los hombres más representativos de la mentalidad española al finalizar el siglo pasado, los más notorios modeladores del alma colectiva en nuestro país, los más genuinos condensadores del espíritu octocentista en este viejo solar ibérico, todos dejaron su tajada en las fauces del terrible indio, que a todos acosó y despedazó, con furor destructivo antes que con curiosidad anatómica.

A Castelar sobre todo. Su *ex abrupto* contra Castelar transparenta el artificio, la trama retórica de un censor que clama incesantemente contra la retórica. No se entienda con ello que yo intente negar a González Prada fuertes condiciones de escritor, vena literaria susceptible de invertirse en una luminosa revisión de valores. Limítome a afirmar que erigió la diatriba, la invectiva, en un género tan falso por el lado de la ferocidad como el panegírico por el lado opuesto, y que trabajó esas páginas de execración como un resumen de tópicos al revés, como un tema de aula, como una «academia» a contrapelo. Percep-

tibles son las prolongaciones de un concepto ya agotado; perceptible el recuerdo de otras páginas u otros estilos maestros en el arte de la crueldad, en los refinamientos del alfilerazo, en las voluptuosidades de la insistencia. Retórica es también y muy caracterizada, la de los libelistas, tanto como pueda serlo el énfasis grandilocuente o el lirismo sentimental. Y en esa retórica del descuartizamiento figura en primer lugar, como en la retórica del sentimentalismo, la eliminación estudiada del matiz, de todo lo que valore, y distinga, y contrapese, y atenúe o salve en definitiva, la significación de una figura.

Antes que González Prada, muchos años antes, como que fué allá por 1881 y en el tercer tomo de sus *Heterodoxos*, Menéndez y Pelayo dijo de Castelar algo que, con menor o mayor donaire de forma, con mayor o menor irreverencia estudiantil — seguramente la habría atenuado después, y no poco — es lo que todos pensamos y decimos al hablar del ilustre tribuno, lo que constituye la única base y sustancia, bien que diluída y revuelta cien veces, en la filípica del escritor peruano. «Juzgarle como pensador religioso — »escribía entonces Menéndez y Pelayo en una obra

»de pura polémica religiosa — sería crueldad bien »excusada. Es Castelar una naturaleza exclusiva»mente retórica desde los pies a la cabeza, y *en su* »*género extraordinaria*: de haber vivido en tiempo »de Isócrates habría hecho el panegírico de Hele»na o del tirano Busiris. En la escuela de Porcio »Latron o de Séneca el Retórico, hubiera vencido »a los más hábiles sofistas hablando en pro o en »contra del tiranicida o del comedor de cadáveres. »Como le ha tocado nacer en el siglo de Hegel, »juega con la metafísica y revuelve las ideas »como las piezas de un kaleidoscopio.»

Pues bien: no hay que ser muy ducho en el conocimiento de las genealogías literarias para afirmar que si ese párrafo no hubiera sido escrito en 1881 por un publicista católico en el ardor de un período de restauración, no lo hubieran sido más tarde, en 1894, las páginas de González Prada acerca del mismo asunto, exhumadas ahora, en cierto modo, como novedad y último dictamen de la crítica. Por poco instinto que se tenga acerca de la germinación mental se hallará ahí, toda entera en ese grano, la mies copiosa de las *Páginas libres*. Según su autor, Castelar seduce por el arte de rejuvenecer en España las ideas enve-

jecidas en Europa; arrebata por su estilo de períodos ciceronianos y cervantinos, pero cansa con la amplificación interminable de los mismos pensamientos, y hace sonreír con «su lenguaje sesquipedal, abracadabrante, palingenésico, caótico, superplanetario y heteróclito.» No posee «un ápice del generoso espíritu pagano que animó a los grandes oradores de la antigüedad» y continúa personificando «la neurosis mística que hace mil ochocientos años inficiona a los pueblos de Occidente.» Es un Fenelón con gotas de Víctor Hugo, un San Luis Gonzaga hipnotizado por Pi y Margall...

Y así, sucesivamente, dentro de este sistema de «frases» redondas, de aforismos, de antítesis, Castelar aparece, descrito por González Prada, como un corazón que exhala vapores de falso sentimentalismo, los cuales suben a perturbar las funciones del cerebro. Político y propagandista, literato y orador, causó mayores daños a España con su liberalismo espectante y emoliente «que Bonaparte con su invasión sangrienta, que Isabel II con su reinado gangrenoso, que los Prim y los Martínez Campos con todas sus iniquidades.» Es *el tambor mayor del siglo XIX*, contoneándose a

la cabeza del pelotón de los hombres locuaces, de los grandes habladores que hablan sólo por hablar. «Niño por sus caprichos, hembra por sus veleidades», nunca se nos impone por su voluntad varonil; tenor que grita siempre, alguna vez arranca el *do* de pecho; sus gorgoritos de la Patti, acaban en responsos; sus ascensiones al Olimpo en descensos a la sacristía; sus libaciones de néctar en ingurgitaciones de agua de Lourdes...

Tal es, según el inexorable peruano, ese pobre orador español que lleva sobre sí tres pecados enormes: «haber convertido el idioma castellano »en orquesta cosmopolita y churrigueresca donde »predominan el bombo, el tantán y la esquila del »convento; haber hecho de la historia, ya una »leyenda inverosímil como las novelas de Dumas, »ya una mascarada trágica como *Los Girondinos* »de Lamartine; y haber representado el papel de »colaborador inconsciente del carlismo», contribuyendo a que España sea lo que es actualmente, es decir, lo que era en 1894, a juicio de Prada: una teocracia, en que el clericalismo conduce a la monarquía, como un ciego a cuestas de un paralítico. Por este ligero resumen puede darse cuenta el lector de cómo resulta, *in extenso*, la

invectiva del crítico americano, donde se trasluce la marca del libelismo internacional y anarquizante, según era entonces en París, entre el ocaso de Rochefort y la aurora de Mirbeau: una cosa sumamente envejecida también, a estas fechas, tanto por lo menos como las ideas que Castelar rejuvenecía en su tiempo, para consumo de España y de sus antiguos virreinatos de Indias.

El libro de Prada al aparecer en Madrid, ahora últimamente, despertó la curiosidad pública, como toda nota acre y violenta. Desde que esas *Páginas libres* fueron escritas han pasado cerca de veinticinco años. Los autores representativos del alma castellana que escogió para ensayar sus fuerzas de demoledor furibundo, para abjurar en sus manos de toda filiación o vínculo por parte de las jóvenes escuelas americanas, han muerto también hace tiempo. Un largo y benéfico olvido, propicio a la depuración, se ha hecho en torno de sus nombres. Sustraídos a la vida militante, a la diaria exhibición, al comentario de cada hora, su imagen, no enturbiada por ninguna pasión innoble ni por ningún entusiasmo excesivo, se ha fijado y como estilizado en el fondo de nuestra conciencia, según aquellos rasgos esenciales que misteriosamente

recoge la posteridad. Así, empezando por Castelar, ¿no sería interesante preguntarnos cómo le recordamos ahora en verdad y en espíritu, cómo le vemos a la distancia de cuatro lustros, desvanecida la nube de incienso dentro de la cual estuvo a punto de asfixiarse algún día?

II

La popularidad de Castelar tuvo dos épocas, anterior la primera a la Revolución de septiembre, posterior la segunda al período revolucionario y la República. De la primera época apenas conserva recuerdo nuestra generación, como no sea buscado en los libros y en los documentos parlamentarios. Pero los que fueron estudiantes en plena restauración alfonsina, allá entre 1880 y 1890, no han olvidado la imagen del «ilustre tribuno», como por antonomasia se le llamó entonces y viene citado todavía en las historias. No han olvidado aquella personalidad *sui generis*, excepcional y contradictoria, de un portavoz de la democracia a quien sabían ex presidente de la República, condensador del liberalismo román-

tico del 48, demagogo en las agitaciones de la noche de San Daniel, condenado a muerte, proscrito, fautor de la revolución y apóstol del federalismo prudhoniano, pero que vestía levitas irreprochables y sombreros de copa relucientes y pulcros, que oía misa y visitaba los sagrarios de Semana Santa con el devocionario debajo del brazo, que tenía fama de hacerse presentar las tarjetas en bandeja de plata y de hacerse servir por criados con guante blanco, y cuya oscilante fe política, en suma, rozó unas veces el radicalismo de Danton y otras veces la teocracia de García Moreno.

En efecto, todo era interesante y curioso en su persona: la mentalidad como la figura, la fisonomía como la significación espiritual y aun el puro nombre. Poneos ante un retrato de Castelar: alguna de aquellas litografías que adornaron antaño los casinos populares y los salones de peluquero. Su cabeza, grande para tal estatura; su frente en cúpula casi perfecta, sus cejas pobladas como las de Crispi o de Bismarck, su copioso bigote cayendo en cascada sobre el labio inferior carnoso, un poco colgante y como inclinado bajo el raudal de la elocuencia; aquella misma plenitud

bucal que, como los cabellos de Sansón, delatan ya dónde reside la fuerza de su dueño, todo os dice a una: «aquí está un orador o un bombardino, no importa qué, pero una potencia sonora capaz de electrizar a las muchedumbres con su verbo maravilloso o con sus delirantes variaciones bélicas». Lo principal es allí la cabeza parlante, gravitando sobre un cuerpo desproporcionado y rechoncho, como una caja melódica sobre un velador.

Y este mismo nombre: «Emilio Castelar», breve, eufónico, brillante, ¿no parecía ya una predestinación, algo que fuese a la vez acento de trompa y fulgor, óptica y sonido? He aquí una feliz combinación de letras hecha a propósito para ornar el frontispicio de un libro, el pedestal de una estatua o la popa de un acorazado. Diríase que por sí mismo auguraba fortuna y equivalía a gloria, difusión, notoriedad; uno de aquellos nombres alados y ágiles como la saeta, que las multitudes cogen al vuelo, que los aparatos telegráficos repiten como por sí solos, que cruzan los continentes y los mares un día y otro día, fatigados de dar la vuelta a nuestro planeta; un santo y seña de tribuno, de publicista, de rector de la conciencia

pública y del periodismo de combate, como Girardin, como Julio Simón, en su tiempo.

Porque Castelar fué, efectivamente, uno de esos hombres que dan tono internacional a un país, que son órganos de internacionalidad y mantienen el diálogo de unos pueblos con otros. Concedamos todo lo que hubo en él de falso, de retórico, de incongruente a veces, con incongruencia o falsedad que alcanzaba en parte a toda la época o no era más que intensificación del enfatismo contemporáneo. El hecho es que sostuvo la relación externa de España con los demás estados y fué admitido a coloquio por los repúblicos de su tiempo en forma que después no hemos vuelto a conocer entre nosotros. Fué una de las grandes campanas de catedral, uno de aquellos bronces potentes, que en la segunda mitad del pasado siglo propagaban de nación a nación el toque de las «reivindicaciones» igualitarias, marcaban «la hora del destino» o dejaban oír su voz solemne en los grandes lutos y tragedias de la humanidad. Fué también, en su día, el centro de convergencia y casi el único punto de contacto ofrecido en España a las jóvenes democracias americanas de origen español.

No en vano la «obra» de Castelar se nos presenta ahora como una selva o gran manigua. Su aspecto de cosa intrincada, tupida, llena de gigantescas trepaderas suspendidas a unos árboles inmensos, poblada de pájaros vocingleros y con los colores más chillones y encendidos de la ornitología tropical, detiene al espectador dejándole como temeroso de no poder abrirse camino sino machete en mano por entre tanta maleza y tanta fronda. Cree que no ha de encontrar allí más que monotonía, profusión, verbosidad, redundancia. Y, sin embargo, hay en ella misterios, sorpresas, rincones graciosos. Hay en ella insospechados «oasis de sobriedad», de frescura. No todo es pompa asiática y vegetación lujuriosa; no todo se presenta atacado de magnificencia, de elefantíasis literaria. Cuando un lector perspicaz, un gusto selecto y exigente, penetra en ese bosque bravo y como hermético para la actual generación, descubre, sorprendido, no pocos fragmentos normales, llenos de brío y elocuencia verdadera, como los que ha dado a conocer estos últimos días el ilustre *Azorín*: pequeñas islas de continencia, de claridad y orden, medio ahogadas en la intemperancia abrumadora del conjunto.

No produjo don Emilio como escritor, — del orador no se habla ahora — y exceptuados tal vez los *Recuerdos de Italia,* un volumen representativo y de carácter. Su producción es un enorme, abigarrado edificio, de cien géneros, de cien materiales, de cien asuntos distintos; un mosaico de todos los elementos y maneras, de todos los ideales y períodos de la cultura. Artículos de política, crónicas internacionales, novela poética y altisonante, historia o seudo historia, estudios literarios, síntesis, semblanzas. Una balumba inmensa a la cual se hubiesen aportado cuantos estilos y estructuras han aparecido sobre la tierra desde los comienzos de la civilización, eso es la obra de Castelar: algo informe, a fuerza de variado y proteico, como una construcción que fuese a la vez pirámide, Partenón, Coloseo, catacumba, pagoda, mezquita, catedral, castillo roquero, Trianón y la Gran Opera, todo yuxtapuesto y confundido en un mismo volumen, a veces en la misma página

Quiere ello decir que no puede hablarse del conjunto en la producción escrita de Castelar, pero que de esta producción podrían sacarse varios volúmenes de trozos escogidos y aun primorosos.

Su afán de «hacer grande» no le permitía sino a ratos muy contados el trabajar primorosamente. No es posible cubrir de pintura grandes muros y en pocas horas con procedimientos de miniatura o de aguafuerte; las cúpulas de San Pedro no permiten andarse con tallas de camafeo, delicadas y sutiles, ni con preciosidades de esmalte. Además: este talento, la prodigiosa fuerza natural que fué su talento, vióse muy pronto tomada y desviada por las presas editoriales, lo mismo que un salto de agua o un río. Cosa que le honra en extremo como hombre público, Castelar tuvo que vivir exclusivamente de su trabajo, exclusivamente de su pluma, ofreciendo en España el ejemplo más señalado que hasta entonces se recordase de producción forzada e intensiva a la francesa: la misma que agotó y exprimió a Chateaubriand, a Lamartine, a Thiers, al mismo Víctor Hugo, sujetos a las altas presiones de la necesidad, del contrato y del mínimum de páginas por semana.

Otro factor contribuía tal vez a esa afluencia irresistible: la memoria del célebre orador, comparable a la de Menéndez y Pelayo. Se ha dicho que el estilo depende en primer término de la imaginación y se condiciona por ella. ¿No depen-

derá también de la memoria, y en forma tal vez más estrecha y más frecuente? Un hombre de gran memoria suele tener el estilo copioso y rico, porque dicha facultad le suministra con largueza todos los ingredientes de la ornamentación: analogías, precedentes históricos, nombres, ejemplos antiguos. El hombre de poca memoria o de memoria puramente pasiva propende al estilo concentrado y desnudo, cuando no a la aridez; se diría que está a solas con su pensamiento, mientras el otro tiene las puertas abiertas y entran y salen de continuo los invitados o los intrusos.

III

En la prosa, hablada o escrita, de Castelar, podríamos descubrir el rastro de todo verbo sonoro y magnífico que haya agitado al mundo, no sólo en su centuria y en la precedente, sino en la antigüedad, desde Demóstenes y Cicerón a Mirabeau, a Lamennais, a Michelet, a quien quiera de los portavoces del progreso o de la tradición en los aledaños del 48. No importa que sean de la derecha o de la izquierda, revolucionarios o

conservadores, republicanos o realistas. Castelar profesa la retórica en primer término, adora la grandilocuencia ante todo y por ella se deja conducir venga de donde viniere, de Chateaubriand y *Los Mártires* para evocar el Circo, de Ozanam para hablar de las Catacumbas, de Vergniaud para increpar a los reyes; de Quinet, Pelletan, Blanqui o Proudhon para recorrer todo el ciclo de las ideas y las formas liberales de su época.

He aquí, por ejemplo, el rastro de Ozanam. ¿No se diría, al repasar las lecciones de nuestro tribuno en el Ateneo de Madrid acerca de *La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*, que el orador, muy joven entonces, se hallaba dominado y como vencido por el influjo de las explicaciones análogas de Ozanam en la Sorbona; que *La civilisation au cinquième siècle* se había superpuesto a su independencia mental y que el orador no hizo otra cosa sino vaciar en moldes castellanos y como pensamiento propio aquel peso recibido del exterior, que le abrumaba y perturbaba? ¿No es así como ciertos versificadores, sugestionados por el poeta predilecto de una generación, creen producir por cuenta propia, cuando en realidad se limitan a devolver, por medio de

paráfrasis y reacuñaciones, la misma sustancia que ingirieron? Véase, pues, cómo el ascendiente de la elocuencia en sí misma podía más en el famoso gaditano que la posición intelectual, que el compromiso político, que todo.

Otro caso. Si fuéramos a buscar su inmediato precedente español en la tribuna española, en los oradores de lengua castellana, no le hallaríamos en ningún caudillo de la plebe, ni siquiera en un liberal más o menos templado. No hay que pensar en Alcalá Galiano ni en Romero Alpuente; no hay que buscarle parentesco con «el divino Argüelles» ni con don Joaquín María López. No entronca ni con los oradores de Cádiz, ni con el grupo de la *Fontana*, ni con los parlamentarios de las primeras Cortes de Isabel II. Su maestro y su precedente inmediato fué un ultramontano, un tradicionalista. Acaso el único tradicionalista español en el verdadero sentido de la palabra, esto es, adversario de la razón como fuente de verdad y que sólo reconocía en la revelación un testimonio incorruptible; acaso el único discípulo de De Maistre y Bonald en nuestro país, puesto que Balmes y sus adeptos no lo fueron; el único que satisfacía a Luis Veuillot y corres-

pondía a la orientación de *L'Univers* más acá de los Pirineos.

El estilo oratorio de Castelar no mantiene otro contacto español que con el estilo de Donoso Cortés o de sus derivados y afines, como Aparisi y Guijarro. En los discursos parlamentarios del ilustre marqués de Valdegamas y especialmente en aquel mismo discurso memorable de «las dos represiones», juzgando y anatematizando la revolución del 48, la propia revolución cuyo fondo ideológico era el gran fondo ideológico de Castelar; en esos discursos, y en el *Ensayo*, y en la oración sobre *La Biblia*, se hallan los antecedentes inmediatos, la iniciación, la manera, el andamento, el aire de las arengas castelarinas. Su riqueza, su orientalismo y su propensión musical, arrancan de ahí principalmente, sin perjuicio de que luego evolucionen, todavía en sentido de mayor amplitud, como pasando a través de una lente que tuviera por oficio hacer de lo grandioso lo gigantesco.

Y eso vino después, pero conservando siempre perceptible la filiación, aun en los instantes en que la «manera» del autor de *El rasgo* pareció más constituída y, por tanto, más alejada de su

origen. Entonces vinieron las síntesis o agrupaciones, violentas a menudo, de conceptos abstractos o de hechos precisos, dispuestos con simetría y a modo de repetición arquitectónica, para formar juegos verbales o ideológicos, para rematar los párrafos con palabras rotundas que vibraran a la vez como sonido y como evocación espiritual: Maratón, Salamina, los Campos Cataláunicos... Entonces surgieron las enumeraciones, las escalas cromáticas ascendentes y descendentes, los *grupetos* gramaticales y metafísicos, las series, las analogías y las antítesis, por medio de las cuales el lenguaje parece invadir los dominios sinfónicos del contrapunto y la fuga. Entonces también las apelaciones a la historia de todos los tiempos, a los dogmas de todas las religiones, a los principios de todos los sistemas filosóficos, no tanto como elemento dialéctico o de convicción sino a manera de elemento ornamental, óptico o acústico, como imagen o como sonido.

Y desde tal instante es la eufonía de las palabras, la bella resonancia y la grata modulación lo que domina y conduce el fondo. ¿No pudo sostenerse más tarde, por un gran poeta y no sin hondo sentido espiritual, la paradoja de que el concepto

viene por el ritmo? Pues así era la oratoria de Castelar: una oratoria que no se preocupaba de dominar las palabras sino que se guiaba y condicionaba por ellas, extraviándose a menudo en la selva o manigua de que se habló, pero que en todas ocasiones producía efecto inmediato y alguna vez lo alcanzaba duradero y firme: siempre que la inspiración se ponía al servicio de una realidad, de un momento de verdad absoluta, y no al revés; cuando antepone su patriotismo a sus compromisos doctrinales, cuando defiende su dictadura, la generosa inconsecuencia de su dictadura en 1873 contra los demagogos que le hubieran preferido el descuartizamiento y la desaparición de España

Castelar vivió rodeado de una admiración y respiró casi toda la vida dentro de una nube de incienso que no sabemos cómo no acabaron por asfixiarle. Recuérdese cómo alcanzamos a verle todavía nosotros, aquí en Barcelona durante sus visitas a nuestra ciudad, o en Madrid a la hora de su paseo: seguido de un grupo, de una verdadera corte que refrenaba su paso, a medio cuerpo de distancia del orador, que paraba en seco así que él se paraba, que giraba sobre sus talones así que él

daba la vuelta, ni más ni menos que describe Platón el cortejo de Gorgias — creo que de Gorgias — o de otro de los famosos sofistas a quienes dedicó uno de sus *Diálogos*. ¿Cómo no hubo de desvanecerse en algún momento, con vanidad infantil y simpática, si apenas tropezó en sus días con más reserva que la austeridad de Taine, cuando el «canario español» visitó en París la redacción del *Journal des Débats*?

Pero esa reserva no fué, al fin y al cabo, más que un tributo del huraño autor de *Les origines de la France contemporaine*, quien le puso en la misma línea de Víctor Hugo, acerca del cual se reservó igualmente, y no porque desconociera sus facultades estupendas, su aspecto grande y puro; sino porque toda la parte incontinente y declamatoria de los últimos años o, como Taine los llamaba, sus «delirios de guardia nacional», parecían insoportables al severo censor de los desbordamientos de la anarquía, precedidos siempre de los desbordamientos de la palabra.

Castelar participó largamente, en su primera época, de esos delirios: fué, en cierto modo, un Víctor Hugo sin versos. Fué, más propiamente todavía, el Thiers español. A uno y a otro, a Thiers

y a Castelar, deparóles la suerte el arduo cometido de apagar la hoguera en que poco antes habían soplado, de volver a las odres de Eolo los vientos que habían contribuído a soltar un día, con más entusiasmo que cautela. Ambos consagráronse a ello con decisión, con alto patriotismo, con nobleza. Castelar, sobre todo, salió ennoblecido de sus últimos años por el desinterés, por la sinceridad, por la ejemplaridad de su caso y por la elocuencia muda de este caso, comparable a lo mejor de sus antiguas peroraciones y que no trató de desmentir ni de tergiversar con su conducta. Aceptó el fallo de la experiencia con dignidad y sin despecho.

Febrero de 1917.

Edgardo Poe

No todos los autores famosos en vida pueden resistir la prueba de un centenario. La posteridad acude, con la más piadosa intención, a remover un nombre o una obra consagrada; y ese nombre y esa obra se le quedan entre los dedos no pocas veces, deshaciéndose en polvo, como aquellas momias que conservan su figura mientras no toca en ellas una mano atrevida o un soplo de aire libre. Otras celebridades, en cambio, aumentan su aroma y graduación con los años, a manera de vinos selectos y generosos. Son los que pertenecen, como Poe, a la corta pero escogidísima familia de los «actuales», de los siempre contemporáneos, de los intensos.

Semejante intensidad es un producto doloroso y carísimo. Supone, casi siempre, una vida en combustión incesante, unos nervios exasperados, una sensibilidad insomne, una continua inquietud.

Trátase de un perfume violento que no se obtiene a menor costa que la felicidad del propio destilador. Porque se puede ser escritor de muchas maneras. Se puede ser un talento de gabinete, tranquilo ajustador de frases, artífice hábil, poseedor de todos los secretos del oficio, pero con estudiada reserva personal y de un modo epicúreo y discreto. Y se puede ser pródigo de sí mismo, y encarnizarse en la producción, y abrirse las venas y dilacerarse las fibras, como el pelícano de las antiguas historias, para entregar a sus semejantes, no la simulación y el artificio, sino girones de la vida y del alma, comunicados directamente de espíritu a espíritu.

Y Poe fué de estos últimos: de los que «ponen toda la carne en el asador», según frase vulgar, en este caso insubstituible. Su literatura no fué literatura de mentirijillas. Sus juegos de imaginación no fueron simples delectaciones morosas y blandas, sino esfuerzos terribles de los cuales suele salirse con el rostro marchito y un perenne espanto en los ojos. Constituyóse en explorador de las regiones extraordinarias que se extienden más allá de la plena conciencia: en explorador del delirio, de la pesadilla, del terror,

de las fronteras de la locura, de los confines entre el espíritu y la carne, de la excitación alcohólica, de la hiperestesia, de todos los estados anormales y dolorosos en que el alma degenera hasta la animalidad o, elevándose sobre sí misma, tiende a fundirse con lo absoluto. Fué, después de Dante, el más vigoroso y eficaz pintor de lo horrible y de lo espantoso. Supo revivir todas las grandes angustias, todos los pánicos, todas las agonías y tormentos, con no menos fuerza que el poeta de Florencia. Muchas páginas de las modernas narraciones de Poe valen por el episodio del conde Ugolino; y nadie le ha superado todavía en la descripción, mejor dicho, en la evocación de las cosas horrendas, así espirituales como materiales, así se trate de un *maelstrom*, de un cataclismo o de un naufragio como de una ráfaga de demencia que combate nuestra razón, vacilante como una lucecilla en una noche de tornado.

Hay algo de paradójico en el hecho, ciertamente muy repetido, de que los grandes detractores de la civilización suelen ser los productos más refinados de la civilización misma. Así se presenta Poe respecto del progreso en general y, más especialmente, respecto de la civilización norteame-

ricana. Vino a representar en ella el primer conato en sentido de reintegración espiritualista, de franca reacción ideal. En medio de aquella sociedad alborotada tan sólo por los progresos materiales; en medio de aquel tumulto de iniciativas y empresas; rodeado de una civilización náutica, siderúrgica, petrolera; entre aromas de salazón y droguería, sus biógrafos más apasionados píntanle, — como lo hace Baudelaire, — asfixiado por una prosperidad burguesa que es «una verdadera barbarie iluminada por el gas» y ante la cual el cantor de *Don Juan en los Infiernos* dice comprender toda la grandeza de los pueblos holgazanes...

Baudelaire ha sido una de las encarnaciones más sobreagudas del odio del artista para con el filisteo y el *épicier*. Su diatriba contra los Estados Unidos, mejor que al afán de vindicar a Poe, obedece a esa enemiga implacable de los intelectuales puros contra el mundo de las cosas utilitarias y de los hombres llamados prácticos por antonomasia. No por ser Baudelaire quien era, pudo librarse de lo que yo juzgo un error de visualidad. Ni los mismos genios alcanzan alguna vez a despojarse de sus prejuicios y a convertirse en espectadores de lo actual *sub specie æternitatis,*

es decir, con pleno sentido histórico. Parece cosa fácil y asequible esa de la conciencia histórica. Sin embargo, no sucede así. Yo creo, que dentro de cinco o seis siglos se hablará del reinado de Victoria de Inglaterra como se habla ahora del de Augusto. Sesenta años de paz, la hegemonía de una raza sobre el mundo, una expansión política jamás alcanzada por otro pueblo: de todo ello hemos sido nosotros espectadores inconscientes, de la misma suerte que lo serían muchos contemporáneos del César de Roma. Hemos presenciado un gran período histórico, sin saberlo casi, porque no han podido influir en nosotros las síntesis y condensaciones de la historia futura.

Así también, el caso maravilloso de los Estados Unidos. A los cincuenta años de su independencia asombran con el espectáculo de una civilización material, de una actividad, de un empuje inverosímiles. No han tenido tiempo de organizar una cultura, y les increpamos como incultos y beocios. Hijos de sí mismos, creación de una democracia, nacidos ayer, echámosles en cara, como un estigma, el carecer de la historia que nos abruma a nosotros y va aniquilando a las naciones del viejo continente. Aclamamos y cantamos

el porvenir, queremos a los hombres y a las razas exclusivamente hijos de sus obras, y, en cambio, exigimos a la joven y poderosa república una tradición que no ha podido crear ni vivir todavía. En resumen: nos sentimos herederos y no comprendemos toda la grandeza, áspera y saludable, de los individuos y los pueblos *fundadores*.

No la sintió el mismo Poe. Escogióle el destino como levadura, como agente de fermentación espiritual en el seno de su país y en medio de la sociedad que en parte refleja y en parte deprime y fustiga. Fué un grito de angustia el suyo contra la pesadilla de las preocupaciones materiales; puso, como buen «hermano de David», la piedra en la honda para lanzarla a la frente del filisteo. Sufrió más de lo que pudiera sufrir Byron en Manchester o Heine en la doctoral Gotinga. Se burló de los banqueros, de los negociantes, de los maquinistas, de los tenedores de libros. Con sus *canards* científicos en forma novelesca, el escritor de Virginia armó a sus paisanos la doble jugarreta de poner en caricatura su delirio de invención mecánica y de hacerse tomar al pie de la letra, en no pocas ocasiones, a la manera de un futuro Julio Verne.

Cuentan que un célebre violinista noruego, Ole Bull, cansado de rodar por Europa tocando la música más selecta con el gusto más intransigente, fuese a los Estados Unidos y que allí reunió en pocos años una fortuna dando conciertos. La pieza que aseguró sus ingresos fué una onomatopeya, que él mismo compuso, titulada: *Un buey devorado por un tigre.* Con dicha fortuna pudo proteger más adelante, de vuelta a su patria, a Ibsen y a Grieg. ¿No hay algo de ese buey devorado por el tigre en muchas composiciones de Poe, no obstante su pureza, su impecabilidad, su intransigencia artística? Reacciona contra la sociedad que le rodea, pero al mismo tiempo la confirma y la expresa. Riñe con sus compatriotas, pero no puede ocultar que pertenece a la raza de aquellos hombres discursivos, apasionados por la violencia, gallistas, ajedrecistas, cazadores de búfalos e intérpretes incansables de problemas complicados.

Era un exquisito, pero su obra conserva un fuerte olor de factoría y, en cierto modo, pertenece a la descendencia de *Robinsón Crusoe,* determinando los principales caracteres de la literatura colonial británica y siendo visibles sus

prolongaciones hasta Wells, hasta Rudyard Kipling, hasta Conan Doyle. Esto en cuanto a los temas y a los elementos pintorescos y exteriores de su arte. La otra parte de su influencia, la compensación espiritual de la cultura yanqui cuya demanda vino a plantear, ésa es más lenta y alcanza a un grupo limitado y escogido, como en todas partes. No obstante, no pasan en vano por un país hombres como Poe, como Longfellow, como Emerson o como Williams James. Su mera aparición supone ya la aptitud para las más nobles empresas del alma. Y ¿qué sorpresas no cabe esperar en este punto, cuando tenemos vistas las otras?

Marzo de 1909.

Espronceda

Los periódicos andan llenos, estos días, del nombre y de la memoria del vate extremeño cuyo centenario acaba de cumplirse. Quiénes han querido hacer tendenciosa semejante conmemoración, desviándola hacia objetivos políticos. Quiénes, en cambio, han aprovechado el momento para consignar impresiones sinceras y puntos de vista hábilmente escogidos, resumiendo el sentir de la generación actual ante la herencia de la generación romántica y la obra del cantor de Teresa, tenido, durante largo tiempo, por la más visible y popular encarnación del romanticismo castellano.

A ese romanticismo poético correspondió otro romanticismo revolucionario o político, hijo de las revueltas del país y de lo que, por aquellas fechas, se llamaba «espíritu del siglo». La índole aventurera de los españoles encontró en la lucha

por la libertad o en la lucha por el tradicionalismo, una substitución de las antiguas andanzas caballerescas y los viejos lances de amor y fortuna largamente deparados por una tradición de conquista en Italia, en Flandes y en el Nuevo Mundo. No pocos se lanzaron al oficio de conspirador fascinados tanto por un ideal como por el trágico incentivo de una vida llena de emociones, peligros y sobresaltos, con reuniones nocturnas, juramentos tenebrosos, escondites, disfraces, fugas a campo traviesa y, en fin, con todo el encanto de que las imaginaciones juveniles, inflamadas por el relato de Silvio Pellico, solían revestir al emigrado y el proscrito. Esto no era más que transportar a la existencia real el lóbrego misterio de la leyenda de capa y espada, — que el mismo Espronceda inició y que Zorrilla debía popularizar completamente, — con su desfile de embozados por las sombrías callejas de santo y farolillo, con su escalamiento de tapias conventuales y sus reyertas y acuchillamiento de los siempre odiados corchetes.

De muchachos se acostumbran al trágico juego de la conspiración. Hacen sagrada la memoria de Lacy, de Porlier, de Riego. Evocan las sombras

inultas de Torrijos y sus compañeros para que eternamente se alcen como un espectro acusador ante los tiranos. Adoptan nombres de combate cuya precisión histórica no cuidan de aquilatar y se llaman *numantinos* y *vengadores de Padilla*. Hacen de la temeridad un culto y de la audacia una costumbre, arriesgando toda su fortuna sobre una carta y la cabeza en cualquier calaverada amorosa o política. Lo extraordinario, lo irregular, lo impetuoso son, al mismo tiempo, la norma de su vida y la norma de su literatura. Reniegan de las reglas como reniegan del poder absoluto; proclaman la supremacía de la inspiración como una de tantas formas de la libertad. Desdeñan el estudio y lo esperan todo del talento natural, de la «chispa», de aquella espontaneidad absoluta e indisciplinada que llegó a producir un tipo de guerrillero de las letras por entero comparable al de los «empecinados».

Pues bien: Espronceda representa en España el momento culminante de ese doble romanticismo y dió el ejemplo más vivo de semejante temeridad de alma así en las vicisitudes de su truncada juventud como en el ardiente arrebato de la producción poética. Conspiró desde la niñez, en su

patria; conspiró, emigrado, en Portugal, y fué recluído en el castillo de San Jorge; conspiró en París y tomó parte en la revolución de julio. El viento que soplaba sobre Europa le arrastró a todas las rebeldías contra todas las opresiones, reales o presuntas, ya para derribar al déspota, ya para redimir a la nación esclava. Las palabras libertad, patria, progreso, independencia, gloria, heroísmo; esos grandes tópicos de la era romántica cuyo interior contenido nadie trataba entonces de acrisolar ni distinguir, comunicáronle su irresistible embriaguez. Vibró su espíritu estremecido por la poderosa resonancia de esos altos nombres, de esas abstracciones soberbias, de esos conceptos primarios y sin concreción real, que tocaban a rebato en todos los pueblos. Como Lamartine, tuvo el don de extraer su poesía de esos eternos lugares comunes de colegio, convirtiéndola en algo fluídico y elemental, en una como generalización o especulación lírica nutrida de los «universales» mucho más que de la realidad del mundo de las cosas concretas.

Así se alistó para la cruzada libertadora de Polonia, como hubiera caído defendiendo a los suliotas contra la barbarie turca al lado de Byron,

y así regresó a su país con la expedición liberal que acaudilló Chapalangarra. Así escribió, al dictado de una continua agitación de espíritu, canciones febriles, versos tumultuosos, sarcasmos y maldiciones de orgía, como si lanzase para hacerla añicos la copa exhausta de la ilusión y del deleite... Así se nos presenta, según achaque general de su generación, cambiando de un concepto a otro en el espacio de pocos versos y pareciendo de una manera sucesiva «ateo y creyente, blasfemo y devoto, libertino y asceta, tradicionalista y racionalista, escéptico de la razón humana y escéptico del poder divino»... La psicología nacional ha evolucionado profundamente. El conspirador ha desaparecido de nuestras costumbres, conservándose si acaso en una forma meramente decorativa. El pronunciamiento carece ya de atmósfera social adecuada y ha pasado también a la historia. Aquellos grandes tópicos, aquellas palabras fulgurantes antaño como una vibración de campana: libertad, progreso, patria, gloria, han sufrido variaciones de significado, de interpretación, de sustancia. Se ha visto que semejantes abstracciones deben ser llenadas y ocupadas por algo corpóreo; que debía precisarse

y cultivarse el contenido de ellas antes que su envoltura verbal. Un notorio desencanto ha sustituído en las últimas generaciones a la antigua fiebre romántica y en oposición a ella se ha levantado la política positiva.

No obstante: la política positiva es ardua, obscura, sin brillantez. Se funda en el trabajo. Odia los doctrinarismos, rechaza la vaguedad verbalista, no se satisface con palabras ni con fórmulas. Tiende a una restauración armónica, del cuerpo y del alma, de la riqueza material y de la riqueza mental, dando alimento a aquellas abstracciones que vivieron hasta hace poco de sí mismas. Exige abnegación, laboriosidad, cansancio, sacrificio de una hora y otra hora. No admite el salto brusco ni el golpe de fortuna. Cree que de un saco de culebras no se puede sacar un estado mayor de anguilas y que, por consiguiente, la obra nacional se resuelve en un gran problema pedagógico que transforme los sumandos e intensifique y acreciente su valor... Este programa descorazona a no pocos que, después de la pasajera contrición del desastre, han reincidido en las antiguas intemperancias verbalistas y románticas y aun las han acentuado. De aquí esa nostalgia

con que se va volviendo los ojos, hace algún tiempo, al sistema de acción política del siglo XIX. Sí; queda en ciertas regiones de España un núcleo de espíritus irreductibles a las enseñanzas de la realidad y a la presión de la vida moderna; queda una nostalgia más o menos inconfesada de conspiración y pronunciamiento, de aventuras políticas y de sentido patriótico según la norma de los Espronceda y de los Montes de Oca.

Y esa ha sido la principal intención y partido que se ha querido sacar de la solemnidad del centenario, dejando en segundo término el aspecto literario del autor de *El Diablo mundo* y *El estudiante de Salamanca*, y aun exhumando, a la par de los fragmentos literarios de costumbre en estas celebraciones periodísticas, trozos de un discurso del mismo Espronceda en el Congreso ¿sobre qué se diría? Sobre la cuestión algodonera o arancelaria de Cataluña, allá por 1842, es decir, poco antes de la muerte del famoso poeta. He aquí otro aspecto de la conmemoración: sus ideas acerca del patriotismo y acerca de las relaciones de Cataluña con lo restante de España, que han servido para darnos otro zurriagazo de ocasión con los laureles del vate de Almendralejo y para

poner en evidencia su escasísima preparación histórica, económica y administrativa. Ni siquiera se ha tenido habilidad para dar un corte en el parrafillo de dicho discurso que alude a Roger de Lauria, el cual no pudo ser «español antes que catalán», ni sentir el patriotismo de un conglomerado político que estaba todavía por realizar, ni era catalán siquiera de nacimiento aunque llegara a serlo, con los años, de adopción, como que había nacido en Italia. Cuando estas pasioncillas se combinan con una celebración literaria, el hecho toma formas híbridas o grotescas y la conmemoración pierde aquel carácter de asenso unánime, de participación general propio de los acontecimientos artísticos, mediante los cuales los partidos se reconcilian y pasan los pueblos por encima de sus divisiones y banderías.

Marzo de 1908.

Zorrilla

Encontrar sobre el pupitre, a principios de este año de gracia 1909, un libro recién sacado a luz que se titula: *Ultimos versos de don José Zorrilla,* no deja de causar cierta impresión de extrañeza. Semejante extrañeza sube de punto al examinar el volumen y advertir de dónde procede: de la biblioteca Nueva de Autores Españoles, o sea, del ilustrado editor — «modernista», pudiéramos decir, — señor Pérez Villavicencio, quien divulga la obra de los *jóvenes castellanos* y de los novadores de la América española, desde Rubén Darío a los Insúa, Valle Inclán, Díez Canedo o Répide. Entre ese grupo de exquisitos, de demoledores y de revolucionarios de las letras, el nombre de Zorrilla, en quien se vincula toda la tradición de la poesía romántica en España, parece una ironía o un contrasentido. ¿Por qué? Porque la popularidad del autor de *Don Juan*

Tenorio ha llegado a un extremo de difusión absolutamente opuesto a la aristocrática reserva de los refinados y «turrieburnistas», que no van al pueblo, ni se proponen la conquista de la multitud, ya que sus procedimientos eruditos y quintesenciados les constituye en autores para una minoría casi profesional.

Diez y seis años hace que murió don José Zorrilla; los hará exactamente el día 24 de este mes. El tomo que acaba de salir renueva la memoria del más representativo de los poetas castellanos de la pasada centuria e invita a platicar un momento sobre su personalidad y su tiempo. Los *Ultimos versos* ahora publicados no son inéditos todos, ni añaden una fase nueva a la fisonomía del autor. En sus postrimerías vióse constreñido a aprovechar las migajas y desperdicios de su vieja inspiración, a refundir antiguos retazos y a exprimir las últimas gotas de su ingenio, aderezando lo que, en jerga editorial o periodística, se llaman «refritos».

Habituóse a escribir en verso como lo hacen en prosa los cronistas modernos, aceptando temas de circunstancias por el estilo del que preside a *Las ciudades*, publicadas en *El Liberal* allá por

1891, bajo el pie forzado de cantar las excelencias de las principales urbes del reino. El descuido, el cansancio y a menudo el prosaísmo, hijo, en parte, de la facilidad misma con que Zorrilla versificaba, se echan de ver muy pronto en la indicada colección. Y, no obstante, en medio de la inconsistencia y desleimiento general de semejantes producciones, alguna ráfaga de pasajera animación viene a interrumpir la monotonía del conjunto y a encender y agitar una tirada o una serie de estrofas con el encanto de la emoción y con la frescura de los mejores tiempos. Así, verbigracia, al exhumar sus recuerdos infantiles de Valladolid, ciudad natal del poeta, y al recorrer septuagenario los sitios, plazuelas, costanillas y edificios donde su imaginación de muchacho se había nutrido de elementos de leyenda y de misteriosa y romántica lobreguez:

Para mí las piedras pardas
de aquellas mil casas viejas
de tejados ya sin tejas,
de corrales ya sin bardas,
de puertas ya sin encaje
de cuartos sin inquilinos,
en abandono salvaje

y a pesar de los vecinos
entregados a las manos,
a los juegos y a las grescas
y las turbas truhanescas
de los nómades gitanos...

. . . .

Para mí aquellos augustos
templos, más tarde cuarteles,
de puertas ya sin dinteles,
de hornacinas ya sin bustos,
de bóvedas ya sin clave,
de aristas ya sin ajuste
de arcos ya sin verjerías,
de aras ya sin santos ni andas,
de coros ya sin barandas
y ojivas sin vidrierías,
son de las generaciones
de nuestros antepasados
los mal cumplidos legados,
las mal satisfechas mandas,
las pruebas de nuestra historia,
de nuestra fe y nuestra gloria
las reliquias venerandas.

Todo esto respira la plenitud y la abundancia de la antigua vena del poeta hecho a componer los versos contando de antemano con el hechizo convencional, pero inimitable, de su recitación.

En esta recitación a modo de salmodia o cantilena, se fundían las incoherencias de concepto o de sintaxis y tomaban color y matices las enumeraciones, amplificaciones, requiebros y letanías de su predilección, a menudo fatigosas en la simple lectura. El elemento acústico o musical es inseparable de la poesía zorrillesca que acaba por producir el arrobo del agua en los surtidores, del ruiseñor entre las hiedras o del arabesco que convierte las letras del alfabeto cúfico en motivo ornamental hasta el infinito desarrollado y repetido. El mismo Zorrilla se ha encargado de pintar el efecto que producían sus lecturas y cómo dominaba a los auditorios. Un actor tan grande como Julián Romea le entregaba sus versos para que los declamara en el Liceo de Madrid, sociedad literaria que precedió al Ateneo.

Tratando de refrescar esas reminiscencias he acudido a los *Recuerdos del tiempo viejo* engolfándome muy pronto en sus páginas, de antiguo no leídas. Los tales *Recuerdos* constituyen uno de los libros en prosa castellana más sabrosos que se hayan escrito durante el siglo XIX. Las repeticiones, la falta de método y el volver frecuentemente atrás que hacen un poco confusa la última parte,

hállanse de sobras compensados con la abundancia del estilo y el rancio saborcillo del lenguaje, castizo por naturaleza y no por imitación ni por rebusca en diccionarios y tratadistas. El lenguaje es cosa viva para el autor y si alguna vez se observan descuidos de gramática, nada contradice la ley íntima del idioma que fluye y continúa su tradición en los *Recuerdos,* sin calcos ni remedos de academia. En esas páginas nos ha explicado su vida aquel hijo pródigo de la poesía romántica, nacido a la notoriedad sobre el sepulcro de *Fígaro* y que fué en pocos meses todo lo famoso que permitían un pueblo y unas costumbres como las de España alrededor de 1840.

Zorrilla, en dichas confesiones, se presenta revestido no ya de falsa modestia, sino de efectivo desdén por casi toda su labor poética que califica muy severamente de hojarasca y humo. No concede a su gloria el fundamento de la justicia y sólo se muestra un poco benévolo con sus leyendas de *Margarita la tornera,* el *Cristo de la Vega,* y *El capitán Montoya,* con los dos primeros actos de *Traidor, inconfeso y mártir* y con algún otro fragmento, lírico o dramático, de la misma condición. A sus versos y a su gloria no les había pedido otra

cosa que reconquistarle el afecto de su padre, superintendente de policía de Fernando VII en los días de Chaperón y de Gil, el último «corregidor de coleta». No lo consiguieron. Su padre no llegó a perdonarle nunca su escapatoria de la casa paterna para correr tras el fantasma moderno de la reputación literaria. Era aquélla un alma de legista, de togado y de covachuelo del antiguo régimen; y creía, por ende, que la monarquía y el mundo entero se había hecho para regalo de los doctores *in utroque*. No comprendía que se pudiera ser poeta ni escritor fuera de los arrimos del trono ni en otra forma que la de Jovellanos o Meléndez Valdés, desde los estrados de una chancillería. Renunciar a su título de abogado el joven Zorrilla, fué tanto, para su padre, como si se hubiese declarado heresiarca, mahometano o budista. No tuvo aquel buen señor sentido de la poesía y no dió el más mínimo alcance ni a las composiciones de su hijo ni a la celebridad y admiración que granjearon al mozuelo.

El cual mozuelo se nos ofrece ahora, aparte de sus méritos y significación definitiva dentro de la literatura del siglo pasado — que merecen amplia y desapasionada revisión — se nos ofrece,

repito, desprovisto de empaque, con gracia escolar y todo lo contrario del hombre poseído de su misión. Zorrilla tuvo, por abandono y prodigalidad de sí mismo, el mérito que otros muy contados alcanzaron por austeridad. No fué un «prócer», un conspicuo, ni un trascendental. No se dió ínfulas de personaje, ni tomó la vereda de la política para robustecer su posición literaria como hicieron todos los escritores de su generación, todos sus amigos, desde Escosura a Pastor Díaz, Donoso Cortés y Ventura de la Vega. De la pléyade del Liceo y del primer romanticismo puede decirse que únicamente Mesonero Romanos y el autor de *Granada* mantuvieron esa abstención ejemplar. De esta manera pudo escribir las memorables palabras que siguen: «Si un vanidoso »hubiera en mi lugar escrito mi *Don Juan Tenorio* »y alcanzado el éxito colosal que yo con el mío, »hubiera sido probablemente necesario echarle de »España o encerrarle en un manicomio, *porque »hubiera querido ser ministro de Hacienda, gober»nador de Cuba y tener estatuas en vida.*»

Enero de 1909.

Echegaray

De sorpresa ha cogido a los españoles el fallecimiento de don José de Echegaray. Porque del hombre que lo llenó todo durante una época: literatura, política, ciencia, teatro, no quedaba ahora más que el recuerdo. Echegaray se ha sobrevivido a sí mismo en los últimos quince años de su existencia; y si alguna vez salió de la obscuridad durante ellos, como en 1904 al concedérsele el premio Nobel, fué para una de aquellas apoteosis oficiales y semi póstumas, aunque otorgadas en vida, que entrañan la definitiva jubilación.

La mitad de los españoles actuales no han alcanzado a conocer esa época; no la conocen más que por reflejo y tradición, por lo que han oído contar, por lo que han leído en los libros, por la efímera *reprise* de alguno de aquellos dramas famosos, cuyo estruendo llegaba a todos los rincones

de la península. Para la otra mitad, para quienes presenciaron todavía el apogeo o, dicho mejor, la dictadura de Echegaray en el teatro castellano, su nombre evoca también toda su época, con la cual anduvo tan compenetrado y fundido que vino a ser una de sus grandes figuras representativas. A la sola enunciación de aquel nombre se levantan tumultuosamente en la memoria mil recuerdos o reminiscencias: la ideología que precedió a la revolución de septiembre, el verbo de Castelar, la noche de San Daniel, las explicaciones de Sanz del Río, la Sociedad Librecambista de la calle del Barquillo, remedo del Cobden-Club, que había fundado don Luis María Pastor y en la cual se congregaron don Gabriel Rodríguez, Figuerola, Colmeiro, Moret, Saavedra, el propio Echegaray. Tal fué, después, el grupo de los *economistas*, al cual se refería donosamente en las Cortes el malogrado Sánchez Ruano, diciendo que «tenía por *jefes* a las expresadas lumbreras y por *partido* al señor Prieto y Caules», diputado por Menorca.

Durante el período revolucionario la actividad de Echegaray fué principalmente política: director general de Obras públicas en el primer

gabinete de la revolución, diputado en la Asamblea constituyente, orador florido y romántico, ministro de Fomento, defensor de la libertad religiosa con la célebre incombustible *trenza del Quemadero* que exhibió a modo de reliquia de las ferocidades inquisitoriales... Y, más tarde, cofundador y prosélito del partido radical, comisionado del Congreso para recibir a Don Amadeo en Cartagena, ministro de Fomento segunda vez, ministro de Hacienda en diciembre de 1872, muy luego emigrado en París y nuevamente ministro de Hacienda en el gabinete de coalición que siguió al 3 de enero de 1874, por obra del general Pavía... Un año después Don Alfonso XII reinaba en España; y entonces Echegaray, si bien no abandonó del todo la política, dió otra dirección, casi exclusiva, a su actividad, convirtiéndose en autor dramático.

Y, ¡con qué ímpetu, con qué ardor de producción, con qué violencia y frenesí de lenguaje, con qué exasperada reacción españolista y de puro siglo XVII desarrolló la nueva fase de su talento! Cerca de veinticinco años, desde 1874 a 1897, duró este paroxismo sobre la escena española; y aun para desalojarlo y barrerlo del todo fué pre-

ciso que soplara del Norte la gran ráfaga de Ibsen, señal de dispersión, en casi todos los países, para las dramaturgias híbridas o vacilantes entre las últimas derivaciones del romanticismo y la fugaz y abortada tendencia naturalista, que el teatro rechazó totalmente.

Durante un cuarto de siglo asistieron los espectadores a la resurrección de un portento de facilidad, improvisación y abundancia no conocido desde los días de Lope de Vega. También se habló, allá por 1885, del nuevo «Monstruo» y del «Fénix» redivivo. El enfatismo nacional no hallaba hipérboles bastante expresivas ni grandiosas para expresar el asombro que la simple potencia de trabajo le causaba en el bueno de don José. Él acaparaba los estrenos, él dominaba en las compañías y monopolizaba el cartel. Era la vuelta de una de aquellas figuras del «siglo de oro» que se alzaron con la monarquía cómica, y que, mientras les quedaba aliento para sostener una pluma en la mano, no dejaban pasar ante las candilejas otra copia que la suya. Mientras Echegaray escribió no hubo más teatro castellano que sus dramas: todo lo absorbía su facundia o todo lo eclipsaba su brillantez de meteoro, que pasa y

arde para extinguirse. De haber comenzado a los diez y ocho años su labor, como Lope, y no a los cuarenta y tantos, sus obras hubieran pasado también de mil y quinientas y hubiera podido llenar una docena de arcas con los manuscritos.

Pero no sólo en ese aspecto exterior y cuantitativo, fué Echegaray una reaparición del siglo XVII. Lo fué mucho más en el sentido interno y por el espíritu, bien que la generalidad de sus contemporáneos y la crítica misma no advirtiesen esta semejanza de fondo, como descubrieron la otra, y se empeñasen en presentarlo como el prototipo, como el dramaturgo moderno por excelencia. ¡Lo que oíamos decir entonces, durante los entreactos, en las conversaciones de pasillo! Para unos era el disector implacable que ponía al descubierto las tan socorridas «llagas»; para otros el hombre de su tiempo que planteaba y resolvía «problemas»; para casi todos el portento de la modernidad y aun del futurismo artístico: un matemático que, puesto a componer para las tablas, daba la fórmula, la ecuación de todos los problemas y conflictos morales de su tiempo.

El hecho es, que como poeta dramático, tuvo

muy poco de su tiempo del que se vivía en el ancho mundo, más allá de Madrid y de los Pirineos. Toda su modernidad, revisada ahora, se reduce a puros accidentes: al motivo inicial de la mayoría de sus creaciones buscado en el adulterio, bien que después lo desarrollase *more antiquo*; a haber incorporado un poco de conceptismo krausista al conceptismo del seiscientos, en singular y no antagónica mezcolanza; a haber vestido de levita alguna vez al Segismundo de otros días, bajo las apariencias austeras de un discípulo de Salmerón o de Pí y Margall, introduciendo en la pompa culterana del verso o de la prosa un tenue matiz hegeliano, una vislumbre del imperativo de Kant.

En todo lo demás fué una completa reacción, un claro y terminante retorno a la pura dramaturgia del siglo de los Felipes. Cabal reaparece el alma de aquella centuria en sus personajes, atormentados de celos de amor, de casos de honra, de dudas de conciencia. Su sistema de ideas, de sentimientos, de resoluciones no han cambiado en trescientos años. Su posición ante el enigma del mundo es substancialmente la misma. Su sensibilidad, idéntica. Hecha abstracción de los trajes

o de una superficial discordancia de léxico, podrían representarse estos dramas modernos interpolados con los antiguos y todo el mundo los reputara como de la misma época del mismo espíritu, de la misma rigidez moral, del mismo implacable integrismo: *Mariana* y *Mancha que limpia* son del mismo instante artístico y de la misma edad del mundo que *El médico de su honra* y *A secreto agravio secreta venganza.*

Sí; toda la casuística del honor antiguo revive en los dramas de Echegaray con más brío, con más preocupación y truculencia por ventura que en sus naturales precedentes de antaño; y nunca en nuestro tiempo se habrá ofrecido un caso de tradicionalismo — inconsciente en el autor y en su público, — tan estupendo como el que representó el ilustre desaparecido. El creyó, sin duda, figurar y exteriormente figuró de buena fe en la extrema izquierda de la política y del pensamiento; defendió los grandes postulados de la revolución y la democracia; popularizó en lucidísimos y elocuentes trabajos, unas veces con la habilidad de Tyndall o propendiendo otras al sentimentalismo cósmico de Flammarion, las mayores novedades de la ciencia, la unidad de la energía, los secre-

tos de la afinidad, la teoría matemática de la luz, la analítica de las tres dimensiones. El se afilió, en suma, a las escuelas verbalmente más «avanzadas» de la economía, de la metafísica, del derecho... Pero, ¿qué importa?

Las obscuras solicitaciones de la raza, el fondo atávico y subconsciente pudieron más que todas sus determinaciones externas, que todas las superposiciones corticales del estudio y la vastísima cultura. Y cuando Echegaray quiso convertirse en artista, cuando lo fué en efecto, todo aquel fondo irrumpió sobre su dramaturgia, restableciendo la atmósfera sentimental de los días del conde-duque de Olivares y de Calderón de la Barca, de cuya imaginación grande y misantrópica parecen retazos *O locura o santidad* y *El gran galeoto*. Y el ingeniero, el matemático insigne, el revolucionario conspicuo, el cantor presunto de todo progreso y redención, pareció que exhumaba su obra del mismo *Quemadero* donde apareció la trenza incombustible y ser contemporáneo y sucesor directo de aquel egregio vate a quien la acrimonia de Sismondi llamaba cantor de la intolerancia, del asesinato pasional y de todo género de fanatismo.

Así veíamos ahora al insigne anciano que acaba de descender al sepulcro, y cuya gran capacidad fué más portentosa, sin duda, que su obra útil y durable, como fué mayor el olvido que cayó sobre él en estos años últimos que la fama de hace treinta, cuando el teatro se hundía con sus grandes estrenos, cuando su efigie adornaba los billetes del Banco y su nombre aparecía en todos los anuncios de todas las esquinas.

Noviembre de 1916.

Alarcón

Estos días ha reaparecido momentáneamente en la prensa, después de muchos años de silencio, el nombre de don Pedro Antonio de Alarcón. El pueblo del Escorial dispuso ornar con una lápida la casa donde fué escrito *El escándalo,* y no ha habido más remedio que dar cuenta de esa solemnidad y de la inauguración de la biblioteca fundada también en memoria del ilustre olvidado. ¿Olvidado por el público o por los escritores? ¿Olvidado realmente o eliminado tan sólo de la cita, de la alusión, del comentario afectuoso? No me atrevo a decirlo; pero el hecho es que nadie ha padecido con más severidad que Alarcón el rencoroso apartamiento de las generaciones que le siguieron, sin duda por haber sido uno de los principales factores y modeladores del espíritu español en la segunda mitad del siglo pasado.

¿No perteneció de lleno al que hemos dado en llamar «período del énfasis», incubador del desastre; no fué por ventura cronista titular de la guerra de Africa y autor del libro en que bebieron su patriotismo, — un patriotismo *sui generis*, exclusivamente marcial o belicoso, — los españoles de 1860 y los que surgieron a la vida pública en los tres decenios siguientes? Para los implacables escarmentados de 1898, este nombre evoca y medio simboliza toda una época de falsos entusiasmos, de engañosos laureles, de optimismo inepto y suicida. Quiere decir, únicamente en lo patriótico, décimas de López García, arengas del 2 de mayo, delirios de cuerpo de guardia, Prim en los Castillejos, Callao, honra sin barcos. Y equivale en lo literario a jactancia, colorismo, bohemia, grandes balumbas, desorden pasional, brocha gorda a veces...

Pero, ¿será justo, aun desde el punto de vista de la «generación de 1898», identificar con todo eso al escritor de Guadix, inscribir en todo eso su responsabilidad y su obra, como si de ella nada cayese más allá de los vicios comunes en su tiempo, dado que lo fueran? Porque el hecho es también que los lectores no parecen someterse a tal

dictamen; los libros del famoso novelista continúan vendiéndose como ninguno de los contemporáneamente escritos y aun más que otros posteriores, recibidos con gran acogimiento. No pasan muchos meses sin que se reimprima alguno: hay ediciones de este año, y del anterior, y del penúltimo, y de todos. Su buen éxito de librería es sostenido y constante, como respondiendo a una íntima fidelidad del público no quebrantada por la interdicción, como proclamando una excelencia permanente que triunfa de los cambios del gusto, de los caprichos de la moda, de las arbitrariedades de la crítica.

No pude resistir ahora al impulso de repasar aquella producción, tan familiar un día a los muchachos de mi edad: a quienes empezaron a leer en torno de 1880, cuando Alarcón era uno de los árbitros de la literatura castellana. Muchísimos años hacía que no cayó en mis manos uno de los añejos y sobados volúmenes del autor de *La Alpujarra*; y, dejando para luego las novelas grandes, releí últimamente sus obrillas menores: toda aquella parte de su labor, múltiple y variada, que destinó al periódico y que le constituyó en verdadero transformador literario de la prensa es-

pañola. He aquí un título de que no puede despojársele sin injusticia manifiesta: don Pedro Antonio introdujo, casi de una vez, aclimatándolos en su idioma, arraigándolos en el gusto colectivo y en las costumbres de la publicidad, todos los géneros literarios que esa gran institución había ido creando e incorporando a las clasificaciones de la preceptiva, en los países que llevaban la delantera, Francia especialmente.

En los comienzos de su vida profesional, allá por los días de Vicálvaro, hallóse con que la substancia literaria de los periódicos solía reducirse a la revista de teatros y al artículo de costumbres. Después del caso excepcional de Larra, Mesonero Romanos seguía siendo el periodista literario por excelencia. Pero el artículo de costumbres había muerto ya fuera de España y aquí andaba de capa caída por haber agotado su materia, naturalmente restringida y pobre. Y Alarcón inició con suma brillantez el tránsito del «costumbrista» antiguo al cronista moderno, pasando de lo pintoresco tradicional a lo elegante y contemporáneo, no sin aquel punto de vacilación o amalgama, así de temas como de formas, que claramente se descubre en *Cosas que fueron.*

Desde ese instante, su pluma recorrió todos los géneros de la novel literatura de periódico, los nacionalizó para siempre y, como Cervantes, que al escribir la primera novela de la edad moderna a la vez creó el género y ofreció el ejemplar insuperable, también Alarcón al adaptar los suyos, produjo algunos modelos que todavía permanecen insuperados. La crónica propiamente dicha, comentario vivaz de un hecho pasajero, iluminado por la reflexión filosófica o por la interpretación poética, mediante las cuales toma vislumbres de cosa eterna y universal; la carta literaria o de galantería, la narracion de viajes, la novela corta, el cuento, el artículo de presentación, la semblanza, el recuerdo necrológico, todo adquirió en sus manos, no ya la insegura consistencia del tanteo, sino el aire de lo definitivo y normal, como si poseyera el canon secreto de cada una de aquellas composiciones recién nacidas a la técnica y nos diese respecto de cada una la ley de su estructura y de su ritmo.

En el cuento y la novela breve, por ejemplo, no ha sido aventajado después ni casi alcanzado, como no se trate de *Clarín*, que ensanchó la espiritualidad de los asuntos y en el picarismo so-

carrón a la española diluyó un poco de ironía antigua o ultrapirenaica. Los cuentos de Alarcón no suelen borrarse nunca de la memoria por años que pasen desde su lectura, gracias al extraño vigor o relieve, ahora de los trazos descriptivos, ahora de la dramática rapidez y siempre de la intensidad que logra comunicarles: terrible algunas veces, ya que no impersonal, como Merimée; otras inesperado y sorprendente como Balzac, y a menudo malicioso y picante, con su malicia peculiar de mundano, caballista y mujeriego, según dicen que fué en sus juventudes.

No le perdonan, algunos de los más selectos representantes de la circunspección literaria que después ha prevalecido, esa índole suya un poco sensual y abencerraje, esa voluptuosidad y abandono de sus sentidos que trasciende al idioma, encendido en todos los colores de la flora andaluza, destilando el almíbar oloroso de sus frutos arábigos, en los vergeles de la Vega. Pero, ¿no se olvida que fué con Alarcón, precisamente, que la prosa castellana empezó a desvelarse en sentido de la eficacia expresiva y la creación de estilos, en pugna con la insipidez incolora y amorfa de los cincuenta años anteriores, que no produjeron

una sola nota de contacto directo con la naturaleza ni una sola página viva, diferenciada, individual? Siguiendo cronológicamente una parte cualquiera de la obra de Alarcón: los *Cuentos amatorios*, las *Historietas nacionales*, los *Viajes por España*, y reparando en las fechas, puede seguirse también el proceso de esa «individuación» del estilo, que, lentamente, abandona las penumbras borrosas de su antigua uniformidad chapucera.

Podrá discutirse actualmente si el de nuestro escritor representa el ideal, la perfección de los estilos: si es demasiado carnal y jugoso para una época que lo prefiere ingrávido y etéreo; si es redundante o cargado de insistencias para unos lectores a quienes basta ahora la simple insinuación impresionista o nerviosa. Mas no son los estilistas actuales — este período se caracteriza tal vez por la esencia del «estilismo» predominando sobre los géneros, los argumentos, los asuntos hasta reducirlos a puro pretexto o tema melódico — no son los estilistas quienes tienen derecho de enjuiciar en este punto, porque Alarcón es su precursor y su primer ascendiente. Antes de él se pensaba y se concebía, a medias o con fortuna,

pero no se *escribía* en prosa más que bajo formas anodinas y hospicianas. El empezó a dar a la expresión un valor independiente y en sí mismo; y de ahí que sus libros se salven, a despecho de los asuntos en algún caso, por la fuerza expresiva, por el don de escribir, por la presencia de un «narrador» que, cuando el novelista o el filósofo tropiezan, les sostiene vigorosamente y con pujanza insólita los levanta una y otra vez del suelo.

Acostumbrémonos, pues, a restituir esas figuras, antes de juzgarlas, a su momento histórico y a su ambiente social. Alarcón y sus compañeros de letras no crearon la sociedad y los sentimientos de su época; se limitaron a reflejarlos. No inventaron el delirante frenesí de la guerra de África sino que lo registraron dócilmente, como placas de fonógrafo impresionadas por la vibración exterior. No introdujeron el «énfasis» ni el colorismo como un amaneramiento personal, sino que lo recibieron de su raza y hasta de un momento común a todo el mundo. Ahora se reprocha a menudo el estilo oratorio o la riqueza y suntuosidad de Menéndez y Pelayo en determinados pasajes. Pero, ¿no escribían de ese modo, hace cuarenta años, con rica ornamentación y amplitud, en

estilo elevado y noble, los grandes «ensayistas», los grandes historiadores, Macaulay, Taine?

Así, Alarcón, como su equivalente pictórico Mariano Fortuny, se abrieron a los estímulos de la atmósfera de España, y fueron émulos en el africanismo y en los cuadros de fantasía: el *Diario de un testigo* bien vale por la *Batalla de Wad-Ras* y *El sombrero de tres picos* allá se va con *La Vicaría*. Ambos fueron, a su manera, intérpretes de lo castizo nacional, nietos de Goya y don Ramón de la Cruz. Mas, ¿no lo fueron también un poco de Beaumarchais; no eran los contemporáneos de Meissonier y del buen Teófilo, de Gerôme y de Alfonso Daudet, en forma que trasciende a sus telas y a sus libros tanto como el sello indígena?

Octubre de 1916.

ÍNDICE

